



La resurrección de los muertos

La primera investigación
del detective Brenner

WOLF HAAS

Siruela/ Policiaca

WOLF HAAS

**La resurrección
de los muertos**



Ediciones Siruela

Wolf Haas

La resurrección de los muertos
La primera investigación
del detective Brenner

Traducción del alemán de
María Esperanza Romero

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
La resurrección de los muertos
Créditos

La resurrección de los muertos

1

Visto desde América, Zell es un punto minúsculo perdido en la geografía centroeuropea. Pero visto desde la comarca del Pinzgau, Zell es nada menos que la capital. Diez mil habitantes, treinta trespiles, cincuenta y ocho teleféricos, un lago. Lo creas o no. En diciembre pasado, dos americanos fueron asesinados en esta capital comarcal. Pero ahora escúchame.

Después de la guerra, a Zell le llegó la prosperidad. Le llegó de la mano del turismo de invierno. De repente, gracias a la nieve, el dinero estaba tirado en el suelo, como quien dice. Sólo tenías que vencer la pereza y doblar el lomo para recogerlo.

Mira a los del teleférico, por ejemplo. Lo único que hacen en todo el día es vigilar que no se les caiga nadie del asiento. Día a día miles de esquiadores se deslizan ante sus narices. Claro, lo normal es que nadie se caiga de un remonte. Y si llega a suceder, tampoco pasa nada. El tipo sólo tiene que darle al *off* de emergencia y parar la instalación. Eso no quiere decir que sea un trabajo fácil. Parece fácil, pero no es tan fácil como parece. Porque el frío... Ya pueden haberte traído los Reyes un buen mono térmico por Navidad. A la larga no te sirve de nada. Por eso a los de los remontes se les reconoce dondequiera que vayan por sus narices heladas, rojas como un tomate. Se diría que no son encargados de remontes, sino payasos camuflados que se burlan del carrusel de monigotes que ponen a girar, haga el tiempo que haga.

Pero Lois el del remonte que, según dice la gente, antes a veces dejaba subir gratis a los niños del pueblo, echaba pestes por algo muy distinto aquella mañana del 22 de diciembre, tras la noche más larga del año. No maldecía por el tiempo de perros que hacía, aunque de perros era.

Como siempre, había subido en el pisanieves del Wörgötter hasta la estación inferior del funicular panorámico. Allí, en medio de la penumbra del amanecer, se bajó de un salto de la máquina, y derecho fue a meterse en la cabaña donde, como cada mañana, encendió primero el radiador y luego la radio.

Y, como cada mañana, se encontró con que la víspera uno de esos mocosos había sintonizado la 3, lo que a Lois el del remonte sólo le mereció un escueto «emisora de cafres». Entonces, como cada mañana, giró muy despacio el mando del dial hacia la izquierda, pues era una radio de las de antes. Y te juro que alguien más lento que Lois para mover el sintonizador no se encuentra tan fácilmente. Se diría que está desactivando un explosivo. Además, le ves el dedo

meñique rígido y apartado del resto de la mano como una rama seca. Y es que de niño un día casi se lo rebana con la sierra circular.

Luego, por fin, dio con la emisora. La suya. Esa en la que siempre hablan de los viejos tiempos y ponen buena música. Hacía media hora, Lois el del remonte aún estaba en el quinto sueño, pero ahora se daba el gusto de escuchar esas historias de siempre mientras iba bebiendo a sorbos su café de termo.

Por ejemplo, la historia de la nieve. Una y otra vez te venían con el cuento de que antes, cuatro lustros atrás y hasta hace un par de años, había mucha más nieve que ahora. Todo mentira. Quién si no Lois el del remonte iba a saberlo mejor.

El bulo lo echaron a rodar los dueños de los teleféricos y las pensiones porque sólo uno de cada dos o tres inviernos había nieve suficiente durante las fiestas navideñas. Y claro, el turista descontento. Porque el huésped germano de la Cuenca del Ruhr no se ha pasado el año entero ahorrando para luego tener que estar de brazos cruzados en la habitación del hotel. O deslizarse por campos apenas enharinados que ya el primer día le dejan hecho un Cristo el recién estrenado equipo de esquí. Es entonces cuando los gastrónomos suelen servirle el refrito del cambio climático. Porque así es el hombre, soporta mejor el mal mayor de la destrucción del planeta que el mal menor de la destrucción de los nuevos esquís.

Además, si eres turista, estés donde estés, te complace que un lugareño te dirija la palabra. Por eso, desde siempre los turistas alemanes y holandeses ponen buena cara cuando el camarero o gasolinero de turno les echa el cuento de que antes todo, y en especial la nieve, era infinitamente mejor. Y se arman de paciencia hasta que llega enero, porque en enero seguro que nieva, a menudo tanto que resulta imposible esquiar por los aludes.

Pero ese diciembre todo era distinto. Había tanta nieve que Lois el del remonte no veía prácticamente nada desde la cabaña, donde acababa de echarse al gznate otro trago de su café de termo. En la radio alguien hablaba de la última vez que hubo tanta nieve. Lo creas o no, fue antes de la guerra.

Y a la que Lois sale de la cabaña, pues tiene que poner en marcha el telesilla para el recorrido de prueba reglamentario, alcanza a ver que el pisanieves del Wörgötter no da abasto con la nieve. «El oro blanco», la llamaban en Zell. En ese momento Lois no oye más que el ruido de la máquina y el telesilla que arranca. De hecho, lo separan del pueblo dos teleféricos; ni siquiera lo vislumbra porque la espesa nevada no le deja ver ni a un palmo de la nariz.

Tampoco ve ya el pisanieves, pero en esas el Wörgötter enciende los ocho focos del vehículo, y de golpe y porrazo toda la pendiente queda iluminada con luz espectral en aquella mañana oscura, tras la noche más larga del año.

Así y todo, Lois el del remonte sigue sin poder distinguir el bulto que se

acercas lentamente sobre uno de los telesillas. Desde luego, se sorprende de la presencia de un objeto. Cada noche el remonte tiene que efectuar un recorrido de control, no vaya a ser que algún despistado se deje algo en el asiento. El suyo era el más antiguo de los remontes de Zell, todavía un monoplaza, ni siquiera doble. Pero hasta donde Lois recordaba, y era el segundo por años en la empresa, nunca una mañana habían encontrado algo sobre una silla.

–¡Esos mocosos! –despotrica entonces, y siente el frío de la ventisca que se va intensificando cada año en la medida exacta en que mejoran los anoraks.

–Esos mocosos no hicieron el recorrido de control.

Los mocosos eran los mismos que siempre sintonizaban la «emisora de cafres». Y cuanto más se acerca ahora el enorme bulto, más sombríos se le vuelven los pensamientos a Lois el del remonte.

Siempre ha tenido muy buena vista, pues suele protegerse los ojos con sus gafas de sol Carrera que le trajeron los Reyes hace unos años. Pero el bulto está cubierto por una capa de nieve tan gruesa que sigue sin apreciar su identidad. Aunque estaba a tiro de piedra, a un par de sillas de la estación inferior, como contó aquella noche en la Fonda de Rainer.

–Entonces vi que no se trataba de una caja de cervezas vacía que bajara de la Nueva Zelanda, la discoteca de la montaña, como creí en un principio. Y sentí... –contaría Lois el día 22 en la Fonda de Rainer, y de nuevo el 23, en El Ciervo Rojo, usando prácticamente las mismas palabras–: ...y sentí que el corazón me daba un vuelco.

Cuarenta años llevaba Lois el del remonte a cargo del telesilla, y en todo ese tiempo hubo la tira de accidentes graves en las pistas. Martin el del helicóptero tuvo que venir varias veces; en dos ocasiones se cayó alguien al vacío y hasta muertos hubo; tantos que Lois ya había perdido la cuenta.

Ni qué decir de las víctimas de la Nueva Zelanda, gente que en la oscuridad baja las pistas a toda pastilla. Los borrachos, cuando se caen en la nieve, están demasiado cansados para levantarse. Y si estás borracho, la nieve te parece calentita. Se quedan ahí, pues, tumbados en la nieve calentita, y duermen un rato. Al día siguiente lo único que se puede hacer es mandarlos de vuelta a Alemania. Hechos fiambres, claro.

¿Pero un fiambre en el telesilla durante el recorrido de control matutino? En su vida había visto Lois cosa igual.

–¡Por los clavos de Cristo! –exclamó.

Ahora bien, tienes que saber que Lois hace ya años que actúa en el Teatro Patrio. La institución fue creada por la Asociación de Turismo a mediados de los años sesenta, pero a los foráneos se les ha vendido, naturalmente, como una reliquia de la edad de piedra. Ese invierno representaban *La verdad sobre*

Gudrun Moser. Obra en tres actos de Silvia Soll, ponía en los carteles. Y en el reparto figuraba, en tercer lugar, Alois Mitteregger (Lois el del remonte).

Era uno de los favoritos del público. Ahora bien, lo del teatro no es nada comparado con el relato que ofreció Lois el del remonte en la Fonda de Rainer:

–¡Por los clavos de Cristo!, grité –dijo con voz tan potente que se le oyó en toda la sala–. Apago el remonte lo más deprisa que puedo dándole al *off* de emergencia, pero claro, ya no hay nada que hacer. Sólo que cuando estás asustado haces lo que sea y lo más rápido posible, aunque no tenga sentido. Pues si por la mañana hay alguien sentado en un telesilla, eso quiere decir que ha pasado allí la noche. Porque por la noche no circulamos –decía–. Por supuesto que me llevé un susto de órdago y en el acto me lancé a parar el telesilla. Primeros auxilios los hay, cómo no. Respiración boca a boca y eso. Pero qué boca a boca ni qué niño muerto si hay 15 centímetros de nieve sobre un cadáver. Aunque no fue hasta la mañana cuando comenzó a nevar. En la noche, el cielo estaba iluminado por las estrellas. Yo había salido con el perro, después de la película de las ocho, y había visto aquel cielo estrellado. Y cuando aquí, a finales de diciembre, el cielo está estrellado, quiere decir que hay al menos siete grados... –dijo Lois el del remonte– ...bajo cero –añadió, y se quedó mirando a sus espectadores hasta que éstos empezaron a ponerse nerviosos. Pero tú no tienes por qué alterarte. Se trataba de una de esas pausas que ensayan en el Teatro Patrio. Y antes de que alguien interrumpiera su discurso, al estilo de un mal apuntador, Lois continuó–: Del susto que me da me lanzo hacia el *off* de emergencia y por poco me rompo la crisma. Aunque ya daba igual. Lo vi enseguida. Así y todo, me lanzo pues hacia el *off*, y zas, me resbalo en la nieve recién caída. Sobre esa plaqueta de hielo que no se va en todo el invierno. Ahí, donde la fila de los que hacen cola da la vuelta, y el terreno está un poco en pendiente, de manera que ellos, con sus cuchillas afiladas, no paran de pulir el hielo y ponerlo liso y resbaladizo durante toda la temporada. Normalmente, sé de memoria dónde está cada plaqueta, y hacía tiempo que no me pegaba un costalazo. En cambio, las holandesas... caen ahí como moscas, y es que tú no ves el hielo con la nieve recién caída. Pero yo, claro, sé que está ahí. Aunque en ese momento, con semejante susto, no me acordaba. Y la caída podía haber sido fatal si no llego a abrazarme al poste del *off*. Por los pelos me agarré a la mismísima palanca roja, y en ese preciso instante el teleférico se paró –dijo Lois el del remonte–. Se paró porque yo no me caí –continuó–. El caso es que vuelvo al asiento del telesilla donde está el cadáver, con las rodillas todavía temblándome del susto por haber estado en un tris de dar con mis huesos en el hielo. Pero cuando me pongo a quitar la nieve que cubre el cadáver, suena el teléfono de control en la cabaña. Y entonces no sé qué hacer:

¿quito la nieve o cojo el teléfono? El teléfono no para de sonar, y como al fin y al cabo ya daba lo mismo, entro rápidamente.

Quizás exageraba un pelín las pausas porque al decirlo empujó su vaso de cerveza y tomó un sorbo excesivamente largo.

—Entretanto, a la estación superior de mi remonte había llegado el Wörgötter. Otro que es zorro viejo —dijo sonriendo Lois el del remonte—. Pero no veas las voces que daba el hombre, agitado y descompuesto como estaba, gritando que allá arriba acaba de llegar un cadáver en uno de los asientos. Y que en el momento mismo en que llegaba, el teleférico se paró.

Visto desde América, Zell es un punto minúsculo perdido en la geografía centroeuropea. Pero visto desde la comarca del Pinzgau, es un conjunto de cuarenta hoteles, nueve centros escolares, treinta tresmiles, cincuenta y ocho teleféricos, un lago, un detective.

En realidad, el detective no pertenece a Zell. Sólo está aquí por la historia del remonte, claro. Fue a finales de diciembre cuando los dos americanos murieron congelados en el telesilla, y a comienzos de septiembre el detective seguía aquí. Y es ahora cuando empieza a tener la sensación de que jamás saldrá de este lugar.

Una sensación de estar echando raíces, ni más ni menos. O como si se perdiera en un laberinto, se casara y tuviera hijos. El detective, que se llama Brenner, ya varias veces se ha despertado de sobresalto en mitad de la noche soñando que no podrá abandonar Zell mientras no haya resuelto el imposible caso de los dos americanos.

Pero al final acabó resolviéndolo, cuando a todos les parecía un caso sin solución. De hecho, habían pasado nueve meses desde el crimen, imagínate. En diciembre, los cadáveres; y la nueva temporada de invierno a la vuelta de la esquina. La policía había arrojado la toalla a finales de enero.

Por entonces, Brenner todavía estaba en el cuerpo. A finales de diciembre vinieron unos agentes de la ciudad y lo pusieron todo patas arriba. Acabado enero, ellos también acabaron. Pero marchándose, claro. Sin resolver nada. Un caso sin solución. Sólo el *Pinzgauer Post*, diario comarcal, seguía dedicándole algún que otro reportaje. Hasta mediados de febrero, tal vez. Luego, carpetazo. Asunto archivado.

Y a primeros de marzo, reaparece Brenner. Así, de sopetón. Pero no de policía, sino como detective privado. Por cuestiones del seguro. Pues los muertos eran nada menos que los suegros del orfebre, Antretter. Además, sabrás que estaban forrados de dinero. Octogenarios y forrados. Y eso que el orfebre ya es un ricachón, seguro que uno de los más pudientes de Zell, mucho más que el Eder, a años luz del alcalde y ni qué decir del Fürstauer. Pero comparado con sus suegros, un muerto de hambre.

Y como es lógico, los vecinos de Zell se sorprendieron al ver que este tipo, Brenner, después de haberse marchado como policía volviera tres semanas más tarde en calidad de detective privado. Luego resultó que era por una cuestión del seguro, del seguro americano. Porque había mucho, pero que mucho

dinero de por medio. Qué te crees tú... No iban a mandar a su propio detective desde América. Primero, por problemas de idioma; segundo, porque es mucho más fácil, más... barato, más eficaz y más todo encargar el caso a una agencia de detectives de por aquí. Contrataron a una de Viena. Una tal Meierling.

Y daba la casualidad de que el policía Simon Brenner, inspector o vete tú a saber qué rango tendría en el escalafón, acababa de renunciar al puesto. Ahora bien, lo que hay que saber es que Brenner se pasó diecinueve años en la Brigada de Investigación Criminal, pues empezó a los veinticinco y en ese momento tenía cuarenta y cuatro. Pero en la Brigada nunca llegó a medrar. Aunque no fue ése el motivo de su renuncia; el hecho es que la ambición no va con él. Es más bien un tipo tranquilo. Bastante simpático, la verdad.

Pero hace tres años van y le ponen un nuevo jefe, un tal Nemec, que también se presentó aquí en enero. A ése a mí tampoco me hubiera gustado tenerlo de superior. De veras que no. Personalmente no tengo nada contra los vieneses, también los hay simpáticos, que en todas partes existe gente buena y menos buena. Pero ése era el típico vienés. En cualquier caso, los dos no hacían buenas migas. Nemec era joven y ambicioso y su departamento tenía que ser el mejor de todos. Y Brenner, cómo te diría... No es que fuera mal policía, en absoluto. Pero sí más tranquilo, más relajado, vaya. Y Nemec, desde un principio, le tuvo manía.

Desde el primer día le estuvo buscando las cosquillas, y luego aquí, en Zell, a finales de enero sin que se hubiese descubierto nada, intentó echarle la culpa a Brenner, por enésima vez. Tras lo cual éste se dijo que ya estaba bien, y mandó el trabajo al cuerno.

Cuando tienes cuarenta y cuatro años y hace diecinueve que estás en la policía, te lo piensas muy mucho antes de dar un paso así. Realmente, me quito el sombrero, pues no creas que en ese momento Brenner tenía algo en perspectiva.

Pero entonces, unos días después, va y lo llama el Meierling, el jefe de la agencia de detectives del mismo nombre. Para él, claro, Brenner era el hombre ideal porque conocía el caso. Por otra parte, no es que Brenner tuviera que resolverlo por narices. Se trataba principalmente de una cuestión del seguro.

Por lo que yo sé, era más por cumplir un trámite que por otra cosa. Porque alguien tenía que estar presente hasta que se cerrara el asunto del seguro. Y estas cosas pueden durar años. O sea, para cubrir las apariencias, para que el seguro después pudiera decir: señores, hemos hecho todo lo que teníamos que hacer; a nosotros nadie puede reprocharnos nada; incluso mandamos a nuestro hombre de confianza, cuando la policía hacía tiempo que se había desentendido del caso.

Que luego este hombre de confianza fuera a resolver el caso, ¿eso quién iba a

saberlo en aquel momento?

Y a vista de hoy: chapó a Brenner. Otro no lo hubiera logrado con la misma facilidad. Uno como Nemec será más rápido de cabeza y más ducho en otras lides, pero tal y como pintaban las cosas aquí... Los cadáveres en el remonte, extranjeros. Testigos, ninguno. Huellas, tampoco. Móvil del crimen, ya me dirás. Nada de nada. Para esto Brenner que ni pintado.

Y viéndolo aquí en Zell, a nadie se le hubiera ocurrido pensar que era un detective privado. Aunque no secreto. A quien lo quería oír le decía que él estaba aquí por el asunto del remonte. Cómo te diría, no se le notaba que fuera detective.

Lo curioso es que tenía exactamente la pinta que uno se imagina que tiene un policía o un detective: rechoncho, con los hombros más anchos que largas las piernas; ni muy alto ni muy bajo, pero con la cabeza angulosa, cuadrada, y dos surcos atravesándole las mejillas de arriba abajo. Y la piel rojiza, llena de cicatrices, como aquel futbolista, ¿cómo se llamaba? Ese que eran dos hermanos.

Pero no creo que la gente le identificara fácilmente como detective o policía. Seguro que algo tenían que ver sus ojos de un azul acuoso. No paraban de moverse, como el azogue. Claro que a toro pasado es fácil decir que fue por eso, porque el hombre andaba fijándose atentamente en todas las cosas.

Aunque si te lo mirabas, tenías más bien la impresión de que era un tipo asustadizo. Se le veía por aquí y por allá, unas veces en el campo de fútbol, otras en el café Goloser o en El Ciervo Rojo. Parado en la plaza de la iglesia o paseando a orillas del lago. Y como tiene la cara rojiza, ya de lejos le veías los ojos azules bailándole asustados de un lado a otro. A lo mejor era por eso por lo que no acababa de inspirar respeto. Quiero decir, respeto humano sí, pero no como Nemec, por poner un caso.

Y de ahí que éste no lo tragara, por esos aires de Brenner de no querer tener velas en ningún entierro. Por eso Nemec no tenía inconveniente en burlarse de él en público, a la vista de todo el mundo.

—¡No ponga esos ojos de checo, Brenner!

Así le dijo a los pocos días de asumir la dirección del departamento. Además, en presencia de los colegas, Tunzinger y Schmeller, ese que mataron de un tiro en el asalto al banco de..., de... ¿dónde fue? Brenner, a esas alturas, no era para nada consciente de estar mirando de forma extraña, y no tenía la menor idea de qué quería decir Nemec con lo de los ojos de checo.

Primero tuvo la sospecha de que Nemec igual tenía complejos, porque su nombre era checo. Quizás por eso hacía ese tipo de chistes. Porque sabrás que Brenner había hecho toda clase de cursillos de formación psicológica en la Brigada Criminal, sobre todo durante los primeros años.

Además, hay que tener en cuenta que Nemec es de Viena y Brenner, de

Puntigam, o sea del pueblo de la cerveza, cerca de Graz. Y dos o tres años más tarde, Brenner se entera de que en Viena hay esa creencia, o quizás no son más que chismes de taberna, de que todos los checos tienen los ojos azules como el agua.

Pero dejémonos de checos. Que los muertos eran americanos. Tenían una fábrica en Detroit. Y el remonte donde los encontraron era del yerno, del orfebre Antretter. Eso, cómo no, lo averiguó la policía el primer día. Pero de ahí no pasaron. Y mira tú por dónde, ¡nueve meses más tarde va Brenner y descubre quién fue!

Ahora bien, hay que saber qué clase de persona era Brenner. Para empezar, no es fácil de describir. Por ejemplo, le molestaba que alguien con el que se tuteara le llamara por su apellido. Lo que pasa es que en la policía se estila así.

–¡No pongas esos ojos de checo, Brenner!

Y claro, luego tuvo que oírlo una y otra vez de boca de los colegas. Porque, como es lógico, Schmeller y Tunzinger les fueron con el cuento a los demás. De nada sirvió que medio año después a Schmeller le pegaran un tiro porque los otros ya habían cogido el estribillo y andaban repitiéndolo a cada rato.

Pero dolor de cabeza eso a Brenner no le daba. Ni lo de los ojos de checo, ni lo del apellido. Sólo una cosa le causaba a Brenner dolor de cabeza: la suya propia.

Pues sabrás que el día que dejó la policía, también dejó de fumar, por una especie de no sé qué que le entró. Y desde entonces por lo menos dos veces al mes le da un ataque de migraña que apenas le deja abrir sus ojos de checo.

Y vete tú a saber si le daba por haber dejado de fumar, o sea por el mono, pues antes no bajaba del paquete y medio al día, o si tenía que ver con el cambio de profesión, porque ahora más que antes las preocupaciones se le convertían en dolores de cabeza. O, tercera opción, que fuera el clima de Zell lo que no soportaba, sobre todo ahora, con semejante calor en septiembre.

En cualquier caso es su cabeza la que le trae de cabeza y lo lleva a la farmacia municipal a pedirle a la licenciada Moser una caja de migrave.

–¿Para quién son las pastillas, señor Brenner?

–Para mí.

–¿Y ha ido ya al médico para que se lo miren?

Encima de que Brenner no sabe ni dónde mirar del dolor de cabeza que siente, la joven licenciada le viene con monsergas.

–Sí, sí –masculla, y ya ha ganado la puerta antes de que la marisabidilla pueda hacer de las suyas.

Porque sabrás que las mujeres no pensaban que tenía «ojos de checo», sino «ojos de niño», y desde luego, su cara angulosa con ese par de tajos atravesándole los carrillos les gustaba a casi todas.

Pero él tenía prisa por llegar a su habitación de hotel. Lo primero, tomarse una pastilla, y lo segundo, escribir el informe semanal. Porque cada semana tenía que mandar un informe a la agencia de detectives Meierling. Y esta semana aún no lo había hecho. Le parecía que iba a tener que hacerlo con ese dolor de cabeza encima, se tomara o no la pastilla. Eran las tres, la oficina de correos cerraba a las cinco y media y Brenner quería que su informe saliera ese mismo día. O sea que tenía que darse prisa; sólo le quedaban dos horas para redactarlo.

Lógico, pues, que no se alegrara de ver un rostro conocido en el oscuro portal de El Ciervo Rojo, y menos de oír, en ese mismo momento, una voz familiar que lo interpelaba. Cara y voz correspondían a un joven de corbata verde chillón, sobre la que podía verse estampada varias veces la palabra *okay* en distintos tamaños.

–¡Mis respetos, señor inspector! –le espeta el joven haciendo un estúpido amago de saludo militar.

–Ah, Mandl –farfulla Brenner, notando cómo se le revuelve la bilis que le produce el relamido corresponsal de provincias con ínfulas de aristócrata–. Que yo sepa, ya no tenemos rey, Mandl.

–¡Cómo que no! Rey del teleférico, rey del ladrillo, rey del cotarro –le dispara Mandl a tal velocidad que su cabeza da un leve respingo y se le suelta uno de los mechones aplastados con gomina. Mechón rebelde, que se estremece de forma totalmente antinatural.

Antes, cuando aún estaba en la Brigada Criminal, Brenner a veces lo molestaba diciéndole Amanda en vez de Mandl. Pero ahora lleva tiempo sin tener nada que ver con el reportero del *Pinzgauer Post*. Ni ganas, primero por el dolor de cabeza, y segundo por el informe de marras.

Aunque lo del informe no corría prisa. Todo lo contrario. El Meierling, qué digo, el jefe de la agencia de detectives (que no se llamaba Meierling sino Brugger) ya le había advertido varias veces que dejara de hacer esos informes de nunca acabar. Y la semana anterior incluso le había exigido que, vista su incapacidad de ir al grano, adjuntara un resumen de diez líneas.

–Eso que usted escribe no hay quien lo lea –le largó el otro. Ahora bien, tienes que saber cuál es la consigna de Brenner. No es otra que apuntarlo todo. Lo que tiene importancia y lo que no. Y a la postre hay que decir que llevaba razón.

Pero justo ahora, cuando estaba terminando de atar cabos, se le atraviesa en el camino Mandl.

Aunque, para no faltar a la verdad, hay que decir que lo de la bilis del detective Brenner sólo en parte fue por eso. Verás. Lo que pasó fue lo siguiente. Mandl va y le pregunta:

–¿Está usted de servicio, señor inspector?

Y eso que Brenner lleva ya más de medio año fuera de la policía. Y Mandl bien que lo sabe. Pero Brenner, con cara de póquer, le responde:

–Yo siempre estoy de servicio, Mandl.

–¿Y las copas cuándo?

–Cuando lo haya pillado.

–Ah, o sea que un único autor. Y hombre.

Así le dijo. Tengo que decir que el tipo no era tan plasta como todos decían. Lo que pasa es que todavía era joven y ambicioso; quería hacer carrera en el periódico. Brenner sólo meneaba la cabeza ante tanto exceso de celo.

–Te queda mucho por aprender, Mandl.

Pero ahora Mandl lo tenía en el bote. Ya le estaba pidiendo dos vasos de vino blanco a la camarera. Y como El Ciervo Rojo es una de esas fondas antiguas con una enorme barra en la entrada, allí se plantan los dos hombres. La camarera les pone los vinos, y Mandl saca un billete morado de los de cincuenta del bolsillo de su camisa verde chillón. A Brenner casi le dan náuseas.

–¿Qué pasa? ¿Os empeñáis en perder hasta el último lector? –dice el detective.

–¿Acaso nos queda alguno? –pregunta Mandl con sonrisa de anuncio de dentista (desde su reportaje sobre el prostíbulo secreto en la carretera de Bruck llevaba en la boca dos flamantes coronas recién puestas).

–Con esa historia trasnochada, lo cierto es que no conseguiréis que alguien pique. A otro con ese hueso, dirá la gente.

–A otro perro, querrá decir. O muerto el perro se acabó la rabia. O lo que es lo mismo: si no hay mensajero, no hay noticia. Y el policía, contento, ¿no es así?

–¿Y pa qué eso de estar llamándome policía todo el rato?

–«Para qué», inspector, se dice «para qué», porque si no, pa qué tenemos la gramática.

Cómo te diría... Mandl no le ponía a nadie palos en las ruedas. Simplemente se creía muy importante y quería arrasar. Brenner sólo dijo:

–Para mí que vas a ser tú el autor del crimen. Perverso como eres.

–Ah, o sea que un único autor, bien plantado y perverso. Esto me hace pensar en otra cosa. ¿Qué ha sido de la americana?

–Está en América.

Se referían a otra americana, no a la anciana millonaria del telesilla. Y esto es lo que vengo queriendo decir todo el tiempo acerca del origen de la bilis de Brenner.

Tienes que saber que durante unas semanas estuvo aquí una empleada del seguro americano. La mujer trataba sobre todo con Brenner, que de alguna manera formaba parte del seguro. Bueno, pues era una americana joven y rubia,

de esas que aquí sólo se ven en el cine, si acaso. Tú imagínate una muñeca Barbie. Se llamaba Betty. Y pasó prácticamente todo el verano en Zell.

Y no veas qué chismorreo. Porque detrás de la americana no sólo andaba Mandl, sino, como quien dice, todos los muchachos del pueblo y unos cuantos viejos pendejos que nunca faltan. Pero a esos rumores no me refiero. Porque de los de Zell ninguno se comió una rosca con la americana. De modo que se inventaron rumores: que si era agente de la Brigada Criminal americana, que si la había enviado expresamente el FBI. Algunos dijeron que la CIA y otros, incluso, que Scotland Yard. Pero el dueño de Ultramarinos Finos, Fürstauer, muy enterado él, dijo que éste sólo operaba en Escocia.

La Betty, sin embargo, sólo era del seguro. Vino a hacer una especie de inspección sobre el terreno y quería que Brenner le facilitara todos los detalles del caso. Brenner, por su parte, poco podía aportar. Quiero decir, en cuanto al caso no podía ofrecerle gran cosa.

Por lo demás, me limitaré a decir que la chica también se alojaba en El Ciervo Rojo. Y desde niña, desde que era una chavala allá en América, estaba enamorada de Robert Redford. Ahora bien, Brenner no se parece en nada a Robert Redford, pero algo en él tiene que haberle recordado al actor.

Eso fue en agosto. Y ahora, ya casi pasada la primera semana de septiembre, ahí tienes a Mandl a la entrada de El Ciervo Rojo preguntándole a Brenner:

—¿Y qué ha sido de la americana?

Lo que quiero decir es que debió de ser por eso por lo que a Brenner se le agrió el humor al poco rato de estar conversando con él. Y cuando ve la cara de decepción de Mandl y lo pálido que se ha puesto de repente, le suelta:

—¡Dónde va a estar la americana! En América.

Pero enseguida se da cuenta de que a él le duele más que al reportero local. Aunque sabe disimularlo. Sencillamente, da media vuelta y deja a Mandl plantado con los vinos. Sube a la habitación y se sienta a escribir el dichoso informe. Que mandarlo, ya lo mandará mañana.

3

Si a día de hoy uno se empeña en que algo tiene que suceder por fuerza, seguro que no sucede. Quizás era éste el motivo por el que Brenner seguía sin escribir una sola palabra de su informe para la agencia de detectives Meierling, aunque había pasado ya una hora larga desde que dejara a Mandl con la palabra en la boca.

Era el 6 de septiembre, pero aún hacía tanto calor que Brenner estaba sentado en su habitación con el pecho al aire. En el lado de sombra del hotel, claro, la cosa a estas alturas del año era muy diferente. Pero la habitación de Brenner estaba ubicada en la solana, y durante el día no te haces tú una idea lo caliente que llegaba a estar.

De manera que Brenner lleva más de una hora sentado ahí frente a la pequeña mesa de su habitación, cuando se percató de que aún no ha escrito ni una línea. Porque su cabeza está quién sabe dónde. Éste era uno de los viejos males que padecía, el de no poder concentrarse. Por su aspecto, parecía la tranquilidad en persona. Como el monje de la película esa..., aquel monje indio, mejor dicho budista, que dice: Cuando camino, camino, y cuando como, como. Pues tal cual, esa impresión causaba Brenner cuando lo veías caminar o comer o hacer lo que fuera. Meras apariencias.

De modo que había que conocerlo muy bien para saber que en un tipo como él la procesión va por dentro. Además, concentrarse, o sea fijarse en lo esencial, no era uno de sus fuertes. Nemec ya lo vio el primer día y se lo restregaba cada nada por las narices:

–Más vale la concentración que la erudición, Brenner.

Porque ésa fue la respuesta de Nemec cuando Brenner le preguntó si podía participar en un curso de reciclaje. Quizás no fue lo más sensato presentarse ante el nuevo jefe el primer día para solicitar un cursillo porque eso suponía dos días de ausencia. Brenner no puede por menos de pensar en eso, ahora que repara en que lleva una hora con la mirada fija en la mesa y sin haber escrito una palabra.

La mesa en cuestión era una filigrana, tan pequeña y enclenque que bastaba con mirarla para que se tambaleara. Cualquiera hubiera dicho que servir no servía más que de adorno. Pero a Brenner le daba lo mismo. Llevaba medio año tecleando semana tras semana su informe en aquella mesa.

Y eso que su abuelo había sido carpintero en el arrabal de Puntigam. El anciano nunca habría llamado mesa a este trasto. Brenner conservaba aún dos

armarios hechos por su abuelo, muebles altos y elegantes, elaborados en madera de nogal que ya se hallaban en el piso paterno cuando él nació.

Y desde la muerte de sus padres, estaban en el suyo. Porque hermanos Brenner no tiene y en su V.E.P. los armarios cupieron razonablemente. O sea que Brenner vive en una Vivienda para Empleado Público, con alquiler reducido, qué te pensabas tú. Y ahora está con el miedo de tener que dejarlo por haber renunciado al puesto en la policía.

Pero luego pasa algo que lo sorprende. Pues resulta que todavía no le han comunicado nada, no ha recibido notificación ni cosa que se le parezca. Y en lugar de ponerse a redactar su informe de una vez por todas, piensa en que probablemente es por Schwaighofer, su antiguo compañero de escuela. A ver si me explico:

Cuando hace cinco años fue a llevar la solicitud para un piso V.E.P., Brenner se llevó una gran sorpresa. Al principio no lo reconoció en absoluto porque, primero, estaba calvo, y segundo, hacía veinte años que no lo veía; pero el otro, su compañero de escuela Schwaighofer, lo reconoció al instante. Era el jefe de la oficina y responsable de la adjudicación de los pisos. En un primer momento, a Brenner le resultó incómodo, casi violento, porque qué le dices a un compañero de escuela al que no has visto en cuatro lustros. Y durante la época de colegio no es que fueran la mar de amigos. No olvidemos que Brenner siempre ha sido un poco retraído; no digamos huraño, pero sí retraído. Y Schwaighofer, por su parte, tampoco era de los que movían mucho la lengua.

Sin embargo, la incomodidad fue cosa de poco tiempo, pues su condición de soltero lo hubiera obligado a ponerse en lista de espera, y las listas de espera para estos pisos, ni para qué te cuento, son de años. Así que mira tú por dónde, a los tres meses ya se estaba mudando, y eso fue, qué duda cabe, gracias a un chanchullo de su ex compañero Schwaighofer. Así funciona este país, qué le vamos a hacer.

Y como lleva medio año sin recibir notificación alguna de la administración de V.E.P., o sea de Schwaighofer, empieza a hacerse ilusiones de que éste quizás esté detrás del asunto, que como quien no quiere la cosa haya hecho la vista gorda ante la evidencia de que Brenner tiene que dejar el piso.

Aunque eso, en realidad, no viene a cuento, el caso es que tales y no otros eran los pensamientos de Brenner en ese momento, cuando, sentado en su habitación hecha un horno tendría que haberse calentado la cabeza centrándose en su trabajo, en vez de darle vueltas a lo del piso. Y ahora escucha lo que te digo. Casualidad no es, porque la casualidad en este sentido no existe, eso está comprobado.

Porque en lugar de ocuparse de su informe, Brenner no podía dejar de pensar en el día en que había llevado a su piso a Anni Bichler, su compañera de la

oficina. Anni era una de las dos secretarias de su sección, pero la más guapa. Hará ya unos cinco años desde aquella vez que, prácticamente, se la llevó al huerto. Cuando sucedió, hacía pocas semanas que se había mudado a la V.E.P. Y a la mañana siguiente Anni va y le dice:

–Para serte sincera...

Ahora bien, tienes que saber que si hay algo que Brenner no puede soportar es que alguien empiece una frase diciendo «para serte sincero». No sabe cómo, pero ha llegado a la convicción de que las frases que comienzan con la muletilla de marras nunca traen nada bueno.

Pero entonces se llevó una buena sorpresa porque Anni Bichler dijo algo que no tenía nada que ver. Porque lo que Brenner ya veía venir era que su compañera se iba a quejar de que él se hubiera aprovechado de su estado, de su cuasi embriaguez total.

La cosa era que él mismo no se acordaba de los pormenores de la noche. Lo único seguro era que la mujer que en ese momento se untaba el pan del desayuno con mantequilla y mermelada de albaricoque era su compañera de trabajo, la secretaria Anni Bichler. Y que el día anterior, en la celebración de cumpleaños de Schmeller –el compañero de ambos que dos años y medio más tarde moriría tiroteado en un asalto a un banco–, Brenner había empezado a tutearla al calor de las copas.

Pero aparte de eso no se acordaba de mucho más, sobre todo de si se había acostado con ella o no. Aunque probablemente ella sí lo sabía y seguramente estaba abriendo la boca en ese momento para soltarle una queja de algo que Brenner no recordaría por mucho que quisiera.

–Para serte sincera, me parece que tu piso no tiene atmósfera.

Brenner se sintió aliviado. Pero sólo fue un alivio momentáneo porque luego se le ocurrió pensar que esto de que una mujer repare en la decoración de tu piso también puede significar algo. Dicho en plata: intenciones serias. Aunque luego sus temores resultaron infundados, porque Anni se portó que para qué, estupendamente; en la oficina, normal, vamos, como si no hubiera pasado nada.

Y a lo mejor no había pasado nada, o bien sí había pasado algo y ninguno de los dos lo recordaba, pero qué más da; a mí, desde luego, no tiene por qué importarme, pues no guarda relación alguna con Ted Parson y su mujer –Suzanne se llamaba–, o sea con la persona que colocó a los dos ancianos en el telesilla.

Aunque luego, dos semanas después de la historia con Anni Bichler, se celebró el baile de carnaval de la policía. Y ese día fue a la hija del director de la banda musical del cuerpo a la que Brenner se llevó a su V.E.P. Y entonces fue cuando la cosa empezó a despertar sus sospechas, vamos, que por fin cayó del

nido. Porque la hija del director de la banda policial aún no se había quitado los zapatos cuando ya estaba diciendo:

–Ay, no sé cómo decirte, se me hace que tu piso no tiene atmósfera.

El fin de semana siguiente Brenner se hizo llevar al piso los dos armarios de madera de nogal. Y oye, prueba tú a transportar dos armarios no desmontables hasta la tercera planta de un bloque de pisos para empleados públicos. Al final, a trancas y barrancas lo consiguieron; pero, lo creas o no, no sirvió de nada.

Porque el siguiente o subsiguiente fin de semana, cuando volvió a tener visita –que para eso Brenner no siempre ponía el listón muy alto, pues no veas la última..., pero bueno yo en esto no entro ni salgo–, el caso es que la chica va y le suelta:

–Para mí que tu piso no tiene atmósfera.

Y yo por qué cuento todo esto. Brenner está sentado en su habitación de El Ciervo Rojo esperando a que su pastilla contra la migraña por fin surta efecto. Y en lugar de escribir su informe, mira fijamente el enchapado de la mesa y piensa en los armarios de madera de nogal de su abuelo. Sus inquietos ojos azules han dejado de bailar como el azogue. Pero no porque los tuviera clavados en la mesa, que clavados, en realidad, no estaban. Lo que hacían más bien era perforarla. Porque ni la mesa ni la atmósfera de la habitación de hotel le molestaban en absoluto.

Sólo le molestaba una cosa, y era el hecho de no poder concentrarse. También ése había sido el eterno reproche de Nemec. Y en este momento a Brenner no se le pasa nada mejor por el magín que darle la razón a su ex jefe.

Yo al respecto sólo puedo decir lo siguiente: casualidad no fue. Nadie, ni rey ni roque, hubiera podido concentrarse tratándose como se trataba de un asunto de esta naturaleza. Porque no había nada a qué agarrarse, ¿me entiendes? En qué te vas a centrar si no hay de qué echar mano. Pero tampoco fue casualidad que Brenner, un tipo al que ya de por sí le cuesta concentrarse, fuera el hombre perfecto para semejante tarea.

Porque tú imagínate una pista de hielo o, si prefieres, un campo de nieve o lo que sea. El hecho es que en terrenos así se avanza mejor caminando a un paso distinto al que llevas cuando transitas por una carretera asfaltada. Quiero decir que el que en la carretera asfaltada se mueve con torpeza y lentitud, en este caso igual juega con ventaja.

Uno que caminando sobre asfalto da el pego, como Nemec por ejemplo, que avanza con un garbo que es un placer, en estos terrenos, de por sí movedizos, se pegó un castañazo que dio gusto.

Las investigaciones llevadas a cabo por la policía en aquel momento, enero, no condujeron literalmente a nada. Primero, a principios de mes, dijeron que había dos pistas calientes que había que mantener en secreto. Pero a finales de

enero de las dichas pistas no se volvió a hablar y los investigadores hicieron mutis por el foro.

«No debe quedar títere con cabeza», era la frase predilecta de Nemec al comienzo. Así lo pregonaba el *Pinzgauer Post*. Y la verdad es que sí, que todo indicaba que Nemec estaba a punto de echar el guante al autor del crimen. O mejor dicho: «a la autora o a los autores», según decía el mismo Nemec corrigiendo inmediatamente a quien hablara de un autor masculino y en singular. El que dijera «el autor» podía estar seguro de que Nemec le interrumpiría añadiendo: «o la autora o los autores».

–O *las autoras* –lo enmendó a su vez Brenner. Y eso en presencia del compañero Tunzinger. Porque a Schmeller un año y medio antes ya le habían... ya lo habían matado a tiros en el asalto al banco de... de...

Ahora bien, no es que Nemec tenga unos rasgos particularmente destacables. Eso sí, está muy flaco, en los puros huesos, vaya, con pinta de uno que padece úlcera de estómago. O más bien de estudiante; en realidad, parece un niño imberbe. Sobrepasa los cuarenta, según me consta, pero si te lo encuentras por la calle, le echarías treinta y dirías eso: un estudiante con gafitas de níquel.

Y quizás era justo por ese rostro de niño imberbe por lo que tanto llamaba la atención. Porque cuando se enfadaba, se le pronunciaba una vena azul en la frente que, lo creas o no, se engrosaba hasta adquirir el tamaño de un dedo. Y cuanto más pugnaba por esconder el enfado, más se hinchaba aquella vena azul en su frente. Se diría que todo el enfado que quería tragarse se le subía directamente a la frontal.

Pero aparte de la protuberante vena azul, en aquel momento no mostró otra reacción ante el dislate cometido por Brenner al decir «las autoras». Estábamos a finales de enero. Y el fracaso rotundo era ya *vox populi*.

Primero dos pistas, luego nada de nada. Y con lo de las dos pistas los policías sólo se ganaron las burlas de los zellerenses.

Pero a decir verdad, ¿qué alternativa tenían? El orfebre era el único pariente de las víctimas, de modo que comenzaron por él. Móvil, en teoría, había porque heredaba unos cuantos millones, y no te creas que de chelines. Porque eran americanos, y en América las cuentas se pagan en dólares. Pero siendo dueño de medio Zell no iba a ser tan imbécil como para matar a sus suegros en el mismo pueblo y en su propio telesilla; eso, a finales de enero, lo comprendió hasta la policía.

Quizás –y no me parecería nada extraño–, quizás lo que le atrajo a Nemec fue precisamente el hecho de que el orfebre figurara entre los notables del pueblo. Porque eso le hubiera dado pie a interrogar al párroco o al mismísimo alcalde.

Creo que por aquellos días Nemec ya se veía en las portadas de la prensa:

«Agente intrépido resuelve enigma del crimen» o algo por el estilo, y su foto debajo: «Implacable e insobornable». Pero al orfebre no pudieron probarle nada y, obvio, la cosa derivó en una vergüenza mayúscula para Nemec. A finales de enero, de repente nadie hablaba ya del orfebre Antretter.

Y de la Iglesia Pagana no te digo nada. Era la segunda pista, que luego resultó incluso más deleznable. Sin embargo, Brenner no puede menos que volver a pensar de nuevo en la Iglesia Pagana, aunque por otro motivo, la verdad. Porque en este instante acaba de ponerse de nuevo la camisa para salir al balcón de su habitación de El Ciervo Rojo.

Allá abajo, a orillas del lago, no hacía ni una semana había un ajetreo de temporada alta. Ahora te sobran dedos de la mano para contar a los bañistas. Era comienzos de septiembre y hacía un calor impropio de la estación, como siempre dice el hombre del tiempo. No obstante, los escolares vuelven al cole y los turistas que han pasado allí sus vacaciones desaparecen de la noche a la mañana. Sólo queda un puñado de jubilados.

Y Brenner, naturalmente. Él también sigue ahí. Igual que su intuición, que por eso es tan peligroso que un detective se fíe de su intuición. Porque la intuición que una hora antes todavía le daba esperanzas, ahora, mientras mira al lago desde su balcón, de repente lo colma del mayor de los desánimos.

La vista, eso sí, soberbia, hay que reconocerlo. Y las montañas se hallan tan cerca que no creerías que ahí en medio está el lago. Habría podido divisar fácilmente la presa si no fuera por el saliente de bosque que le obstaculizaba la visión de esta zona que en los mapas de excursionistas sigue denominándose como antaño, Iglesia Pagana.

Así, con ese apelativo, estaban firmadas las cartas conminatorias que llegaron a la redacción del *Pinzgauer Post*. Y las exigencias que contenían, tú me dirás, debieron de haber sido formuladas por unos locos o unos chavales traviesos. Pretendían nada menos que el municipio de Zell renunciara por completo al turismo de invierno. ¡Al turismo de invierno! ¡Prescindir de él! Fíjate tú qué disparate. Y que, de lo contrario, la presa de Moos saltaría por los aires. Exactamente eso decían las cartas. Firmadas por: Iglesia Pagana.

Ahora bien, no se puede olvidar que sobre Zell, es decir, en el mismo macizo del Grossglockner y, como quien dice, directamente sobre las cabezas de los zellerenses, se extiende uno de los embalses más grandes de Europa. De eso la gente no es consciente cuando se pasea por el pueblo. De que pende sobre ellos como la de Damocles, y que si llega a romperse semejante dique... Porque la de Moos es una de las tres presas y está prácticamente en el medio de esa zona denominada Iglesia Pagana. De dónde le viene el nombre, no se sabe.

Y luego están las otras dos, la presa de Drossen y la de Limberg. Claro que es

imposible que un dique se rompa. Pero pongamos que sí, que se rompe, entonces no vayas tú a creer que queda un solo zellerense para contarlo.

Por otro lado... Los diques están allá arriba desde hace casi cincuenta años, pues el embalse fue inaugurado inmediatamente después de la guerra. «Símbolo de la República», ponía el periódico; eso fue en 1951, cuando lo inauguraron. Ahora bien, como comprenderás, en seis años es imposible construir un embalse de alta montaña, mejor dicho, hoy en día puede que sí sea posible, pero en aquella época no. Pero los políticos, claro, se cuidaron muy mucho de mencionar que..., aunque yo tampoco quiero empezar de nuevo con lo de los nazis.

Cuando se celebró el 25 aniversario se puso de moda hacer reportajes, por así decir, críticos. Y hace unos años, en 1991, se conmemoraron los 40 años de su existencia. Para la ocasión incluso invitaron a unos ucranianos, trabajadores esclavos, porque cientos de ellos se dejaron la vida allá arriba en la obra durante la guerra. La presa la terminaron de construir luego los americanos.

Después de la guerra, todo el mundo estaba contento de que hubiera electricidad y despegue económico, y los políticos llamaron al embalse «símbolo de la República». De ahí que Nemec sospechara que lo de la Iglesia Pagana podía ser indicio de terrorismo político o algo por el estilo, pero a la gente de por aquí la política no le va mucho.

A los agentes de la Brigada Criminal sólo se les ocurrió esta idea por el turismo de invierno, quiero decir, por la exigencia de acabar con él. Por el hecho de que los cadáveres se hallaran precisamente en el telesilla. Porque, ya me dirás tú, qué lugar más a trasmano. O sea que infirieron que se trataba de un último aviso. Pero no se encontró carta de reivindicación alguna, ni tampoco hubo llamadas de teléfono. Entonces qué aviso ni qué ocho cuartos.

Y luego resultó que sí; amenazas de este tipo las ha habido desde que existe el embalse. Aunque de alguna manera ésta parecía avivar particularmente la fantasía de la gente. Quizás se trataba de un miedo, un temor inconsciente, qué se yo. El alcalde de Zell guardaba toda una colección de cartas de esta índole. Pero la Brigada Criminal no lo supo hasta tres semanas después. Porque, por supuesto, cuidaron de que no trascendiera a la opinión pública. Imagínate que los turistas hubieran dejado de venir por semejante tontería.

El alcalde siempre decía: «¿Volar una presa de diez metros de grosor? Más fácil es hacer saltar por los aires la montaña entera».

Pero en las actas del municipio estas frases nunca constaron. Precisamente porque se procuró que la cosa no se hiciera oficial. Digamos que se silenció. Y para mí que era lo mejor. Porque la presa sigue allá arriba.

Es lo que Brenner vuelve a pensar en este momento mientras mira desde su balcón hacia el otro lado. El embalse sigue allá arriba y las cosas están como

siempre. Porque si había de ser sincero, tampoco ahora, seis meses más tarde, contaba con pista alguna. En ese instante Brenner se sentía como se siente quien por una vez en la vida es sincero consigo mismo.

El sol declinaba lentamente y el lago reverberaba. Un espectáculo de la naturaleza que vamos, te deja anonadado.

Y entonces Brenner se siente igual de memo que la hija del director de la banda policial al decirse para sus adentros: «Para ser sincero... la Iglesia Pagana no fue, el orfebre Antretter tampoco, ni ninguno de los demás. Pero, desde luego, alguien tiene que ser el asesino».

Ahora escucha lo que te digo. Zell no es tan pequeño como para que todo el mundo se conozca. Pero todo el mundo conoce al taxista Johnny Goggenberger. Es de lo que no hay, un ejemplar único, ya lo puedes decir en voz alta. Pesa ciento veinte kilos y tiene un chevrolet de color rosa con el que lleva veinte años haciendo de taxista en el pueblo. Nunca se ha dedicado a otra cosa, pues no es tan viejo como parece. Aunque ya me gustaría a mí saber de dónde ha sacado ese chevrolet.

El caso es que el 7 de septiembre Brenner se hace llevar por Johnny a Kaprun. No es que se le haya perdido nada en ese pueblo. Pero como los taxistas siempre oyen cosas, Brenner ha pensado que a lo mejor haciéndose llevar por Johnny a algún sitio va a enterarse de algo, aunque esta vez los cálculos le fallan de medio a medio.

Porque lo que es Johnny no dice ni mu, así te vayas con él hasta Suecia. De hecho, en una ocasión un sueco se rompió una pierna esquiando y contrató a Johnny para que lo llevara de vuelta hasta allá arriba, a Escandinavia. Y para mí que aquello no pudo ser divertido, pues Johnny fuma virginia y la peste en su chevrolet no la aguantas ni yendo de la puerta de tu casa hasta la esquina. Y claro, hablar seguro que apenas habló con el sueco, porque ése no sabía alemán y a Johnny, que yo sepa, nunca se le ha oído pronunciar una palabra en sueco.

–Mecagoen... –dice Johnny cuando el hombre del tiempo anuncia que hoy todavía hará más calor que ayer.

Por lo demás, Brenner no logró sacarle nada. Cuando está borracho, Johnny habla por los codos, como les suele pasar a los callados. Pero rara vez está borracho, porque en su calidad de taxista, obvio, no puede permitirse ese lujo.

Fue otra cosa la que a Brenner le puso de los nervios. No el pestazo a virginia, porque hoy su dolor de cabeza parece haber desaparecido por arte de magia, y cuando esto ocurre, esos tufos no le molestan. Además, hace siete meses el propio Brenner todavía fumaba. Pero que en una carretera como la de Zell a Kaprun, donde cualquiera que esté en sus cabales conduce a cien por hora porque se trata de una vía rápida por la que, si me apuras, también podrías ir a ciento cincuenta, sólo que no está permitido; que en una carretera así Johnny no suba de cincuenta es algo que...

Porque Johnny, y eso lo sabe cualquiera que viva en Zell, nunca ha ido a más de cincuenta. Los de fuera ya pueden cogerse un cabreo. Y Brenner se lo cogió, tanto que en medio del trayecto le suelta:

–Me bajo aquí.

–¿Aquí?

–Sí, aquí.

–Mecagoen...

Johnny se extrañó porque allí donde Brenner quería apearse no había lo que se dice nada. Fue a unos dos kilómetros del pueblo. Un poco más adelante, en dirección a Kaprun, queda aquel henar que seguro que has visto, el de esa vieja publicidad que dice: «El buen brandy, el de siempre». Las letras casi se han borrado. Pero nadie se toma la molestia de retirar el eslogan, porque está pintado sobre el mismo muro.

Brenner aún no veía aquella publicidad. Miraba cómo el chrevrolet rosa giraba aparatosamente para alejarse de nuevo, diríase que a paso de marcha, en dirección a Zell. El fracaso con Johnny dejó de enfadarlo. Al fin y al cabo, esa mañana al despertar había visto enseguida que aquél iba a ser otro de esos soleados y hermosos días de otoño. Y también se percató de que tampoco hoy le apetecía escribir el informe. De modo que el viaje en taxi sólo había sido una excusa para salir del pueblo y no tener que quedarse en la habitación del hotel dándole al teclado. A través del campo segado se dirigió hacia el henar, lo rodeó y fue entonces cuando vio la publicidad. «El buen brandy, el de siempre», rezaba el letrero, pero estaba completamente carcomido por el tiempo, y Brenner se preguntó cuántos años o décadas llevaba aquello allí.

Al menos cinco lustros, sin duda. Y para saberlo no necesitabas laboratorio ni mandangas porque era evidente que el letrero estaba orientado hacia el lado equivocado. No hacia la carretera, sino hacia la parte opuesta.

Y es que veinticinco años atrás acabaron de construir aquí la vía rápida, la misma por donde Johnny circulaba a cincuenta por hora de regreso a Zell. Pero la publicidad está en el muro del henar que no se puede ver desde la vía, orientada hacia donde pasaba antes la vieja carretera cuyo firme ahora está cuarteado y hasta invadido por la hierba.

Salvo a la altura del henar, donde sigue intacto. Qué digo intacto, incluso en mejor estado que en la vía nueva que entretanto han asfaltado ya tres veces. Pero estos doscientos metros de la vieja carretera hacen de pista de *eisstock* de verano, de lo cual Brenner no tenía conocimiento hasta la fecha.

Serían las doce y media, el cielo estaba completamente despejado, hacía un día precioso como los hay pocos en Zell, y Brenner se quedó mirando un rato a los jugadores. En realidad, en ese momento no le cabía en la cabeza que en un lugar así se hubiera podido cometer un asesinato, porque nada más apacible que aquellos jugadores de *eisstock*.

Aparte de Brenner sólo había un espectador al borde de la pista. Se encontraba en el otro extremo y Brenner no podía distinguir su fisonomía. Y

allí estaban también la mayoría de los jugadores que iban lanzando por turnos sus *stöcke*. Tienes que imaginártelo como esos viejos franceses que a veces salen en la tele jugando con las bolas plateadas. Pues el *eisstock* también es un deporte que practican sobre todo los jubilados, pero no se juega con bolas sino con *stöcke*, unos tarugos redondos, planos por debajo y con mango vertical, que para que en verano resbalen sobre la pista de asfalto se les atornillan unas láminas de plástico blancas en la parte inferior.

Brenner seguía pensando que no había nada más apacible que este puñado de jubilados, cuando de repente se armó la marimorena. Al principio no entendió a qué se debía la trifulca.

Y es que verás... El *eisstock* se juega apostando dinero, no mucho, pero sí un poco para que tenga gracia. Siempre hay dos equipos y cada tirador se pone de acuerdo con otro del equipo rival. Es decir, deciden cuánto apuestan, y lo hacen por parejas aunque juegan en equipo. Pongamos por caso que una pareja apuesta diez chelines, otra veinte y hasta puede haber dos que jueguen por cincuenta. La apuesta no tiene por qué ser igual para todos, sólo tiene que haber dos jugadores que se pongan de acuerdo. Y si tu equipo gana, el dinero es tuyo; en cambio, si pierde, te toca pagar.

Pero no vayas tú a pensar que se enzarzaron por la pasta. Porque en esto de las cuentas no hay tutía, lo acordado es lo acordado. Fue más bien porque, cómo te diría, porque entre los tiradores los hay mejores y peores, y en eso los jubilados son como los críos. Cada uno se cree mejor que el otro. Y no pasa nada, cada cual que piense lo que quiera. Pero existe lo del *haggl* que, creas o no, siempre es motivo de discordia.

Y es que cada equipo tiene su capitán, como en el fútbol. Aquí le llaman *moar*, no me preguntes de dónde sale ese nombre, el caso es que le llaman así y el tal *moar* tiene derecho a tirar dos veces. Todos los demás sólo pueden tirar una vez, y cuando todos lo han hecho, cada equipo tiene una última oportunidad, y es cuando entra en acción el *moar*. Ahora bien, las reglas estipulan claramente quién ha de ser el *moar*: el mejor de la partida anterior, eso va a misa. Aquí no hay pelea posible, pero con lo del *haggl* la suelen armar.

Ahora bien, ¿qué es un *haggl*? Cuando hoy en día, en cualquier lugar y a una hora muerta de la tarde se juntan un par de jubilados y cuatro ociosos a jugar al *eisstock*, no es como en un campeonato, es decir, no hay reglas exactas en cuanto al número de jugadores que tiene que haber en cada bando. Entonces puede darse la casualidad de que no formen número par, de manera que uno de los dos equipos tiene más jugadores que el otro. Digamos que de un lado hay ocho y del otro, nueve. En este caso, en el equipo con menos jugadores uno hace de *haggl*, y éste, como el *moar*, también tiene derecho a tirar dos veces.

Y en esto siempre hay discusión porque no está definido quién ha de ser el

haggl. El mejor, me dirás. Porque le conviene al equipo entero que uno que sea bueno tenga un segundo turno. Pero de qué sirve saberlo si cada uno cree que es el mejor.

—¿Tú de *haggl*? —exclamó un hombre escuálido y enano al que Brenner nunca había visto. Calzaba unas botas de goma sucias y llevaba un viejo sombrero de fieltro. Era el granjero Gschwentner. Y el interpelado era Andi Fux, que no tendría más de diecisiete o diecinueve años, pero ya estaba completamente calvo.

—Pues claro, para que puedas embolsarte tus cinco.

Los otros rieron a carcajada limpia la descarada respuesta con que el joven había defendido su papel de *haggl*. Pues sabrás que el granjero Gschwentner de campesino pobre sólo tenía la pinta. Era el más hacendado de la comarca y más tacaño que otro poco. Y a esa tacañería aludía Andi, porque el hombre no había apostado más que cinco y no diez, que era lo mínimo.

Brenner también rió, contento de que fuera justo en este sitio donde se le acabara la paciencia y se bajara del chevrolet color rosa de Johnny. Sin saber, claro, que sería allí donde iba a encontrar lo que en vano había buscado con el taxista: que precisamente esa inofensiva pelea le daría una pista que hasta ese instante no había considerado en absoluto.

Ahora fíjate en lo qué pasó después. Todos los jugadores estaban posicionados en el otro extremo de la cancha y Brenner en éste, esperando a que empezaran a lanzar sus *stöcke*. Luego los jugadores fueron viniendo uno a uno porque, claro, una vez han lanzado, cambian de lado. Y fue entonces cuando Brenner reconoció al orfebre Antretter. Era el *moar* del otro equipo, es decir, no del equipo de Gschwentner y Andi, sino del equipo rival, y acababa de efectuar el primer tiro y ahora se acercaba a Brenner.

Éste se sorprendió de verlo practicando *eisstock* con gente corriente y moliente. Porque, por lo general, el orfebre se mueve en otros círculos. El presidente de la República tiene una casa en la zona y el gobernador va de vez en cuando; ésta es la gente con la que el orfebre se codea. El alcalde tampoco suele participar en este deporte, como mucho lo hace una vez al año o cuando hay elecciones.

Luego resultó que el primer tiro del orfebre fue tan bueno que dejó pulverizado al equipo contrario. Porque su *stock* logró bloquear la paloma, que es como se llama la diana en el *eisstock*. La paloma es una especie de taco de madera que el orfebre se llevó por delante con tan mala leche que quedó atascado entre su *stock* y la banda.

Ahora es el turno del otro equipo. Lo van intentando uno tras otro, pero los *stöcke* parecen embrujados, no atinan y pasan de largo zumbando o enmudecen

a mitad de camino obstaculizando el paso a los demás. De manera que va siendo imposible que alguno eche fuera al *stock* del orfebre.

Qué te voy a contar, los ocho ya han tirado y el *stock* del orfebre sigue pegado a la paloma como una lapa. Ahora le toca al *haggl*, que tiene su segunda oportunidad. Andi Fux coge pues su *stock* y se dirige al otro extremo, donde se coloca en posición de hacer el segundo lanzamiento. Pero cuando ya lleva un buen rato calculando la distancia y balanceando su *stock* hacia delante y hacia atrás, el orfebre le grita:

–¡Que sea súper!

Puedes figurarte la risotada que esto produjo. Porque sabrás que Andi es gasolinero y el orfebre va y lo interrumpe en plena concentración gritándole:

–¡Que sea súper, Andi!

Brenner no entendió el motivo de tanta risa; no podía saber que Andi era el encargado de la gasolinera. Brenner en Zell no tiene coche, siempre ha sido más bien ciudadano de a pie.

Entretanto se había acercado el segundo espectador, que al principio estaba en el otro extremo de la pista de asfalto. Y resultó ser espectadora. Una mujer mayor con gruesas gafas bifocales. Pero lo más llamativo en ella no eran las gafas, sino que no tenía manos.

Se quedó parada al lado de Brenner y él le preguntó si entendía por qué la gente se reía tanto.

–El chico es gasolinero –dijo la mujer, en alemán estándar.

Al principio Brenner se sorprendió de la presencia de una alemana presenciando una partida de *eisstock*. Porque es más bien una cosa de la gente del lugar. Pero enseguida lo distrajeron los sucesos sobre la pista. Y es que la partida empezaba a animarse.

El gasolinero había efectuado su tiro, pero falló estrepitosamente. Y ahora venía hecho un basilisco y amenazaba al orfebre con darle una hostia. Tienes que imaginártelos, el orfebre, un setentón millonario de pelo plateado, y Andi, un muchacho con cara de pocas luces, mono pringado y una calva en toda regla. Y va como embalado hacia el orfebre y le pregunta si es que le está buscando las cosquillas.

Para la siguiente partida forman nuevos equipos y ya no necesitan *haggl* porque han quedado emparejados; Andi ha dejado de jugar y se dirige de morros hacia el chiringuito.

–Pónme una cerveza –le dice a Schorsch Gruntner, que antes trabajaba en los ferrocarriles y ahora, de jubilado, regenta el chiringuito. Pero se ve que no es el día de Andi porque Gruntner le contesta con sequedad:

–Calma, muchacho.

Y era que tenía dos clientes más que atender. Brenner y la mujer mayor sin

manos habían llegado al puesto de salchichas antes que Andi Fux. Y Brenner al verlo se llevó un susto porque en la distancia le había echado cuarenta años, si no cincuenta, y ahora se percataba de que no podía tener más de diecisiete o dieciocho.

Andi vestía como siempre el mono rojo de la gasolinera. En el peto, Brenner alcanzó a distinguir los contornos del aplique conquitiforme de la Shell que un día tuvo que haber lucido donde ahora el color de la tela era más oscuro, no tan deslavado como alrededor. Parece un viejo, ahí de pie, pensó Brenner. Pero luego, cuando Andi abrió la boca, la impresión fue justo la contraria.

–Calma, calma. Si lo que tengo es calma –le dijo el *haggl* al encargado del chiringuito a una velocidad de vértigo y con una voz de pito que hubieras dicho que al chico aún no le ha mudado; un eunuco, ni más ni menos, que a la vez miraba a Brenner atemorizado, como preguntándose: ¿Y éste qué? ¿Estará de mi parte, me reirá los chistes? Pero para comprobarlo a Andi le faltó calma porque ya estaba cambiando de tema:

–Tú sí que lo tienes bien, detective.

Brenner nunca intentó ocultarlo ni andarse con secretos. Porque ésta era la eterna discusión: que si había que declararse o no, que cuáles eran las ventajas y los inconvenientes. En eso siempre ha habido partidarios de lo uno y de lo otro. En revistas criminológicas y para detectives hay que ver la de cosas que se debaten, y sobre esto vuelven una y otra vez.

A Brenner siempre le recordaba sus primeros dos años en la policía. Porque por aquel entonces estaba en la Brigada de Tráfico, y ahí venga a debatir sobre si la vigilancia era más eficaz con radares secretos o con advertencias visibles del tipo: ¡Atención, radar! O sea qué era, en términos globales, más disuasorio para el infractor de los límites de velocidad.

En el caso de Brenner, la cuestión de detective secreto o no estaba decidida de antemano. Pues los de Zell ya lo conocían de la Brigada Criminal, o sea, lo de secreto no habría sido posible. Aunque muchas veces no es una desventaja, por ejemplo cuando la gente se hace la interesante, como lo está haciendo ahora Andi Fux.

–Que digo que tú lo tienes bien, detective. Porque todos son unos sinvergüenzas. No tienes que ir muy lejos para encontrarte a un sinvergüenza de esos. Míralos ahí. Gschwentner. El orfebre. Millonarios, pero agarrados como ellos solos, ni un céntimo de propina. Limpiarles los cristales sí, pero propina no. Que si les miro el aire, que si les controlo el agua del radiador, que si..., pero de propina nada, señor Sinvergüenza. Los señores millonarios no tienen tiempo. Han de hacer turno de noche, *lifting with ami*.

La ocurrencia que acaba de tener en medio de su ataque de rabia le hace tanta gracia que se da media vuelta y grita en dirección a Antretter:

–*Lifting with ami, mister Antretter! Want a regening?*

El orfebre ni se inmutó y los otros tampoco se rieron porque les faltaron arrestos para reírse en las narices del orfebre.

–¿Entiendes lo de *regening*, detective? Quiere decir en holandés: ¿necesita factura? Los holandeses son la mejor nación del mundo en cuanto a propina. Aunque los vieneses tampoco están mal. Y tú qué, detective, ¿no tomas nada? ¿Cuándo vas a arrestar por fin a los sinvergüenzas?

Brenner había pedido un bocadillo de embutido y después de pegarle el primer mordisco, es decir, con la boca llena, le preguntó a Andi:

–¿A quién debo arrestar? ¿A Gschwentner o al orfebre?

–Pero si tú no puedes arrestar a nadie, detective. ¿Que te crees que soy tonto?

Brenner tenía una curiosa costumbre. Es de los que se empiezan a comer el bocadillo sin haberle quitado todo el envoltorio. O sea que sostienen el pan por el lado donde todavía está envuelto. Para serte sincero yo nunca me he ensuciado los dedos comiendo un bocadillo, pero en fin...

Cuando Brenner tiene el bocadillo a medio desenvolver, se percata de que el prejubilado Gruntner ha hecho imprimir su nombre en las servilletas. Gruntner estaba antes en los ferrocarriles, trabajaba en la estación de maniobras y fue allí donde le rebanaron la pierna izquierda. Ahora está jubilado y se ocupa del chiringuito, a ratos, sin matarse.

Nada mal los bocadillos que hace, atina a pensar Brenner cuando le oye decir a Andi:

–¿Quieres que te diga quién colocó a los dos yanquis en el telesilla?

Lo que Brenner quería en ese momento era comerse su bocadillo en paz; de modo que le da a Andi la callada por respuesta. Mira como quien dice a través de él hacia el lugar donde están los jugadores de *eisstock*. Pero el otro insiste:

–Sólo hay dos autores posibles. Gschwentner o el orfebre.

–Es la segunda vez que lo dices –dice Brenner sin apartar la mirada de los jugadores.

–El párroco no predica dos veces –sentencia Andi.

–En efecto.

–Pero yo no soy párroco. Soy gasolinero. Y sólo un gasolinero puede saber lo que yo sé.

–¿Y qué es lo que tú sabes? –pregunta Brenner con la mirada fija en los jugadores. Pero en realidad observa con el rabillo del ojo cómo la mujer sin manos bebe su cerveza.

Se limita a sujetar la jarra con los dos muñones y se la lleva a la boca. Pero no creas que la maniobra es complicada o que mirarla resulta desagradable. No, pensarías que es lo más normal del mundo que una persona beba así. Y para fumar hace lo mismo. Pues fumar fuma, y no poco. Es la primera vez desde

hace meses que Brenner vuelve a sentirse atraído por la idea de fumarse un cigarro.

Entonces nota que no es la primera vez que la mujer está allí. Porque, sin detenerse a preguntar, Schorsch Gruntner le pone delante, en la barra de madera que rodea el chiringuito, una segunda jarra de cerveza, vacía. Y sobre la jarra ha colocado un cenicero, de este modo la mujer puede depositar ahí su cigarrillo directamente con la boca. Así, claro, la cosa resulta todavía más fácil.

A Brenner no deja de parecerle extraño que a uno le falte una pierna y otra no tenga manos, pero estas cosas pasan, digo yo.

–Sé que en todo Zell sólo hay dos personas que pueden haber sido –dice Andi, dale que dale, moviendo con ademán de pedante el índice ante la cara de Brenner.

–El orfebre o Gschwentner –remata Brenner.

–Exacto –le alaba Andi–. ¿Y por qué?

–Porque son los únicos en todo el pueblo que jamás han dado un chelín de propina.

Pero en ese mismo momento la manca se dirige a Andi, y a Brenner le sorprende que los dos se conozcan.

–Hoy sale Lorenz –dice la manca.

–Hoy sale, mañana entra –dice Andi.

–Voy a recogerlo –dice la manca.

–La ambulancia viene a recogerlo. Luego lo recogemos nosotros. Luego vuelve la ambulancia. Luego nosotros, luego...

–¿Te vienes? –dice la mujer sin hacer caso de la verborrea de Andi.

–¿Que si la acompaño al sitio donde va? ¿Al manicomio?

La mujer sin manos llevaba unas gafas enormes de esas que estaban de moda en los años setenta. Y con cristales tan gruesos que a duras penas le veías la cara. Además, sus ojos eran el doble de grandes que lo normal porque debía de ser muy hipermetrope.

Con esos ojos saltones miraba ahora a Brenner y le preguntaba si acaso él quería acompañarla.

–Tengo que ir al hospital a recoger a mi amigo Lorenz Antretter. Hoy le dan de alta.

Ahora bien, Lorenz era el sobrino del orfebre. El mismo que le había proporcionado la coartada para la noche del asesinato. Brenner intentó disimular su sorpresa.

–Ya que usted ha venido sin coche... –dice la manca.

Y entonces se nota la perplejidad de Brenner cuando pregunta:

–¿Pero es que usted puede conducir?

A recoger a Lorenz Antretter, pues. A Brenner le picaba la curiosidad. Porque el susodicho había pasado toda la tarde del 21 de diciembre con el orfebre. Ese día, como cada año, recibía su regalo de Navidad; siempre se lo daban el 21, pues la Nochebuena, ya se sabe, está reservada para la familia.

El 22, celebración con la empresa, o sea la escuela de esquí; el 23, con el personal del remonte; y el 24, en la intimidad: con la mujer, cuando aún vivía, y con los suegros, que venían cada año de América a pasar las Navidades. Hijos no había, de modo que desde que murió la mujer, al orfebre no le quedaban más que los suegros. Y las últimas Navidades, claro, ni ellos.

Pero lo que a Brenner ahora le interesaba saber era por qué a Lorenz iba a recogerlo precisamente Andi Fux. Aunque a decir verdad, más le interesaba ver cómo una manca se las apañaba para conducir.

Ocurrió como con la cerveza. Es decir, cuando vio cómo funcionaba, le pareció poco menos que lo más normal del mundo. El volante tenía adaptados una especie de piñones, de manera que parecía el timón de un barco, de un transatlántico. Como en la tele, cuando ves al timonel ahí de pie girando el timón; pues lo mismo. La manca apalancaba ahí los muñones y así conducía.

Brenner supuso, naturalmente, que se trataba de un coche automático, pero qué va. La mujer cambiaba de marcha que era un placer porque a la palanca de cambio estaba atornillada una especie de taza donde ella metía el muñón, y así accionaba los cambios.

Y Brenner no salía de su asombro al ver la seguridad con que conducía esa mujer. Pero no podía perder más tiempo fijándose en la manca. Porque Andi iba en el asiento posterior y Brenner, en el del copiloto. Y Andi, desde atrás, no paraba de soltarle sus historias.

Ahora bien, tienes que saber que la gente dice que el muchacho es un poco parado. Aunque la impresión de Brenner es todo lo contrario, a él le parece un poco acelerado. Sea como sea, tanto la gente como Brenner se refieren a lo mismo.

–Detective, ¿eres consciente de que la coartada del orfebre es una pampirolada?

A la alemana la divierte el término y se ríe en el retrovisor:

–¿Pampirolada de ajos?

–Pampirolada de loco de manicomio –dice Andi.

Brenner tuvo la impresión de que la del gasolinero era una rabia itinerante,

como cuando un día tienes dolor de muela, al siguiente, dolor de garganta y al tercero, otitis. Primero la cogió con el granjero Gschwentner en la pista de asfalto, luego se despachó con el orfebre y ahora se cebaba con su amigo Lorenz.

Aunque a este respecto Brenner tenía sus dudas. Porque, a ver, también podía compararse con una infección que se pasea por el cuerpo sin objetivo fijo, como quien dice. O igual la rabia de Andi era comparable a la descarga en una cerca eléctrica para ganado: si le das la mano a otro que a su vez le da la mano a otro, y así sucesivamente, no eres tú el que recibe la descarga sino el último de la fila. Y en el caso de la rabia de Andi ese último era Lorenz.

–¿Y por qué pampiolada de loco de manicomio? –pregunta Brenner.

–A ver, detective, ¿dónde vamos a recoger a Lorenz?

–Al loquero –dice Brenner.

Pero mira por dónde, Andi no quiso oír esa palabra en boca ajena. No toleraba que otro dijera que su amigo Lorenz estaba en un manicomio.

–Pero no te creas... –dice Andi–. Porque Lorenz no es ni mucho menos tan tonto como el resto de los de Zell. Sin ir más lejos, Mario, por ejemplo.

Ahora le tocaba a Mario ser el último de la fila, es decir, recibir la descarga eléctrica.

–¿Conoces a Mario, detective?

–El aprendiz de Fürstauer, ¿no?

–Ese mismo. Pues venía cada tarde a repostar su vespa. Siempre justo en el momento en que yo cerraba. Y cada tarde le ponía un litro, ni más ni menos. Entonces yo un día voy y le digo que haga el favor de repostar, como cualquier hijo de vecino, una vez a la semana sus cinco litros, porque para qué caben cinco litros en el depósito de una vespa. ¿Tú qué dices, detective?

–Para que uno le ponga cinco litros.

–O si me apuras, cuatro. Y el Mario ese va y me dice: ¿Acaso no es negocio? Y yo le digo: No, no es negocio porque más me cuesta el desgaste de las suelas de mis botas.

Brenner enseguida se arrepintió de haberle reído la gracia. Porque Andi, claro, aprovecha para repetirla.

–Más me cuesta el desgaste de las suelas de mis botas.

Y como ya ninguno de los dos se reía, se mosquea y tripite:

–Más me cuesta el desgaste de las suelas de mis botas.

Brenner se admira de ver lo apañada que es la alemana en el manejo de los cambios. De vez en cuando algún peatón se queda mirándola con la boca abierta y más de un conductor busca sus manos con la mirada.

Pero hablar con ella era imposible de momento.

–Es curioso que te den más propina cuando el día está nublado. Pero no te

creas, hay tipos que nunca te dan nada. Por principio. Determinadas marcas de coches y determinados conductores nunca aflojan la mosca. Lo curioso es que, según el tiempo que haga, esos individuos salen a montones. Por ejemplo, cuando hace bueno. Para colmo, esos días los mosquitos se pegan al parabrisas que no veas. Te puedes pasar el día entero lavando cadáveres. Y los de los mosquitos son lo de menos. Porque luego están las moscas de culo azul. Yo a tipos como el orfebre, por principio no les limpio el parabrisas. Les digo que con este tiempo no tiene sentido, porque hay demasiadas moscas de culo azul volando por ahí. Eso les fastidia, que yo siempre les salga con ésas. Pero nunca entienden que es a ellos a los que me refiero con lo de las moscas de culo azul. Quiero decir, a los cuentagarbanzos, los ahorrapropinas. Porque a decir verdad, las moscas de culo azul no son lo peor de limpiar. Peor son las abejas pájaro, que son tan grandes como un pájaro cuando se las espachurra. Pero yo me refiero a los cuentagarbanzos cuando les digo a las moscas de culo azul que hay tantas moscas de culo azul volando por ahí.

Al cabo de un rato, Andi se cansó y cuando llegaron los túneles se quedó frito en el asiento posterior.

–Es como un crío –dice la alemana.

–¿Usted tiene críos? –pregunta el detective.

Para mí que el coche que tienen delante lo pilota un descerebrado. En mitad del túnel se sale de la fila, cruza la doble continua y adelanta a un camión. El túnel es el mismo donde hace apenas medio año murieron cinco personas porque a un conductor se le ocurrió hacer lo mismo. Esta vez no ha pasado nada, sólo que al detective se le ha olvidado que acababa de formular una pregunta.

–¿Es usted holandesa?

Resulta que la manca hablaba un extraño alemán estándar. Sonaba un poco forzado, como cuando ponen ópera en la televisión. No era sólo un alemán culto y esmerado, sino como elevado a la quinta potencia. Así como suena el alemán estándar para nosotros, los austríacos, así debía de sonar el alemán de la manca para un hablante del alemán estándar. Cómo te diría, rebuscado, como la gente que domina una lengua extranjera a la perfección. Notas que no es su lengua materna porque nunca cometen errores. Y ahora Brenner piensa que a lo mejor la mujer es holandesa.

–Soy de Hamburgo.

Y claro, el hamburgués también nos suena a chino. O a eso que hablan los de allá arriba, en SchleswigHolstein, o donde sea que encontraron a aquel famoso muerto de la bañera.

–Hace más de un año que me vine a vivir a Zell –dice ella.

–¿A vivir vivir? –dice Brenner.

–¿Conoce el «corral de los prusianos»?

Brenner, por supuesto, conoce el «corral de los prusianos». Es un enorme complejo de apartamentos construido al estilo campestre alpino, de cuatro plantas con 52 viviendas carísimas y en su mayoría propiedad de alemanes que se han comprado ahí su apartamento para pasar las vacaciones.

–Soy una forastera numeraria.

–Un poco como yo.

–Sí, y como los ancianos americanos. Ellos también venían con frecuencia a Zell.

–¿Los conocía usted?

–Con un americano uno nunca sabe a ciencia cierta si lo conoce o no.

–¿Tan bien los conocía?

–Hablo medianamente bien el inglés... Y además teníamos un interés común.

–¿El *eisstock*?

–No, el *eisstock* los traía sin cuidado.

En ese momento la alemana centra toda su atención en adelantar a dos camiones remolque en una curva de la autopista. Luego dice:

–El Teatro Patrio.

–Si no entendían ni pizca de alemán.

–Yo tampoco entiendo siempre el dialecto, qué importa. Fue en la misma representación de la farsa donde nos conocimos.

–¿La farsa? Ahora soy yo el que no entiende nada.

–¿Nunca ha estado en una farsa? ¡No se la pierda! Es una bonita costumbre. Cuando se celebre la próxima boda tiene que venir conmigo. Porque como no fuera para una farsa, los americanos no abandonaban el castillo del orfebre para bajar al pueblo. Al fin y al cabo eran octogenarios. Pero a la farsa nunca faltaban, siempre que estuvieran en Zell. Les encantaba.

–Veo que usted no me quiere explicar lo que es la farsa.

–Ay, la farsa... Es algo que no se puede explicar –dice la alemana, y mira fijamente a la calzada.

A Brenner ya le da igual que le explique o no lo que es la farsa. Lo principal es que no se estrelle contra la rulot que tienen delante, es lo único que le preocupa.

–Cuando los novios salen de la iglesia, los lugareños representan para ellos pequeñas escenas de teatro. Anécdotas del pasado del novio y de la novia. Cómo se conocieron y tal... Es muy divertido y a menudo lo hacen bastante... digamos que... van al grano. Yo cada vez me parto de risa.

–Y los americanos también lo pasaban bien.

–Lo pasaban bomba. Y cada vez tenían que contarme cómo fue la farsa en la boda de su hija con el orfebre Antretter hace no sé cuántos años. Ya sabe, la

gente mayor le cuenta a uno mil veces lo mismo. Al parecer, el orfebre llegó a ofenderse de verdad.

–Un novio no está para bromas.

–Como le decía, en la farsa se suele ir al grano. Y parece que en aquélla hubo una alusión a un lío que el orfebre tuvo con la hermana de un hospital.

–¿Y a los americanos les hizo gracia que el yerno anduviera de amoríos con ambas a la vez?

–No, no a la vez. Lo de la hermanita había sido antes. Un pecado de juventud. Pero a los ancianos les divirtió el cirio que se armó.

–Obvio, los americanos en su salsa. Ellos que no se divorcian una sino cinco veces, ahí tendrían ocasión de montar farsas a punta pala.

–No, qué va, señor detective. Esos son prejuicios. Estos americanos, por ejemplo, acababan de celebrar sus bodas de diamante.

–¡La de cosas que sabe usted!

Brenner ahora hubiera preferido que Andi se despertara. Porque la alemana tenía una mala costumbre, refiriéndonos puramente a lo que es la conducción. Y es que cuando hablaba te miraba a los ojos. Eso que de por sí es poco agradable, en esta situación, volando a 130 por la autopista y sin manos, ya me dirás tú. Mentiría si dijera que conducía mal, pero así y todo, el volante no lo sujetaba más que con sus dos muñones. Y encima, mientras hablaba, no miraba la calzada, sino que le clavaba a Brenner esos ojos de vaca. Porque las gafas para la hipermetropía le agrandaban los ojos de una forma tan artificial que no veas.

–Es bonito esto –dice.

–¿El túnel? –contesta Brenner.

Se le ocurrió que haciendo un chiste a lo mejor conseguía que ella volviera a fijar la vista en la calzada, al menos dentro del túnel, porque era uno de doble vía. Pero nada, la mujer no lo captó y a Brenner, claro, enseguida le afloró el prejuicio contra los alemanes y su falta de humor. Ella lo mira con sus ojos de besugo y dice:

–No, me refiero a Zell.

–¿Acaso no le gusta Hamburgo?

–No es que no me guste. Lo encuentro muy bonito. Pero allá todo tiene que ir muy deprisa. Aquí las cosas pueden transcurrir un pelín más lento –dijo imitando el acento del lugar.

Y en esto los de aquí somos todos iguales. No nos gusta oír a un alemán imitando nuestro dialecto. Y a Brenner ídem de ídem con la alemana. Encima le sale con lo de que los austríacos somos lentos... Bueno, es cierto, no se puede negar, pero no nos gusta que nos lo restrieguen en las narices. Y la manca no sólo lo decía en abstracto, sino también en concreto cuando dijo:

–Incluso para matar aquí se puede ser lento. En Hamburgo te pegan un tiro

y ya. Aquí, en cambio, te convierten en fiambre congelado.

Para más inri se ríe. Y Brenner piensa: ahora soy yo el que no entiende la gracia. Pero no dijo nada.

Cuando llegaron, primero no encontraban al portero del hospital. Luego, éste no encontraba a la enfermera responsable de la unidad. A ver, no me entiendas mal, todo estaba limpio y bien organizado, eso por supuesto. Sólo que iba un poco lento. Los más lentos, los pacientes, cómo no, ralentizados por los medicamentos, paseándose por el parque con esa mirada fija e inexpresiva, aprovechando el sol de las tres de la tarde de ese espléndido día de otoño, en ese parque maravilloso del recinto hospitalario.

Pero Lorenz no estaba. Por ninguna parte. Hacía un cuarto de hora que lo habían recogido. Su tío, dijo la enfermera del pabellón.

Entonces, obvio, Andi se puso pálido. Y la alemana también puso una cara extraña. Porque Lorenz sólo tiene un tío, y ése es el orfebre Antretter. Y éste seguía en la pista de asfalto cuando los tres se pusieron en marcha.

6

Ya es 9 de septiembre cuando dos días más tarde Brenner va bajando por la Schmittenstrasse. El calor sigue sin amainar y el veranillo de San Miguel ha sumido a Zell en una luz tan nítida que dirías que tienes las montañas al alcance de la mano.

Además, todo el tiempo con la música esa, suena que suena; quiero decir, no de verdad, sino en la cabeza de Brenner que por así decirlo ha cogido el tic del sonsonete. Y es que de buenas a primeras aparece en su memoria una balada cualquiera que un día estuvo de moda, y ya no es capaz de sacudírsela. No porque acabe de oírla en alguna parte... No, surge de la nada y se le queda clavada ahí, entre sien y sien. Y ahora escucha lo que te digo. Cada vez que Brenner repara en la letra de la canción, de la que primero sólo ha tarareado la melodía, la letra encaja que ni pintada. Como anillo al dedo para la situación en que se encuentre.

Y ahora que está entrando en la oficina de correos, vuelve a canturrear distraídamente esa canción francesa que ya le ha dado la murga todo el día anterior. Pero no creas tú que entra para mandar por fin su informe a la agencia de detectives Meierling. Qué va, el informe sigue en veremos.

El sobre que entrega es un asunto personal, cuestión de su seguro, porque desde que no está en la policía esto es mucho más complicado. Tras la ventanilla está Leni Bacher, y Brenner se percata de que el atuendo de moda que lleva lo único que hace es acentuarle aún más la carota de moza campesina.

La chica le dedica una sonrisa cómplice porque cree que se trata del informe que semana tras semana entrega en esa misma ventanilla. A Brenner le parece que pone cara de decepción cuando lee la dirección en el sobre, es decir, al constatar que sólo se trata de una carta para la Seguridad Social.

Pero el franqueo cuesta lo mismo que cuando manda su informe, Leni le da el resguardo, como hace siempre, y él lo guarda, a sabiendas de que lo perderá como pierde siempre los resguardos. Aunque sólo son los siete con cincuenta de siempre.

La canción le sigue rondando la cabeza cuando al salir mete una moneda de diez en la máquina expendedora de lotería instantánea. Y enseguida tiene que dar media vuelta porque ha ganado el reintegro y se dispone a recogerlo en la ventanilla.

En la fila, delante de él, hay una de esas maquilladas dueñas de comercio con un fajo de órdenes de pago en mano. De modo que tiene que esperar unos

minutos a que le den su moneda de diez, y ahí resulta que la melodía vuelve a resonar en su cabeza, o sea, una auténtica melodía pegadiza, aunque pegadiza no era.

Al salir vuelve a introducir en la máquina la moneda de diez que ha ganado, y viendo que esta vez no le ha tocado se alegra de no tener que volver sobre sus pasos. Además, en realidad hace rato que tendría que estar en la Bahnhofstrasse, en la armería Perterer, porque ayer no pudo decidirse.

Hoy sin falta tengo que tomar una decisión, se dijo, porque éste es su mal de toda la vida. El no poder decidirse. Tal vez por eso se entretuvo tanto con el billete de lotería antes de ponerse en camino hacia la armería de Zell.

Pero la bendita melodía no lo deja en paz. La primera vez que le pasó, tenía apenas dieciséis años y su primera novia acababa de dejarle. Durante días anduvo con una canción obsesionándole la mente, era un gospel americano y ya le había cogido auténtica manía. Tenía ganas de sacársela, como si se tratara de una de esas espinillas que preferirías reventarte. Pero no había manera. Era ése, igual lo conoces, que dice: *Nobody knows the trouble*, o sea autocompasión por un tubo.

Pero vale, al menos era una canción conocida. En cambio, la de ahora no la había escuchado más que una vez en la vida. En una ocasión la profesora de francés la puso en clase, porque antes de Navidad solía llevar al instituto uno de esos tocadiscos antediluvianos y les hacía escuchar *chansons*. De George Moustaki, Brenner todavía se acordaba. La letra decía: *Rien n'a changé, mais pourtant tout est différent*.

Y de veras, no había novedad en el frente. Brenner no se había enterado de nada que pudiera destacarse como novedad y ser resumido en diez líneas. Y sin embargo, de repente todo era distinto.

El que el orfebre hubiera recogido a su sobrino era algo que no le entraba en la cabeza. Cuando todo el mundo en Zell sabe que Lorenz a su tío lo odia con todas las letras. Por eso su coartada resultaba irrefutable, precisamente porque venía de Lorenz. Y luego, jugando al *eisstock*, el orfebre ve que Brenner se va con la alemana a buscar a Lorenz, y sin decir ni oste ni moste, con las mismas sale pitando para que no le den alcance.

Rien n'a changé, mais pourtant tout est différent, le resonaba la canción bajo la tapa de los sesos, mientras caminaba como teledirigido hacia la armería. Porque lo de la pistola sí que representaba un problema. Pues figúrate que durante veinte años has estado acostumbrado a llevar un arma. Y de repente adiós pistola porque ya no estás en la policía. Además, qué clase de detective va a ser si no tiene pistola.

A lo mejor lo conoces, al armero de la Bahnhofstrasse. Un tal Perterer. Perterer júnior. Porque el viejo, ya se sabe, una historia trágica. Aunque a ver,

tampoco es que fuera el primer comerciante al que una revisión fiscal le pone la soga al cuello. Si hubiera sido estanquero o panadero la sangre no habría llegado al río porque el género que éstos manejan no se presta para pegarse un tiro. De manera que se van a consultarlo con la almohada y al día siguiente siguen vivitos y coleando sin que Hacienda les quite el sueño.

Ahora bien, tratándose de un comerciante de armas la cosa cambia. El viejo Perterer no tuvo más que agarrar la Smith & Wesson, apuntarla a su sien y... apretar el gatillo. De eso hace un año, porque fue antes de que llegara Brenner.

Perterer júnior estaba estudiando en París cuando ocurrió la tragedia. Estudiaba lenguas. Y tuvo que volver y hacerse cargo del negocio. A él las armas no le hacían ni fu ni fa, pero no habiendo nadie más que la madre que pudiera encargarse del negocio, pensó qué hago yo en París pateando el bulevar cuando en casa tengo una armería que no está nada mal. Y con los impuestos el alcalde le hizo un apaño porque era joven, y los de Zell dijeron: vamos a echarle una mano.

—¿Qué, ha tomado una decisión? —le pregunta Perterer júnior nada más entrar. Porque ésta ya es la cuarta vez que Brenner entra en su tienda.

—No sé —dice, y es la verdad porque sigue dudando entre tres modelos que tiene cada uno sus excelencias.

—Tómese su tiempo —dice Perterer júnior, porque no tiene nada, pero lo que se dice nada, de vendedor apremiante, todo lo contrario que su padre. Aunque Brenner casi hubiera preferido que el hombre tratara de endilgarle algo porque no era capaz de decidirse.

—Casi estoy por coger la Walther.

—Sí, con la Walther va usted sobre seguro.

—Aunque... gustarme no me gusta.

—Claro, es cuestión de gustos.

—La empuñadura no me dice nada.

—Sí, la empuñadura tiene que convencerle.

—En cambio me gusta el cañón.

—El cañón es un primor.

—Si no fuera por la empuñadura.

—Entonces llévese la Smith & Wesson, que tiene una empuñadura bonita.

No era que Perterer quisiera convencer a Brenner de que comprara la cara Smith & Wesson. Brenner ya llevaba semanas dándole vueltas al asunto y preguntándose si debía optar por la Smith & Wesson o por la Walther.

—¿Podría sacarme otra vez la Glock?

Sin pizca de impaciencia, Perterer saca la Glock del armario y se la trae.

—Lo que tiene la Glock es que es agradablemente liviana —dice Brenner.

—Sin hablar de la precisión.

–¿Cree usted que debo quedarme la Glock?

–La policía americana también la tiene.

–Sí, tal vez va a ser la Glock –dice Brenner, y la deja sobre el mostrador de Perterer.

Pero no vayas a creer que Brenner tenía algo contra las armas, o sea por principio. Con todo y su carácter tranquilo, incluso era un buen tirador. Estando de servicio nunca le pegó un tiro a nadie, pero tiene una práctica de las de no te menees. Eso es gracias a la técnica respiratoria, porque su permanente dolor de cabeza le hizo recurrir a un profesor de yoga para que le enseñase esa técnica. Que contra el dolor de cabeza no ha servido de nada, pero a la hora de disparar, ni punto de comparación.

–A lo mejor vuelvo a pasarme por la tarde –le dice a Perterer júnior y sale pitando. Porque no está él ahora para escoger con calma. Tiene que ir al Goloser. Pero no son los encantos de la camarera Erni los que hoy le empujan a acudir al lugar.

En los años cincuenta el Goloser debió de ser el establecimiento más moderno de toda la comarca. Ahora que Brenner entra, su mirada recae primero en los instrumentos de la orquesta de música bailable que toca ahí tres veces por semana. Porque en el Goloser nunca ha faltado la música. Y claro, eso bastó...

Rien n'a changé, mais pourtant tout est différent, le devuelve su cerebro a la vista de los instrumentos.

El Goloser aún estaba prácticamente vacío. Poblado sólo por los jugadores del tarot, desde luego, y una mujer mayor leyendo con lupa una revista. Al fondo, en la segunda sala, que de ordinario está desierta, lo esperaba Lorenz Antretter.

Brenner lo conoce de vista, pero nunca ha hablado con él. Lorenz es más o menos de su edad. Pero dos tipos de hombre más diferentes no te los puedes ni imaginar.

–¿Lleva mucho tiempo esperando? –pregunta.

Lorenz asiente con la cabeza. Está tan flaco que Brenner se pregunta cómo el cuello puede sostenerla.

–No, unos diez minutos.

Ahora, una de dos: o Lorenz fuma como un carretero o está muy nervioso, pues en el cenicero ya hay cuatro colillas. Y si está nervioso, ¿lo está por Brenner o por naturaleza?

–¿Cómo se encuentra? –pregunta el detective, y se sienta frente a él.

Lorenz repite el gesto de la cabeza y quizás sea por eso por lo que Brenner se pregunta cómo logra sostenerla. Primero parece asentir bajándola, pero luego no la levanta. Y aprovecha el momento para apartarse de la frente los mechones

rubios, o ya más bien canosos; tenían exactamente esa tonalidad de... a ver, cómo te explico, ni chicha ni limoná.

Pero es curioso. Por segunda vez Lorenz vuelve a asentir de esa manera y de nuevo deja la cabeza gacha. O sea que de alguna manera luego se las arregla para levantarla otra vez sin que nadie se dé cuenta, porque de lo contrario cómo haría para volver a asentir.

–¿Qué ponemos? –pregunta la camarera Emi.

Lorenz ya tiene un vaso de gaseosa sobre la mesa, de modo que ese plural sólo puede aludir a Brenner. Siempre que Emi no sabía si debía tutear o no a un cliente, lo abordaba de esa manera.

Días atrás, la camarera se había dirigido a Brenner con ese mismo plural, y él, ni corto ni perezoso, había aprovechado la ocasión para preguntarle con aire de inocente:

–¿Quiere decir que tomas algo conmigo?

Entonces ella tuvo que echarse una copita al colete por cuenta del detective. Quizás por eso sonreía ahora con tanto descaro al decir:

–¿Qué ponemos?

–Una cerveza –dice Brenner aunque a esta hora no suele beber cerveza–. Gracias por concederme un rato de su tiempo –continúa, dirigiéndose a Lorenz, y éste vuelve a asentir a medias y, apartándose los mechones de la frente, da una calada a su cigarrillo.

–Ya sabe para qué quiero hablar con usted.

Lorenz vuelve a asentir a medias.

–Dígame, ¿conocía usted a los asesinados?

–No, gracias –dice Lorenz.

–Y con su tío tampoco es que se lleve muy bien que digamos, ¿verdad?

Pausa. Luego Lorenz dice lentamente:

–¿Por qué me lo pregunta si ya lo sabe?

–Pero ¿por qué estaba con él la noche del 21 de diciembre?

Pausa. Ahora es cuando Brenner cae y se da cuenta de que los medicamentos de la clínica psiquiátrica no han acelerado precisamente el flujo de las neuronas de Lorenz.

–¿Cuántas veces más tengo que explicarlo?

–Sólo una vez más –dice Brenner.

–Cada año, el 21 de diciembre lo paso con mi tío. Es mi Navidad.

–¿El 21?

–Sí, porque el 23 mi tío tiene la celebración con la empresa, o sea, la escuela de esquí. El 22, tocan los remontes. Y el 24, la familia.

–¿Cuándo murió su padre?

–Fue cuando... cuando tenía la edad que yo tengo ahora.

A Brenner le pareció que el nivel emocional de Lorenz estaba a cero y que debía de ser por culpa de los medicamentos. Por eso siguió preguntando sin muchos miramientos:

–¿Y de qué murió?

–No sé.

–¿No quiere hablar del tema?

Lorenz vuelve a asentir a medias y saca el siguiente pitillo del paquete. Luego dice:

–Cáncer de pulmón.

Y Brenner dice:

–¿Qué edad tenía usted entonces?

Lorenz dice:

–Trece.

Brenner dice:

–¿Y quién era su tutor?

Lorenz dice:

–Mi tío.

Brenner dice:

–¿Y el orfebre es tío suyo por parte de madre o de padre?

Lorenz dice:

–Por ambas partes. Es tío mío por ambas partes.

Brenner dice:

–A ver, eso tiene que explicármelo.

Lorenz dice:

–Mi padre no era mi padre biológico. Porque a mi padre biológico nunca lo conocí. Y mi madre, como se sabe, desapareció después de que yo naciera. Seguramente en el lago, eso dice la gente. Por eso nunca voy a nadar. Nunca he nadado en el lago. Por eso la gente piensa que estoy chalado. Una vez sí que nadé. En la noche. Pero era invierno. Por poco me ahogo. Pero mi padre aún vivía. Le di muchas preocupaciones. Se murió de las preocupaciones, ¿sabe?

–Su padre adoptivo –dice Brenner.

–Sí, si lo prefiere. Mi padre adoptivo –dice Lorenz.

–¿Por qué le acogió? –dice Brenner.

–Pues porque era mi tío –dice Lorenz–. Yo tenía dos tíos. Dos hermanos de mi madre. Y uno me acogió.

–Pero los dos hermanos no se llevaban muy bien –dice Brenner.

–Digamos que se odiaban –dice Lorenz.

–¿Cuál era la profesión de su padre? –dice Brenner.

–Mi padre ayudaba a mi tío en la orfebrería –dice Lorenz–. Él es orfebre de

verdad. Pintor de iglesias. Pero no tenía tiempo para dorar. De modo que adiestró a mi padre para el oficio.

–¿Y cuál es su profesión? –dice Brenner.

–Yo ayudaba a mi padre a dorar –dice Lorenz.

–¿Y de qué vive ahora? –dice Brenner.

–El orfebre es un parásito –dice Lorenz–. Un parásito de la sociedad. Y yo soy el parásito del orfebre.

–¿Por qué le facilitó a su tío una coartada falsa si lo aprecia tan poco? –dice Brenner.

–Digamos que lo odio –dice Lorenz.

–Bien, digamos que lo odia –dice Brenner.

–Porque apreciarlo sí que lo aprecio –dice Lorenz–. El 21 de diciembre siempre voy a verlo. Y siempre me da una libreta de ahorros.

–¿Y por qué ese día no subió a su casa como siempre solía hacer? ¿Y por qué, no obstante, declaró que estuvo con él? –dice Brenner.

Lorenz le hizo señas a Erni para que le trajera otra gaseosa. Ahora bien, Brenner sabe que a los alcohólicos se les reconoce en que siempre andan pidiendo agua mineral. De modo que bebió un sorbo de cerveza para darle tiempo a Lorenz. Quizás en los vericuetos de su mente encuentre alguna respuesta a mi pregunta, pensó Brenner.

–Le expliqué a mi tío lo del colapso –dice Lorenz.

–¿Tuvo usted un colapso? –dice Brenner.

–Lo del colapso de las montañas. Ya se enterará la gente. En diciembre se enterará –dice Lorenz.

–¿Qué pasa en diciembre? –dice Brenner.

–Menuda sorpresa se va a llevar –dice Lorenz.

–¿Yo? –dice Brenner.

–No, la gente –dice Lorenz.

–¿De qué se van a sorprender? –dice Brenner.

–A mi padre le sentó como un tiro que yo me apasionara tanto por la orfebrería. Primero quiso que le ayudara y luego le sentó fatal. Porque su idea era que yo le ayudara porque no daba abasto con el trabajo. Pero no quería que me apasionara. Para entonces yo debía de tener qué, unos nueve o diez años. El orfebre tiene una tienda de souvenirs, quizás la conoce, se llama Rieder, pero es del orfebre. Mi padre me enseñó ciencias naturales. Antes le gustaba dibujar. Todos tenían talento de pintor, también el abuelo, pintaba iglesias. Pero mi padre tuvo que dorar. Por los hijos y demás. A mí me enseñó ciencias naturales. Porque enseguida vio que yo tenía talento. Y luego tuvo una gran decepción cuando me llevó a la tienda de souvenirs por no poder él solo con todo el trabajo. Y a mí me entró la pasión por la orfebrería y la tienda de souvenirs.

Porque yo era un niño todavía y aquellas baratijas me fascinaron, claro. Y el dibujo. Quizás fue demasiado estricto conmigo. Siempre decía: «El oro no se necesita porque el paisaje brilla por sí solo». De niño, claro, yo no entendía. También el oro auténtico es oropel, decía mi padre con su voz ronca porque el cáncer de pulmón ya estaba ahí, aunque no lo supiéramos. Y yo no entendía lo del oropel. Primero me lleva a trabajar de orfebre y luego... Eso es lo que en aquel momento no lograba entender. Mi padre decía que el paisaje brilla por sí solo. Y que si uno lo mira durante suficiente tiempo, entonces siente su nervio. Yo, sin embargo, no entendía qué quería decir eso de que uno siente el nervio del paisaje. Yo sólo sentía mis propios nervios. Cómo no iba a brillar el oro, me preguntaba a mí mismo, si yo lo veía brillar. En la tienda de souvenirs todo brillaba, incluso el pintalabios en las colillas de la empleada. Lo único que no brillaba demasiado era el paisaje. No fue hasta después de la muerte de mi padre que empecé a notar cómo los nervios de las montañas se estaban alterando.

Ahora bien, suele ocurrir que uno se pone a pensar en algo justo en el momento inoportuno, es decir, el pensamiento que le viene a uno a la mente está completamente fuera de lugar. Es justo lo que ahora le pasa a Brenner, que por unos instantes piensa en cómo Meierling, o sea su jefe, que no se llama Meierling, sino Brugger, porque Meierling es sólo el nombre de la agencia, cómo Brugger cree que él va a poder resumir en diez líneas lo que Lorenz le está contando.

Lorenz ha vuelto a encender un cigarro con la colilla del anterior y Brenner aprovecha esta pausa para volver a preguntar:

—¿Qué pasará en diciembre?

—Cuando era pequeño, mi padre a las montañas siempre les decía los elefantes. Luego empezaron a talar el bosque que las recubría. Para los remontes. Pero cuando no quede hojarasca para pudrirse en los lomos de los elefantes, será como si alguien te quitara la manta antirreumática —dice Lorenz.

En ese momento Brenner hubiera podido optar por la vía fácil, rebajando las palabras de su interlocutor a la categoría de mamarrachada. Pero prefiere pensar que lo que Lorenz dice no es muy distinto de lo que puede leerse a diario en la prensa. Y sin perder la paciencia pregunta:

—¿De qué va a sorprenderse la gente en diciembre?

—Cuando les quiten la manta antirreumática, las montañas empezarán a temblar para volver a entrar en calor. No de forma perceptible, no lo notaremos. Sólo los muros del embalse lo sentirán. La presa Limberg y la presa Drossen. Y también la Mooser. Un millón y medio de metros cúbicos de hormigón. El «símbolo de la República». Resistente a los explosivos. Cuando las montañas empiecen a temblar, los muros de contención reventarán. Las masas de agua inundarán la cuenca de Zell y veinte mil personas morirán

ahogadas en las riadas de varios metros de profundidad. Porque pasará tan rápido que no tendrán tiempo de reaccionar.

Lorenz le pide otra gaseosa a la camarera, un cuarto de litro, aunque el vaso que tiene enfrente está medio lleno. Y cuando Erni vuelve a desaparecer, Brenner dice:

-¿Y eso ocurrirá este año, en diciembre?

-No, en diciembre presentamos nuestra obra de teatro. Andi, la alemana y Clare.

-Y usted.

-Y yo.

La tarde del domingo no es una tarde cualquiera. A la gente no siempre le resulta fácil soportarla. Y Brenner no hace excepción a la regla. Dos días después del encuentro con Lorenz, se le vuelve a ver sentado en el Goloser. Aunque cuando por fin se pone en marcha, tiene la sensación de no haberse despegado de la silla en todo este tiempo.

Al salir del establecimiento, el pueblo le parece tan desierto como nunca. Y no sólo eso. Porque lo que es la tarde del domingo para el transcurso de la semana, lo es el final de la temporada para el transcurso del año. Por lo menos en Zell. En lo que a desolación se refiere. Y ahora que el detective pisa la calle, antes de que el mecanismo automático acabe de cerrar la puerta del Goloser, se percata de la coincidencia: fin de temporada y tarde de domingo.

Y con esto vas arreglado. Brenner atraviesa la plaza frente a la iglesia en la que normalmente pululan los turistas. Pero ahora ni uno solo. Brenner no ve más que a dos mujeres que se escabullen hacia el interior del templo. Y puesto que es fin de temporada y tarde de domingo a la vez, no tiene reparos en entrar tras ellas.

O acaso lo hace también por lo que Lorenz le contó un par de días atrás. Que fue lo mismo que le contó Andi. Que están ensayando una obra de teatro para representarla en diciembre. Que en la noche del asesinato también estaba trabajando con Andi en la obra del Teatro Patrio. Que por eso no era del todo cierto que estuviera con el orfebre. Porque estar estaba, pero sólo de pensamiento, ya que la obra trata del orfebre. Y que la gente se va a llevar una sorpresa cuando en diciembre presenten la obra. Lorenz y Andi. Con la alemana de directora.

Y con esa chica que ha mencionado Lorenz. Clare Corrigan, aunque ése no es su verdadero nombre, sólo se hace llamar así. Brenner se ha fijado ya varias veces en ella. Porque no olvides una cosa: en una gran ciudad hoy en día nadie se molesta porque un chico se comporte de manera provocadora. Pero en un pueblo la cosa es muy distinta. De modo que la tal Clare con su incisivo pintado no podía pasar en absoluto desapercibida en Zell.

En la provincia es así, piensa Brenner. La gente, una de dos: o ignora por completo la modernidad, tan importante en las ciudades, o si la adopta, enseguida se pasa de la raya. Encargan la ropa más poco sana, de esa que sólo se vende por catálogo, y servida está la infección renal. Desde su juventud en Puntigam, Brenner bien que conocía el percal. Bastaba con que Jimi Hendrix saliera un día

en televisión para que a la mañana siguiente la policía encontrara un muerto por sobredosis en el váter de la estación.

En la iglesia Brenner empezó a dar vueltas a las cosas. En los últimos años no había estado más de dos o tres veces en un templo. Ahora recordaba las segundas nupcias de su hermana con un fanfarrón que el día de la boda iba vestido con un traje blanco. Como comprenderás, el divorcio estaba servido. Y luego, hace dos años y medio, el entierro de su colega Schmeller, que murió en un asalto al banco de... de... ¿de dónde era...? El tiro le dio en la yugular, una estúpida casualidad. Ambos tuvieron mala pata, tanto Schmeller como el asaltante, que tenía la intención de disparar al aire, no cabía duda.

Tunzinger estaba con él en aquel asalto de Oberndorf. ¡Bingo!, la caja de ahorros de Oberndorf, fue ahí donde sucedió. Y durante el oficio para el difunto, Tunzinger se le acerca a Brenner y le susurra al oído que el asaltante mató a Schmeller por error. Pero claro, ante el juez se guardó muy mucho de decirlo. Así que los hechos son los hechos, policía asesinado, nadie quería oír otra cosa.

Sucedió, como ya he dicho, hace dos años y medio. Pero el que a Brenner la ceremonia en la iglesia de Zell le resultara tan familiar que hasta hubiera podido predecir cada movimiento del cura, no tenía nada que ver con el entierro de Schmeller, se debía a que de niño había sido monaguillo. Durante la primaria, Brenner había ayudado asiduamente en misa, a veces a diario, de ahí que aún se supiera todo al dedillo, porque en la iglesia las cosas no cambian cada temporada.

También en Zell el sacristán era un hombrecillo enclenque de edad indeterminada igual que el de Puntigam. Y así como aquél, éste, poco antes de la misa, solía atravesar, como flotando y sin hacer ruido, el presbiterio para encender la velas. Nada había cambiado en absoluto, con revolución tecnológica o sin ella; el sacristán de Zell hacía exactamente lo mismo que el de Puntigam, hará pronto cuarenta años. Y para el efecto se valía de una vara de dos metros de longitud con un pabilo en la punta que le permitía alcanzar todas las velas, y, junto al pabilo, una especie de sombrerillo de hierro, es decir, un pequeño cono que sirve para apagarlas después de la misa.

Porque de un tiempo a esta parte sí que ha habido cambios, en los años sesenta o por ahí, o sea con el papa Juan, Juan XXIII, que sí que trajo muchos cambios, en aquel concilio de la rehostia. Pero en Zell, treinta años después, seguían sin enterarse. Porque las mujeres, por ejemplo... Antes tenían que sentarse en el lado izquierdo; los hombres, en el derecho. Cuando Brenner hacía de monaguillo, aún era eso lo que se estilaba, y en Zell a día de hoy sigue siendo así.

En el lado de las mujeres, Brenner no vio ni a un solo hombre. Y en el otro,

el de los varones, había cuatro gatos. Un par de chicuelos, dos o tres ancianos, y nadie más. Brenner se había quedado de pie cerca de la entrada, como antes hacían los hombres para poder escaquearse durante el sermón y plantarse en la taberna.

Pero en cuanto empieza la misa, Brenner se arrodilla en el último banco de varones, que está completamente vacío. Le llama la atención que los monaguillos sean dos chavalinas, cosa que en realidad va contra el reglamento, y que el sacerdote, flanqueado por ellas, haya salido demasiado rápido de la sacristía. Es un tipo más bien menudo e inquieto, este párroco de Zell, y sale como un bólido de la sacristía, que casi te parece oír el runrún de la casulla.

Los feligreses se levantan, pero Brenner, en lugar de ponerse de pie, se agazapa en su banco encogiéndose del todo. Sabrás a lo que me refiero, adopta una postura que no es sentada ni arrodillada, tiene la cara hundida entre las manos. Y, por supuesto, está con los pensamientos en otra parte, en las musarañas o donde sea, pero no en la iglesia.

Durante meses ha estado recopilándolo todo, hasta el dato más insignificante y con escrupulosidad absoluta. Y ahora, por primera vez, hay algo palmario, algo concreto a qué agarrarse: la falsa coartada del orfebre. Cualquiera diría que un éxito. Pero no, todo en Brenner se resiste a concederle demasiada importancia a este extremo.

Quizás es el olor a cera, a incienso. Y las oraciones que los feligreses desgranán al unísono, y las santas imágenes, y las sagradas escrituras, y la voz del párroco que retumba a través de los altavoces de mala calidad. Que ya pueden decir lo que quieran, pero esto, desde luego, tiene un algo. Quizás es por eso por lo que a Brenner le da ahora una especie de bajón de moral.

Pero cuidado, no me entiendas mal. Porque hoy a todo el mundo se hincha a hablar de estrategias. La de Brenner consistía en fijarse en todos los detalles y no hacer distinciones entre lo que le parecía importante y lo que no. Pero esto no era exactamente una estrategia. Respondía más bien a la forma de ser de Brenner porque para mí que este hombre no hubiera podido actuar de otra manera.

Y entonces se da cuenta de que no le acaba de gustar que de repente le sirvan en bandeja semejante prueba de órdago. De manera que ahí tienes a Brenner haciendo examen de conciencia, que ni que fuera un personaje del Antiguo Testamento.

¿No había sido siempre éste su mayor defecto? ¿No era por eso por lo que se había encallado sin remedio en la vida? Siempre buscando tres pies al gato. Siempre trayendo las cosas por Dios sabe qué pelos. Siempre rizando el rizo. Nunca conformándose con los hechos, como cualquier mortal.

–¡Sexo y más sexo! –decía ahora el párroco en el micrófono, porque al párroco de Zell le gustaba predicar sobre esos temas, y Brenner pega un

respingo y se admira de que el párroco ya esté en el sermón, lo cual quiere decir que ha transcurrido media hora cuando a él le parece que apenas han pasado cinco minutos.

De modo que, encogido en su banco y con la cabeza entre las manos, hubieras podido creer que se trataba de un creyente como Dios manda, uno que reza y hace acto de contrición. Y de alguna manera era eso. Porque no es el caso de los americanos el que le preocupa, sino el suyo propio. Su propia ineptitud. Que siempre sea tan incapaz de distinguir entre lo esencial y lo anodino.

–Hoy la gente idolatra el sexo.

Antes creía que eso podía representar una ventaja, lo de carecer prácticamente de prejuicios. Hasta que se dio cuenta de que esto le dejaba de aquella manera, vamos, inhabilitado para la vida. Pero entonces era tarde. Sí, se enteró demasiado tarde de que personas como Nemec no estaban interesadas en la verdad.

–Incluso en el parvulario las señoritas hablan de sexo.

Las personas como Nemec sólo buscan soluciones, piensa Brenner. Y con frecuencia encuentran alguna. No era la primera vez que Brenner pensaba eso. Pero esta vez no juzgaba la conducta de Nemec, sino la suya propia. Porque todo en él se resistía a considerar siquiera la posibilidad de que fuera el orfebre.

Luego oye crujir los bancos y entonces sabe que el sermón ha terminado. Los feligreses se ponen de pie para rezar el credo, porque esto todavía lo recuerda, que después del sermón viene el credo, eso no se te olvida. Pero sigue en actitud de penitente, una postura que le resulta en cierto modo confortable. También por aquello del frío que hace en la iglesia. Afuera todavía aprieta el calor, pero dentro hace un frío que pela, y si estás acurrucado, te sientes más abrigado, claro.

–Creo en Dios... –entonó el cura, seguido por el coro de los creyentes–.

Padre todopoderoso,
creador del Cielo y de la Tierra,
y en Jesucristo,
Su único hijo, nuestro Señor.

Las voces viejas y cascadas de los pocos fieles rompieron a recitar la cantinela de la oración.

–Creo en el Espíritu Santo,
la Santa Iglesia Católica,
la comunión de los Santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de los muertos
y la vida eterna, Amén.

Y entonces, claro, Brenner volvió a sentir aquello. Conocía la sensación desde su adolescencia, y no daba crédito a lo que le estaba ocurriendo. A ver, no vayas a pensar que era un... Pero el hecho es que en ese momento volvía a cogerle esa increíble rijosidad. Como le sucedía en el pasado, cada vez que se encontraba en el interior de una iglesia.

En aquella época creía que tenía que ver con su obligación de ir a misa, o sea con la imposición ajena. Pero ahora había venido por voluntad propia. Otras veces pensaba que era cuestión orgánica, la estrechez del asiento, la falta anormal de movimiento, porque en estos bancos estás apretado como en un tornillo de carpintero. O que tenía que ver con la psicología, en el sentido de que la Iglesia quiere reprimir el sexo y entonces la naturaleza se rebela.

En cualquier caso, volvía a estar en el mismo trance. Habían pasado treinta años y ni sombra de cambio. Brenner no quería creerlo, pero así era. Nada más iniciar el cura la elevación y hacer sonar la monaguilla de la izquierda la campanilla, al detective le ocurrió lo mismo que a los perros en esos experimentos que no sé si habrás visto alguna vez: cuando el perro recibe una salchicha suena una campana, y al cabo de poco tiempo, basta con que suene la campana para que al animal se le haga la boca agua. Perros rusos, sí, el experimento lo hicieron con perros rusos.

Y en el momento en que la monaguilla hace sonar la campana y el párroco levanta el cáliz, a Brenner se le aparece cual iluminación del Espíritu Santo la imagen de la joven profesora Kati Engljählinger.

Ahora tienes que saber, para que no pienses Dios sabe qué de Brenner, que al fin y al cabo llevaba nueve meses viviendo solo en Zell. Un hombre en la flor de la vida, como se suele decir. Y desde lo de Betty, la empleada del seguro americano, ya habían pasado un par de semanas.

Además, y él mismo se admiraba, a la tal Betty nunca llegó a desearla de verdad, por la razón que fuera. Quizás se debió a que todo fue demasiado fácil, teniendo como tenían las habitaciones una al lado de la otra, y, a decir verdad, sólo disfrutó a posteriori, cuando vio que el periodista Mandl andaba detrás de ella.

—Éste es mi cuerpo —decía ahora el cura, y tal vez era también culpa de su sermón sobre el sexo el que Brenner ya no pudiera pensar en otra cosa. De repente Engljählinger le parecía la mujer más guapa que hubiera visto en la vida. Pero aquí *inter nos*, Brenner esto lo pensaba prácticamente de todas las mujeres, siempre y cuando tuvieran el pelo de color castaño oscuro y la piel blanca como la leche, translúcida, de modo que las pecas sólo se distinguieran a un centímetro de distancia, como mucho.

Pero quizás se debía también a que Brenner estaba empantanado en sus investigaciones, hasta tal punto que no sabía por dónde coger lo de la falsa

coartada del orfebre. Igual era por eso por lo que ahora le sucedía como a un quinceañero, o sea, que la vida con sus desaguisados te deja hecho polvo. Y por eso se le ocurría pensar en la piel cálida y blanca de la profesora Kati Engljähringer. La chica había venido a hacer allí su año de prácticas y luego se fue quedando o las autoridades escolares ya no la dejaron marchar; tendría unos veintisiete años.

Justo a la entrada de la iglesia hay dos cabinas telefónicas, de manera que Brenner entra y busca el número de Kati Engljähringer. Ya con el auricular en la mano, no se atreve a marcar, pero al final llama. Está contento de que Lorenz le haya proporcionado esta excusa.

Y cuando oye sonar el timbre por primera vez siente el consabido vacío en el estómago.

–Diga.

Su voz sonaba tan familiar que Brenner enseguida temió que estuviera esperando otra llamada.

–Soy Brenner, el detective privado encargado del caso Parson.

Ahora bien, lo normal es que esperes alguna reacción del otro, pero hay gente que tiene esa insoportable costumbre... Cuando le hablas por teléfono, sencillamente guarda silencio, como si fuera una conversación cara a cara, como si no hubiera diferencia alguna. Y a Brenner, claro, le entra el agobio y se da cuenta de que su voz delata el nerviosismo que padece.

–Es que tengo unas preguntas en relación con una alumna suya. Al teléfono no se lo puedo explicar, me han llegado indicios de que su alumna... A lo mejor puede ayudarme. No es que esté directamente involucrada, pero... Estaría bien si pudiera conversar con alguien sobre ella.

–¿De qué alumna se trata?

–Clare Corrigan. Aunque creo que no se llama así.

–Sí, Elfi. Pero no es alumna mía.

–Ah...

Ahora sólo confía en que ella no haya percibido la decepción en su voz. Mira a través del cristal de la cabina hacia la plaza de la iglesia. Es domingo por la tarde. Final de temporada. Y esta vez el que calla al otro lado de la línea es él. Pero en el momento en que está a punto de finalizar la conversación, la profesora dice:

–El año pasado la tuve en alemán. A lo mejor puedo ayudarle. Si quiere, puede venir a verme.

–¿Quiere decir... ahora mismo?

–Si le va bien.

La profesora vivía en un estudio situado entre la Schüttdorferstrasse y el lago. A diez minutos largos de la iglesia, si coges el paseo de la orilla. El lago, el aire,

el paisaje entero estaba en estos momentos tan inmóvil que pensarías que el ambiente de domingo por la tarde había contagiado la atmósfera.

Aunque no a Brenner, que por supuesto se sentía todo lo contrario. En un estado rayano en la euforia.

–No sabía que usted fuera doctora –dice cuando ella le abre la puerta, pues en la placa al lado del timbre pone «Dra. Engljählinger».

A Brenner su sonrisa le atraviesa la epidermis, y no era para menos. La profesora llevaba un vestido de punto color burdeos que terminaba tres palmos arriba de la rodilla. Brenner tiene que controlar la respiración para no empezar a resoplar.

–Siéntese –dice Engljählinger señalando el sofá esquinero, desde donde no se ve el lago sino la calle. Las ventanas antirruido eran absolutamente necesarias porque el tráfico de paso no disminuía nunca, ni siquiera el domingo por la tarde.

Sobre la mesita baja enfrente del sofá hay un cuaderno escolar en cuyo rótulo el detective alcanza a leer:

«Elfi Lohninger. Alemán. Sexto curso, grupo A.»

–Usted sabe que el verdadero nombre de Clare Corrigan es Elfi Lohninger –dice Engljählinger.

–¿Cómo?

Brenner tiene el pensamiento puesto en otra parte. Sólo mira el cuaderno escolar para que los ojos no se le queden clavados en el vestido de punto rojo.

–Ya, ya, ya –dice por fin. Lo sabía. Pero ¿acaso la profesora Engljählinger creía de verdad que había venido por eso?

–¿Quiere tomar algo?

–¿Tomará algo usted?

–Si usted toma algo.

La profesora sólo tenía amaretto. Ahora bien, tienes que saber que la abuela de Brenner en Puntigam siempre le contaba la historia de los chupitos dulces. Es decir, aquella que explicaba cómo trajo una criatura al mundo siendo soltera. La criatura en cuestión era la madre de Brenner, que vino al mundo porque el maestro carpintero le había administrado, como quien dice, unos cuantos chupitos dulces a su abuela. De manera que a Brenner le pareció una buena señal, un buen comienzo. Además, la profesora había puesto música: Adriano Celentano. Grandes éxitos.

Pero claro, eso no tenía por qué significar nada. A lo mejor simplemente le gustaba Italia, en esto todas eran iguales, a todas les encanta Italia. Incluso tenía algo de italiana. Cabello oscuro, piel luminosa. Pecas transparentes.

La profesora estuvo una hora larga contándole cosas más o menos interesantes acerca de Elfi, o sea Clare. Más o menos interesantes, digo, porque

Brenner no atinaba a calibrar hasta qué punto podían interesar. La verdad es que la mayor parte del tiempo estaba en las nubes. Le miraba la boca mientras hablaba, eso sí, pero lo dicho...

Había llegado a casa de Engljährringer poco antes de las ocho y ahora eran las nueve pasadas. Fuera ya era noche cerrada.

–¿Otra copita? –dice la profesora Engljährringer animándolo con una sonrisa. Era ya la tercera de Brenner. Y la tercera de ella. Quizás una buena señal, piensa el detective.

–Usted sabe que la gente dice que Clare es... ¿cómo es esa expresión tan simpática que tienen? Hija de la albarda –dice la profesora.

–¿Hija de la albarda?

–Sí, hija ilegítima del orfebre.

Vaya. Hija de la albarda. Brenner trata de disimular. Pero ahora es él quien se sirve otro amaretto.

–Éste parece que está en todo...

Se da cuenta de que se le traba la lengua porque antes ya se ha tomado una cerveza en el Goloser.

–...en todas las corridas.

Son las nueve y siete minutos. Brenner, claro, se ha cuidado de mirar su reloj. Porque entonces a lo mejor Engljährringer le pregunta si se quiere ir. Pero en el reproductor de vídeo que está detrás de la profesora ve que son las nueve y siete. En el próximo cuarto de hora tiene que pasar algo, sea como sea.

El comentario sobre el orfebre lo descoloca. Porque le hace pensar en éste y no en Engljährringer. Moja por todas partes ese hombre, piensa obsesivamente. Engljährringer debe de notar que está cavilando sobre algo, pues ahora le ha sonreído con mucha simpatía. O Brenner tiene esa impresión por los cuatro o cinco amarettos que lleva en el cuerpo.

–Podría presentarse para la publicidad de Colgate –dice el detective.

Pero unos segundos antes se ha oído un coche aparcar delante del edificio y ahora llaman a la puerta del estudio de Engljährringer.

–Sólo es mi novio –dice. Tenía el pelo oscuro, la piel blanca con pecas transparentes y los ojos azules con puntitos blancos, como los manteles bávaros.

Sólo su novio.

Brenner lo considera mal presagio. Y de repente, cuando Engljährringer sale al rellano para recibir a su novio, casi le da un ataque de pánico. Quizás por el amaretto. Porque de repente se le ocurre pensar que puede tratarse del orfebre. Que encima resulta ser el amante de Engljährringer.

No podía imaginar nada peor en ese momento. Pero, agárrate que vienen curvas.

Ya oye la voz del novio, pero no la reconoce. Luego oye cómo la profesora le da un beso de bienvenida. Después el tipo entra, y resulta ser el periodista Mandl. Brenner hace de tripas corazón y reprime un resoplido de rabia.

A la mañana siguiente, mientras Brenner asciende por la estrecha carretera de montaña que conduce a la casa del orfebre, sigue llevando a Mandl entre ceja y ceja. Piensa en el momento en que lo vio con esa corbata verde que le pareció aún más chillona que la última vez, a pesar de que la luz en el salón de Engljählinger ya sólo era la de dos velas. Seguro que su impresión tuvo que ver con la cara congestionada del periodista, porque verde y rojo, ya se sabe, contrastan de lo lindo.

–¿Qué se te ha perdido a ti en esta casa? –le gritó Mandl.

Y Brenner respondió en voz baja:

–Mi búsqueda me lleva a todas partes.

–Tú buscas por todas partes, pero nunca encuentras nada.

–¿Sabes qué te digo? Que deberías callarte la boca.

–Y dale con la boca. Otra vez tengo que callarme la boca. Saluda al orfebre de mi parte, y dile que llevo tiempo mordéndome la lengua para no divulgar por qué te echaron de la Brigada Criminal.

La profesora hizo lo que pudo para que la sangre no llegara al río. Intentaba apaciguar a Mandl, pero la cosa ya se había desmadrado. Y ahora, camino del orfebre, Brenner seguía sin poder ordenar las piezas del rompecabezas.

¿Por qué tenía que protegerle a él el orfebre? ¿Y por qué el *Pinzgauer Post* no debía hacer públicas las sospechas que la policía abrigaba contra él? Eso sólo podía significarle una satisfacción tras el agravio infligido. Además ¿por qué le venía Mandl con éstas cuando fue Nemec, y no él, quien sospechó del orfebre?

El último tramo de camino antes de llegar a la casa del orfebre es tan empinado que Brenner tiene que pararse a coger aire varias veces. Es 12 de septiembre y ya en la mañana el calor te hace sudar la gota gorda.

A Brenner eso de tener que hacer esfuerzos a primera hora de la mañana no le gusta nada. Porque es por la tarde cuando él empieza a espabilar. Las dos o las tres, ésa es su hora. Pero cuando llega al aparcamiento frente al castillo del orfebre consulta el reloj, y por unos instantes siente una especie de repelús. Porque son las nueve y siete minutos. Hace exactamente doce horas que Mandl se presentó en el salón de Engljählinger.

Pero ahora no es Mandl, sino Brenner, el que llama a la puerta de una casa sin haberse anunciado. Y si doce horas antes Mandl se llevaba una gran sorpresa, la de Brenner ahora no es menor. No puede creer que sea el orfebre en persona quien salga a abrirle.

Tienes que imaginarte aquello como la residencia de un señor feudal, y a Brenner no le hubiera extrañado que fuera un mayordomo el que le abriera la puerta. Y si no un mayordomo, al menos una criada. Pero he aquí que es el orfebre mismo el que sale en chándal azul y le dice:

–Buenos días.

–Tendría que haber llamado antes –dice Brenner, asaltado por la mala conciencia en vista de la amabilidad con que lo recibe el orfebre.

–No estoy en la guía telefónica –dice éste mirándole fijamente a los ojos. Porque el orfebre era uno de esos tipos, cómo decirte... Le gustaba mirarte de una forma que hubieras dicho que iba a revelarte su más profunda sabiduría. Y ahora le clava a Brenner una de esas miradas de entrenador de juveniles aleccionando a sus chavales: «Y nunca os olvidéis de una cosa...».

Al cabo de unos segundos dice:

–Y usted no lo creerá, pero cuesta doscientos diecisiete chelines no estar en la guía telefónica.

En un primer momento Brenner no supo qué decir, pero el orfebre ya se había dado la vuelta y con toda naturalidad, o sea sin la mirada bondadosa de entrenador de juveniles, sino con la normalidad más absoluta, dice:

–A decir verdad, estaba esperando su visita.

Pero a Brenner los ojos del orfebre se le han quedado grabados en la mente.

Y eso que de policía había tenido que tratar con él en dos ocasiones, y en realidad el hombre presentaba el aspecto de siempre. He aquí la madre del cordero. Porque lo que desconcertaba al detective no era algo extraño, sino un rasgo de la cara del orfebre que le resultaba familiar.

Quizás un lejano parecido con su sobrino Lorenz. Pero no, imposible, porque no puedes imaginarte dos tipos más diferentes. Por un lado, el orfebre, que a sus setenta años está pletórico, con una fuerza y un ánimo emprendedor que no veas. Pelo cano, cara bronceada de monitor de esquí y ojos entornados de millonario. Por el otro, Lorenz, hijo de la generación siguiente, con ojos de anciano acabado.

Luego la casa –si es que se puede llamar así–, el castillo, vamos. Situado a varios cientos de metros sobre el lago, desde ahí puedes verlo todo, el lago y el pueblo.

Pero dentro, cómo te diría, te decepcionaba un poco. Habiéndolo visto por fuera, te esperabas otra cosa. Lo habían rehabilitado de tal forma que al entrar te parecía que estabas en una V.E.P., y puede que el orfebre mismo lo notara. Porque verás, lo que Brenner pensaba ahora era que igual habían arrumbado ahí esa cantidad de muebles viejos para compensar tanta reforma y contrarrestar el aspecto de vivienda de empleado público. Porque mirara adonde mirara no veía más que muebles antiguos.

Y a medida que el orfebre lo va conduciendo al interior del castillo, los muebles antiguos se van multiplicando. Brenner casi siente mareo. Tiene que apretar la marcha para no perder de vista al orfebre, y por dondequiera que avanza le salen al paso vírgenes y santos que si se descuida se los lleva por delante.

Ahora bien, tienes que saber que el sentido de la orientación de Brenner es pésimo. Y eso después de llevar veinte años en el cuerpo de policía. Dirías que una cosa así se aprende, pero qué va, un caso perdido. Ya en circunstancias normales, después de dos curvas no sabe dónde tiene la mano derecha, y de puntos cardinales ni le hables. A la que el orfebre lo arrastra a través de un par de pasillos y dos o tres escaleras llenas de antigüedades, está completamente despistado.

Aunque al final enseguida supo dónde estaba. Porque la sala tenía un ventanal enorme que él solo era ya tan grande como una V.E.P. Desde ahí el detective tiene a sus pies todo el lago y todo el pueblo de Zell; una vista espléndida, hay que reconocerlo.

Y ahí el detective recupera al instante la orientación. Por una parte divisa el Grossglockner, aunque no los embalses, y justo al lado de la presa de Moos ve algo que resplandece al sol. Es la parada del funicular Iglesia Pagana.

–Tome asiento –le dice el orfebre.

Pero también el salón, o salonazo, está atiborrado de muebles antiguos, y por eso Brenner en un primer momento vuelve a sentirse como un pulpo en un garaje, sin saber dónde sentarse.

En vez de tomar asiento se acerca a la ventana dando la espalda al orfebre, pues se queda mirando afuera. Quizás sólo lo hace para no tener que ver constantemente aquel cúmulo de muebles antiguos que le producen auténtica angustia. Y mientras mira por la ventana dice:

–Con la falsa coartada que dio a la policía no pretendía protegerse a sí mismo, ¿verdad?

–¡Haga el favor de sentarse! –dice el orfebre.

Pero Brenner no le hace caso, sino que sigue contemplando la vista a través de aquel ventanal, que te preguntas por qué la oficina de protección del patrimonio monumental concedería el permiso de poner ahí semejante cristalera. Sólo se da la vuelta cuando aparece la criada con el té. Una chica menuda de unos quince o dieciséis años de edad que ya ha visto alguna vez por Zell. Ahora, mientras la joven está presente, el orfebre adopta un tono de voz inofensivo:

–Una historia trágica, la de la muerte de mis suegros. Pero ¿sabe una cosa? Me consuelo pensando que se conocieron practicando esquí. Fue en 1929, en unas

vacaciones de invierno en Vermont. Y murieron juntos en el remonte. A veces pienso que tal vez era así como tenía que suceder, y eso me consuela.

El orfebre enciende un cigarrillo, y a Brenner se le ocurre pensar: es curioso que desde que lo he dejado siempre trato con gente que fuma sin parar. Esperaba a que el orfebre replicara a la acusación que le acababa de hacer. Pero éste, en cuanto la chica sale del salón, vuelve a adoptar su mirada de entrenador de juveniles y dice:

–A propósito, usted ya no está en la policía. ¿Cómo es eso?

Pero no creas que era una pregunta. La frase sonó más bien a respuesta. Y así era. Porque el orfebre sabía perfectamente por qué Brenner ya no estaba en la policía. Igual que el detective conocía perfectamente la respuesta a su propia pregunta de por qué el otro había dado una coartada falsa.

En realidad era algo muy diferente lo que ahora le preocupaba. No paraba de darle vueltas a la pregunta de qué tenía aquella cara bronceada de millonario que tanto lo desconcertaba. No era nada que le resultara extraño, sino más bien algo que le era familiar, igual sí se trataba de un parecido casi imperceptible con su sobrino Lorenz, digo yo.

–Su coartada, lo de que estuvo con Lorenz. No nos la pegó para protegerse a sí mismo, sino a Lorenz, ¿verdad?

El orfebre tenía una mirada peculiar, como el que se ha quitado las gafas por un instante y no ve nada. En cierto modo, a Brenner le pareció que esos ojos miopes no se correspondían con su cara de millonario. Pero llamarlos ojos es una auténtica exageración porque sólo eran rendijas, si hubieras querido saber su color, lo llevabas crudo.

Y no paraba de sobarse las cejas con las yemas de los índices que dirías que estaba muerto de cansancio. Tenía miles de arruguillas alrededor de los ojos, o patas de gallo, que se llaman. Seguro que sabes a qué me refiero, esas que les salen a los escaladores de alta montaña cuando se hacen mayores, o a las fumadoras entradas en años; éstas suelen tener todo un abanico encima del labio superior. Y el orfebre venga a sobarse los párpados, que cualquiera hubiera dicho: el tipo lo que pretende es alisar su abanico de arrugas.

–Me hice operar hace dos semanas. Una cosa extraordinaria. Desde entonces ya no necesito gafas. Pero dicen que esquiando la luz te ciega terriblemente.

–Usted siempre ha sabido que fue Lorenz quien escribió las cartas conminatorias, ¿es cierto? Esas que venían con la firma Iglesia Pagana –dice el detective.

–Brenner, no te lo tomes a mal –dijo el orfebre acostumbrado a hablar de tú a todo quisque. Pues como rey de los remontes de Zell no andaba preguntando a la gente si podía tutearla o no–, pero ese secreto que tú crees desvelar es un

secreto a voces –dice el orfebre–. Desde el primer momento todo el pueblo lo sabía. Que sólo a mi Lorenz se le podía ocurrir algo así.

–Y usted se ocupó de echarle tierra al asunto –dice Brenner.

–Qué tierra ni qué nada –dice el orfebre–. ¿Acaso iba a quedarme cruzado de brazos viendo cómo los turistas se nos ponían nerviosos con la presa sobre sus cabezas?

–Entonces Lorenz no tuvo más remedio que dar énfasis a su amenaza colocando un par de cadáveres en el remonte –dice Brenner.

–Fue exactamente así como tergiversaron algunos la cuestión. Algunos, tontos como tú, Brenner, que no contaron con un pequeño detalle: que Lorenz sería el último ser en este mundo capaz de matar a alguien. Si hasta cortar el césped le parte el alma. Si Lorenz comete un asesinato, yo me ofrezco de cadáver.

–Entonces él no necesitaba su falsa coartada. La que usted le proporcionó obligándole a servirle a usted de coartada. Y no tendría que haberse dado tanta prisa en sacarlo del psiquiátrico para que no me contara nada inoportuno. Y tampoco tendría que haber intervenido para que el *Pinzgauer Post* rápidamente olvidara el asunto. Si tan convencido está de su inocencia.

El orfebre deposita su taza medio vacía en la bandeja de plata y se sirve más té. Mira con ojos de reproche la taza llena de Brenner y después al detective mismo, tal como miraría un entrenador de juveniles a un delantero de ocho años de edad al que pretende infundir ánimo antes de un partido. Dice:

–¿Por qué no te sientas?

–Prefiero estar de pie –dice Brenner.

–¿Tienes miedo de sentarte? –dice el orfebre–. ¿Miedo de perder tu V.E.P.?

–Parece que usted sabe la tira de cosas sobre mí –dice Brenner.

–Por ejemplo, que querías endilgarme el asesinato de mis suegros. Si no hubiera sido por Nemec, hasta me habrías metido en prisión.

Desde luego, esto era un disparate. Fue precisamente Nemec el que quiso pringar al orfebre. Y fue también Nemec el que en su día le ordenó a Brenner iniciar las oportunas pesquisas.

Sólo cuando éstas resultaron infructuosas, le echó el muerto a Brenner. Pero a él el asunto ya lo traía sin cuidado. Fue la gota que colmó el vaso. El momento en que se dijo ya no tiene sentido, y les tiró la placa a las narices. Aunque yo no me canso de repetir que menudos... los de Brenner, hacer eso a los 44 años, me quito el sombrero.

En cuanto a la V.E.P., Brenner vuelve a pensar en la posibilidad de que su compañero de instituto Schwaighofer le consiga uno o dos años de prórroga.

–No está usted tan bien informado como yo creía –dice Brenner–. Ni

siquiera sabe que Lorenz no necesita una coartada suya porque tiene su propio apaño. Cree que debe mentir por usted.

–Mejor que mejor –dice el orfebre.

–Diga de una vez la verdad. Todo es un enorme malentendido. Lorenz cree que tiene que protegerle, y usted cree que tiene que proteger a Lorenz.

–Tanto mejor para mí y para Lorenz –dice el orfebre. Pero enseguida hizo sonar la campanilla para que entrara la criada. Ésta acompañó al visitante hasta la puerta, y ahí Brenner vuelve a estar desorientado, pues han bastado unos cuantos pasos para alcanzar la salida cuando antes ha tenido que seguir al orfebre a través de pasillos y escaleras.

Entonces se siente por un momento como en uno de esos cuadros que quizás conoces, donde se ve a una persona subiendo escaleras y escaleras que acaban devolviéndole al punto de partida, o sea, algo que en realidad no puede ser, porque todo el tiempo ha estado subiendo y de repente se encuentra al pie de la escalera. Hay un pintor que hace esto, te pone de los nervios que no veas. Pero lo que ahora tranquiliza los de Brenner es haber pillado al orfebre en una debilidad humana: presumiendo de mucho mueble antiguo y paseándolo por medio castillo.

La criada, por su parte, ha notado que está un poco perdido, y no puede reprimirse una media sonrisa. Entonces asoma su incisivo pintado de un color fosforescente. Y claro, Brenner de inmediato la reconoce. Es Clare Corrigan.

En realidad se llamaba Elfi Lohninger. La profesora Engljählinger ya le había dicho que la chica abandonó el instituto. Y que la gente decía que era hija bastarda del orfebre también se lo contó ella. Lo que no le ha contado es que Clare trabaja ahora de criada del orfebre.

Sólo le dio el cuaderno escolar de la chica. Pero apareció Mandl y empezó a azuzar a Brenner contra el orfebre. Y el cuaderno sigue en su habitación de El Ciervo Rojo, y él todavía no ha tenido tiempo de echarle un vistazo.

«Sexto curso, grupo A», ponía en la tapa del cuaderno. «Clare Corrigan.» Pero el nombre estaba tachado y, en su lugar y en una letra distinta, decía: Lohninger, Elfriede. La última redacción que figuraba en el cuaderno llevaba por título: «La importancia de nuestro pantano como símbolo de la República».

La redacción apenas podía leerse porque estaba llena de correcciones en rojo. Al final de la misma lucía un gran suspenso, escrito con la misma letra de quien había colocado el nombre de «Lohninger, Elfriede» en la tapa, o sea la de la profesora Engljährringer.

«No era ése el tema», rezaba el comentario que había añadido Engljährringer, pero para Brenner, naturalmente, era justo lo contrario. La redacción daba en el clavo:

«Quiero escribir sobre una empresa que jugó un papel relevante en la construcción de la presa.»

Así empezaba la chica su redacción. Y Engljährringer ya le subrayó en rojo con una línea ondulada la primera palabra, tal vez por lo de que no se comienza una redacción en primera persona, por la misma regla que antes regía para las cartas. A Brenner la línea ondulada le recordaba la frente ceñuda de Mandl cuando se lo encontró sentado en el sofá de la profesora.

«Se trata de una empresa americana del sector químico. Ésta suministró a los austríacos el *know how* necesario para producir el hormigón de alta calidad que se requería para la construcción de las tres presas.»

La profesora Engljährringer había colocado entre paréntesis las palabras *know how* y escrito encima *conocimientos específicos*.

«Quiero escribir sobre las actividades que la empresa había realizado anteriormente en EEUU. Pero quizás debería empezar diciendo por qué lo sé. Y es que mi padre se casó por aquel entonces con la hija del jefe. Yo no soy hija de ese matrimonio, sino de una relación suya clandestina. Por eso siempre me interesa más lo secreto que lo oficial, porque yo misma soy clandestina. Por tanto prefiero escribir lo que sé de la empresa, pues del pantano qué voy a decir salvo que da electricidad.»

«Introducción demasiado larga», había escrito Engljährringer al margen del párrafo. Y el resto de la página estaba trufada de marcas rojas. Brenner no podía creer que todo esto procediera de aquella mano sembrada de pecas transparentes

hasta las uñas, que Engljähringer fuera la autora de semejante escabechina. Y la misma que estampara allí con el boli asesino esos tres signos de admiración.

«Mi padre se casó con la hija del jefe de ese consorcio químico americano. No creo que tuviera algo que ver el hecho de que mi padre fuera orfebre y la empresa yanqui fabricara números fosforescentes. Pero de alguna manera me parece que los números fosforescentes y el oro encajan, lo uno brilla de día y lo otro, de noche. El padre del jefe había sido el fundador de la empresa. Fue él quien en 1910 inventó los números fosforescentes allá en América. Se llamaba Parson y la empresa se llamaba Parson Radium y el color fosforescente que lo convirtió en un rico de fábula se llamó *lightnight*.»

«¿Por qué te vas por las ramas?», había espetado el bolígrafo rojo de la profesora Engljähringer, pero el detective ya no se dejó distraer.

«En poco tiempo el viejo Parson llegó a tener 200 empleadas que pintaban números fosforescentes. Era por el año 1915 y eran sobre todo chicas jóvenes. Tenían que chupar una y otra vez sus pinceles para que las puntas se mantuvieran lo suficientemente finas para poder pintar los minúsculos números de los relojes. A veces las chicas se permitían la broma de pintarse las uñas o los dientes que luego brillaban en la oscuridad. Pero lamentablemente fueron muriendo como chinches. De modo que hubo una investigación.»

Hasta aquí había llegado Brenner con su lectura cuando sonó el teléfono de su habitación. Debían de ser las dos de la tarde. Decidió no contestar, pero como no dejaba de sonar acabó cogiéndolo.

–Diga.

Pero en ese preciso momento colgaron.

–Gilipollas –masculló Brenner, y volvió a enfrascarse en el cuaderno.

Al principio no encontraba el pasaje donde se había quedado, y siguió leyendo unas líneas más abajo. Leyó que los resultados de la investigación se mantuvieron en secreto. Pero no sabía de qué resultados se trataba, porque eso estaba en el párrafo que se había saltado. Y como le picaba la curiosidad retrocedió:

«De modo que hubo una investigación. Se realizó en secreto. Los médicos examinaron a las trabajadoras sometiéndolas a observación en un cuarto oscuro. Vieron que les brillaba el pelo, la cara, las manos, los brazos, el cuello, la ropa. Incluso les brillaba el aliento en la oscuridad.»

Ahora Brenner ha llegado al pasaje de antes y le llama la atención que en la segunda página apenas hay correcciones.

Así que una de dos: o Engljähringer estaba tan cautivada por la historia como él y se olvidó por completo de seguir corrigiendo, o ya había decidido la nota, es decir el suspenso, y se dijo a sí misma: para qué voy a perder el tiempo en correcciones.

«Parson ocultó el resultado de la investigación. Las condiciones de trabajo de las pintoras no cambiaron durante años. Hasta que las víctimas fueron tan numerosas que Parson tuvo que responder ante los tribunales. Fue absuelto. Por la falsa salud de las víctimas. Y en efecto, al comienzo de la intoxicación, la víctima experimentaba un notable bienestar. Eso se debe a que el organismo produce para su defensa una gran cantidad de glóbulos. Rojos, seguramente. Aunque luego, de repente, deja de hacerlo. Por eso la epidemia no fue descubierta durante años. Y, según la ley, la demanda por daños y perjuicios tiene que presentarse a más tardar dos años después de contraerse la enfermedad. Pero el *lightnight* había originado la epidemia mucho antes. Ahí está por ejemplo el caso de una de las pintoras que el 16 de noviembre de 1922 se dirigía a la fábrica. Se sentía completamente sana, pero tenía los huesos tan carcomidos que caminando se le rompió una pierna. Murió al cabo de una semana. Tenía 27 años. Se llamaba Clare Corrigan.»

Y ahora fíjate: la profesora había desistido definitivamente de corregir. Las dos últimas páginas simplemente estaban tachadas con sendas rayas, zas, de arriba abajo y en diagonal, ¿entiendes? Eran las páginas en las que Clare describía cómo siguió la historia de la empresa.

Para comenzar, Parson desarrolló un método de fabricación sin daños colaterales, luego vino la Segunda Guerra Mundial, y entonces les vendió a los americanos tableros de mando fosforescentes para sus aviones. Con eso, claro, hizo su agosto porque no había otros suministradores. Le llovieron los millones, qué te crees.

Nada más terminar la guerra decidió reciclarse dedicándose ahora a la química de construcción, o sea, a desarrollar materiales para ese sector. Porque pensó, después de la guerra la gente va a edificar, y se especializó en hormigones de alta calidad.

A Brenner se le enciende una luz. Porque ¿qué se necesita para levantar una presa? Hormigón de alta calidad, naturalmente, y de dónde sacan los zellerenses ese hormigón justo acabada la guerra. Es el momento en que los americanos les echan una mano. Pero eso ya fue obra de Parson júnior, porque fue él quien echó a rodar el negocio. No lejos del lugar donde cincuenta años más tarde lo encontraron tieso en el telesilla.

Brenner tuvo que releer los garabatos varias veces para lograr componer el rompecabezas. Y las últimas frases fueron las que más tiempo lo entretuvieron. Porque Clare agotó literalmente su cuaderno, es decir, llenó hasta la última página sin conseguir acabar su relato. De modo que continuó en la parte interior de la solapa, y como ésta era azul, escribía en azul sobre azul:

«Parson expandió sus negocios a Europa. Y luego consiguió el macroencargo de Zell, donde en tiempos de la guerra ya trabajaron (murieron) cientos de

prisioneros en la construcción de la presa. Y entonces los americanos mandaron allá arriba a sus propios prisioneros de guerra (población autóctona) que también fueron muriendo como chinches. Y en 1951 por fin se acabó de construir el símbolo de la República».

Brenner permaneció unos minutos con la mirada hundida en el lago, pero luego, de repente, la habitación se le quedó estrecha. Se puso los zapatos para bajar al lago, pero cuando salió a la calle tomó la dirección contraria. O sea no se dirigió al lago, sino que enfiló por la cuesta de la Trinidad, en cuyo extremo está, cómo no, el Goloser.

Pero al bajar la manija de la puerta del Goloser a Brenner le da un calambrazo, como si alguien le hubiera gastado la broma de electrificarla. A ver, no me entiendas mal, lo que pasó fue que Brenner, apenas entreabrió la puerta, divisó a Nemec sentado en una de las mesas. Y claro, menudo corrientazo. Enseguida quiere cerrar la puerta. Pero el estremecimiento hace que sus músculos no respondan y que tarde más de la cuenta en cerrar la bendita puerta, que parece pesar unas cuantas toneladas.

Puede que sólo haya sido culpa del mecanismo de cierre hidráulico que evita los portazos. Sí, debió de ser por eso, piensa Brenner mientras desciende la cuesta de la Trinidad. Porque en lo que no quiere pensar es en qué demonios hace Nemec en Zell. Y tampoco quiere saber por qué lo ha llamado hace un rato. De repente tiene la certeza de que sólo Nemec puede ser el autor de la llamada. Quién si no él deja sonar el teléfono una eternidad.

Pero no puede estar pensando todo el rato en cerramientos hidráulicos y timbres de teléfono. Ahora necesita distraerse con otra cosa. Compra el *Pinzgauer Post*, y con el periódico bajo el brazo desciende rumbo al lago. Pero en lugar de leerlo hace algo completamente distinto. Porque en estado de shock eres capaz de hacer cosas que normalmente no harías. Y ahora, en menos que canta un gallo, se decide por la Walther y se pone en camino a la armería de Perterer júnior.

—O sea que al final va a ser la Walther —dice Perterer sonriendo. Pero es ahí cuando reconoces que no lleva mucho tiempo en el oficio de comerciante, porque a la que Brenner por fin parece decidido, Perterer júnior va y dice—: Aunque hay que decir que la Glock también tiene sus ventajas.

—Sí, es cierto, he estado a punto de optar por ella.

—Material sintético al cien por cien. Nada de óxido, nada de suciedad y nada de nada. Y aunque la tires al agua sigue funcionando.

—O a la nieve.

—La policía americana ya sabe por qué la ha elegido.

—La policía tampoco lo sabe todo.

—No, y sobre todo la nuestra —dice Perterer júnior riendo, porque es uno de

esos tipos que cuando algo le divierte ríe a mandíbula batiente. Pero luego continúa en tono muy serio—. Aunque sí me interesaría saber una cosa: ¿qué hace la policía con los prismáticos en este caso?

Ahora bien, sabrás que Brenner en los veinte años que estuvo en la policía nunca dispuso de unos prismáticos. De un arma siempre, pero nunca de unos prismáticos. Por un momento piensa que Perterer júnior es un comerciante novato que cree poder vender prismáticos a la policía. Porque en una armería no sólo hay pistolas y rifles. En el escaparate de Perterer también hay miras telescópicas y gemelos comunes y corrientes.

—A lo mejor la policía de fronteras sí tiene prismáticos. Pero no creo que se le pueda vender esta mercancía así como así. Porque la policía es una burocracia que no veas; ahí puedes esperar sentado.

—No, me he expresado mal —dice Perterer júnior, un chico educado que aprendió modales en París y nunca diría: me ha entendido usted mal—. Me refería a los prismáticos de los americanos. Mi pregunta es qué hace la policía con unos prismáticos si, por poner un caso, los encuentra al lado de un cadáver. Porque éstos estaban prácticamente nuevos.

Brenner, claro, había olvidado por completo que los americanos del telesilla llevaban prismáticos. Aunque no eran exactamente unos prismáticos, sino más bien unos gemelos de teatro. Porque hay turistas que los llevan.

—¿Se los vendió usted?

—Sí, el americano mismo vino a la tienda.

—No sé decirle con exactitud lo que haría la policía con los prismáticos. Lo normal es que se los dieran a los herederos. Por otra parte, como eran material de prueba... A lo mejor siguen en poder de la policía.

—¡Qué pena! Porque ese par de prismáticos estaban nuevos. «*A surprise for my wife*», dijo el americano cuando vino a recogerlos. Pero, a decir verdad, si yo soy millonario, seguro que se me ocurre un regalo mejor para mis bodas de diamante.

—O sea que para él mismo también se compró unos.

—El pedido se lo hizo a mi padre. Y los recogió cuando ya estaba yo. Tal vez una semana antes de que Lois los encontrara en el remonte. Porque pasaron meses antes de que llegaran de América. Un encargo especial, claro. El viejo americano sabía exactamente lo que quería.

—No como yo —dice Brenner, y le explica a Perterer júnior que tiene que pensarse otra vez lo de la Walther. Porque quizás conviene que vuelva a conversar con este chico, piensa.

Luego empieza a rodear el lago. Pero sólo se da cuenta de ello cuando le ha dado casi media vuelta y, cansado, se sienta en un banco y mira al otro lado, hacia el pueblo. El paseo está completamente desierto, no hay ni un alma. Sin

gente este lugar es tan hermoso que entiendes por qué todos quieren estar aquí, piensa el detective. Luego coge el *Pinzgauer Post* y lee en la portada el siguiente titular: «La resurrección de los muertos».

Esto tiene que ser una parida de Mandl, piensa. Pero todavía falta mucho para la Pascua, y justo debajo del titular hay una foto de la pareja de americanos en el telesilla.

Y el pie de foto revela que varios de los cheques fechados y firmados por los Parson han sido cobrados. Los Parson han retirado más de cien mil chelines de sus cuentas. Y eso medio año después de su muerte.

Ahora bien, tienes que saber que cuerpos de bomberos profesionales sólo los hay en las capitales de provincia. Lo demás son bomberos voluntarios, pues los jóvenes se apuntan porque quieren, porque hacen su fiesta anual, sus bailes y cosas por el estilo; además, los incendios no abundan.

Lo que sí es pan de cada día, quiero decir, de cada sábado por la noche, es el accidente de tráfico. Entonces los bomberos tienen que hacer una salida para sacar al fulano de turno cortando la chapa de su automóvil. Porque ya se sabe, para los jóvenes de provincias el coche es importante; la discoteca más próxima está en el pueblo siguiente, de manera que es indispensable estar motorizado.

Pasa entonces más de una vez que les dan las dos, las tres o incluso las cuatro de la madrugada. Han bebido y luego todos contentos, también las chicas, cogen el coche para volver a casa y a la que se descuidan hay que sacarlos con cortachapas.

Pero lo que son incendios, raras veces los hay. Alguna vez puede ocurrir que una granja se incendie cuando el heno no acaba de estar seco; o sea, si el granjero lo ha entrado húmedo y entonces la granja entera se le incendia.

Pero ocurre rara vez. Ya puede un chico llevar tiempo en el cuerpo de bomberos y haber lucido el uniforme en dos fiestas mayores, que incendio no le ha tocado ninguno. Rescates sí, a lo mejor ya ha sacado hasta una decena de personas de sus vehículos, o ha abierto la puerta de su casa a alguna jubilada que se ha dejado las llaves dentro, o, si me apuras, ha tenido que apagar un fuego en una cocina; pero en tal caso lo único que ha tenido que hacer es apuntar con el extintor y sanseacabó.

Por eso sucede con frecuencia que un joven bombero con cero incendios en el palmarés tenga ideas de bombero y prenda fuego a algo sólo para poder sacar la manguera. ¡Cosas así se han visto! Aquí, por todas partes: una vez en Weissbach, otra en Bruck, otra hace tiempo en Eschenau, me consta.

Esto no tiene nada que ver con nuestra historia, quiero decir, con los americanos del telesilla. Pero sí con el susto que se llevó Lois el del remonte la noche del 14 de septiembre. Y eso que llevaba más de diez años de capitán en el cuerpo de bomberos, porque la medalla ya se la dieron el verano pasado. Aunque en Zell hacía tres años que no se registraba un incendio.

Y ahora nada menos que una gasolinera. Doce minutos antes de las doce se dispara la sirena, es 14 de septiembre, jueves, y Lois ya tiene puesto el pijama.

De modo que se enfunda el anorak y en un periquete está al volante de su

Renault Twingo, sin otra cosa encima que el pijama y el anorak, pero da igual, puesto que enseguida tendrá que enfundarse el uniforme.

Al cabo de dos minutos está en el parque de bomberos, donde ya hay tres o cuatro hombres, claro, pues la gasolinera arde, y los demás llegan embalados de todas direcciones; a los cuatro minutos todos listos, y a los cinco parte el primer coche.

Y si el capitán está nervioso, obvio, contagia a todo el equipo. El que conduce es Seidl, lleva quince años de chófer en el cuerpo y también fuera, porque es a eso a lo que se dedica en la empresa de transportes Hasenauer. Y resulta que, nada más salir, toma la primera curva demasiado rápido. Cualquiera diría que la conoce como la palma de su mano, ha pasado mil veces por ahí con el camión cisterna y siempre a toda pastilla; pues nada, esta vez se le fue el pie y apretó con excesiva fuerza el acelerador.

Por suerte no pasa nada, sólo tiene que dar marcha atrás, lo que con dirección asistida es pan comido. Como mucho habrá perdido diez segundos, que enseguida recupera. Pero los nervios están que revientan. Y no es de extrañar porque una gasolinera incendiada es un estreno para todos, no sólo para los más jóvenes, sino también para el comandante.

Y luego ese vídeo de la instrucción. Presenta el caso de un incendio ocurrido en Francia, no sé..., en los cincuenta o sesenta. Los veteranos lo han visto ya varias veces y los nuevos al menos una, porque precisamente en julio, es decir, sólo unos meses antes, Lois el del remonte les proyectó otra vez aquel vídeo. Un incendio en una gasolinera de Cannes, y veías claramente en qué habían fallado los bomberos franceses.

Y ahora los de Zell, claro, no pueden dejar de pensar en cómo los de Cannes, o sea sus colegas como quien dice, saltaron por los aires. Porque la palmaron todos. En el vídeo se veía con claridad meridiana, por eso se usaba como vídeo de instrucción, porque se ven exactamente los errores que cometieron los bomberos franceses.

Desde luego, no hace falta cometer muchos errores para volar por los aires en un caso como éste. Ése era, cómo no, el pensamiento de los bomberos de Zell mientras iban camino de la gasolinera. Que el único error de los franceses fue acercarse demasiado, sólo unos metros y zas... que cualquiera diría: la bomba atómica. Y enseguida notabas que todos y cada uno de los bomberos de Zell estaban más nerviosos que de costumbre, no sólo los novatos, también los fogueados. Porque claro, tienen que hacerlo todo a la velocidad del rayo, ponerse el uniforme, calzarse las botas, calarse el casco, enfundarse los guantes. Y entonces ves que uno no acierta a atarse los cordones, el otro está mal abotonado; vamos, que están de los nervios.

Al cabo de tres minutos, Seidl llega a la altura del almacén de muebles.

Conduce a todo gas, de manera que los diez segundos ya los ha recuperado dos veces, si no más. Porque justo detrás del almacén está la gasolinera, la Esso. Pero en cuanto pasan el almacén, varios de los jóvenes que hasta el momento iban casi petrificados se levantan de sus asientos como movidos por un resorte y Niederwieser hasta suelta un grito.

Porque la gasolinera no arde. ¡Cómo es posible que Lois, experimentado capitán de bomberos, se haya equivocado de gasolinera! Y para colmo la Shell queda justo en la otra punta de Zell. Desde este lado del lago, donde está la Esso, ya ves el fuego allá en el otro extremo, pues las llamas se reflejan en la mitad de la superficie del agua.

Es porque lleva treinta años repostando en la Esso por lo que a Lois el del remonte le ocurre este despiste, pues en 1966 se compró su primer coche, un viejo escarabajo y desde entonces sólo le pone eso... o sea, Esso. De ahí que automáticamente le haya dado a Seidl la orden de enfilarse hacia la Esso, aunque ha oído perfectamente que se trata de un aviso de fuego en la Shell.

Y en el momento en que la tiene enfrente y ve que no hay incendio alguno, cae de inmediato. Además, desde allí se ve perfectamente que la que arde es la Shell. Mejor dicho, parece como si toda la salida norte estuviera en llamas. Porque ¿qué te piensas, cuando una gasolinera coge fuego...

«Atención, atención: corrijo lugar de incendio. Gasolinera Shell, salida norte», brama Lois en el aparato de radio. Porque tras ellos han salido otros dos camiones cisterna y hay que avisarles. Pero claro los alaridos de poco sirven. En menos de cinco minutos no llegas de la Esso a la Shell, conduzca Seidl o quien sea. Ahí no hay tutía.

Y a la que llegan, ya están todos: la policía, la ambulancia, la prensa, todos. Sólo los bomberos han brillado por su ausencia.

Lois salta del coche y casi pisa los pies de Kollarik, el comandante de la comisaría. Éste tiene fama de energúmeno, los zellerenses siempre lo llaman «colérico», a sus espaldas, claro. Y el hombre empieza a gritarle a Lois, que menos mal que no lo oye. Porque cuando una gasolinera arde, el ruido es apocalíptico, vaya, de Juicio Final.

Pero Lois el del remonte no tiene ojos para el comandante Kollarik. Después la gente dijo que Lois se había puesto al mando del operativo sin pizca de nerviosismo, como un robot, con una serenidad de aúpa como cuando ves en la tele a uno de esos generales de la ONU, walkie-talkie en mano y absolutamente tranquilo, repetía la gente una y otra vez.

Ahora bien, ¿acaso los bomberos pueden hacer algo cuando una gasolinera arde de verdad? Es cierto que lo que es la gasolinera en sí, te puedes olvidar. Material de extinción, claro, espuma, pero la espuma acaba extinguiéndose por la acción del fuego, nada que hacer. Lo importante es proteger el entorno. Se

empieza por acordonar la zona, pues en un incendio suele haber más muertos entre los curiosos que entre los propios afectados si no se acordona el perímetro del incendio inmediatamente. Y hay que actuar con firmeza porque la gente, cuando hay algo que ver, se te mete hasta en la gasolinera en llamas si la dejas.

Los gendarmes, eso sí, tomaron buena nota de la tardanza de los bomberos, pero de acordonamientos, nada. Los curiosos se acercaban peligrosamente, y si hubiera explotado algo, no habría habido ni una sola ambulancia que los socorriera porque también las ambulancias estaban demasiado cerca. De manera que Lois lo primero que hizo fue entrar ahí a saco con el camión extintor, ahuyentando al corro de mirones. En un visto y no visto el perímetro quedó despejado.

Entretanto el equipo de bomberos arrastró el carrito con la bomba hasta el lago. Tuvieron que cruzar la vía del ferrocarril, pues no hay paso a nivel y el pasadizo subterráneo para peatones resultó ser demasiado estrecho para la bomba. De manera que tuvieron que arrastrarla por encima del terraplén con los raíles.

Luego, a derribar vallas, porque hay vallas de varios metros de altura entre la carretera y la vía y entre ésta y el lago. Pero no veas con qué rapidez lo hicieron, en un santiamén, vaya. Después las mangueras, también a través de la vía, pues los trenes no circulaban. Porque sólo faltaba que la gasolinera explotara y se llevara un tren por delante.

En efecto, ésa es la pregunta del millón cuando se incendia una gasolinera. El bombero siempre tiene ese cosquilleo en la nuca. ¿Explotará o no? Punto número uno: acordonar la zona. Punto número dos: proteger los edificios adyacentes. Punto número tres: ¿saltará por los aires o no?

Más tarde en el vídeo se vio con toda claridad cómo Lois había asumido el mando de la operación. Con una calma tal que nadie hubiera dicho que era su primera gasolinera. Porque ahora siempre uno de los bomberos tiene que filmar, antes se hacían fotos por cuestiones del seguro y esas cosas, es de cajón, pero ahora ya sólo se usa el vídeo y hay dos bomberos formados expresamente para esa tarea. Y se veía con toda claridad cómo Lois primero acordonaba la zona haciendo retroceder a los curiosos a doscientos metros de distancia, y cómo despejaba la orilla del lago porque está muy próxima. Siguiente paso: proteger los edificios colindantes.

Primero: evacuar a la gente; segundo: proteger los edificios. Pero no simplemente echándoles agua por un tubo a las fachadas para que no cojan fuego porque con los daños que puedes provocar de esa manera ya puede quemarse el edificio entero, que igual cuesta menos.

Pero en este caso los edificios contiguos menos mal que no eran viviendas, sino el silo de la cooperativa agrícola y el recinto de Lengauer, el concesionario

de coches de segunda mano de la Mercedes. El techo del silo ya se había chamuscado en uno de sus extremos. Así que, a echar agua, a tutiplén, sin reparar en posibles daños, porque no puedes dejar que el granero se queme.

Todo en cuestión de segundos, naturalmente. Vaciar el silo para que el agua no estropee la cosecha. Porque, para colmo de males, es septiembre. Y luego todo el tiempo ese pensamiento que no te abandona: ¿saltará por los aires o no? Porque una gasolinera tiene depósitos subterráneos. Están bien protegidos, claro, hasta dirías que es imposible que ardan. ¿Pero si llegan a arder contra todo pronóstico? Sería el acabose.

Por supuesto, tú no sabes qué está pasando allá abajo, en los depósitos subterráneos. ¿Habrán cogido fuego o no? Porque no los ves, están bajo tierra. Ahora bien, mientras no se inflamen la cosa no es tan grave. Pero si llegan a hacerlo... qué te voy a contar. Lo que explota naturalmente son los gases, y lo hacen a una determinada temperatura. Por eso hay que estar mojando constantemente el asfalto que los cubre, o sea, enfriar para que no alcancen esa temperatura.

Porque mientras ésta sea lo suficientemente baja, arden y arden, pero no explotan. De modo que por un lado se trata de enfriar el lugar y por otro, de no acercarse demasiado, porque ya se vio bien claro en el vídeo de Cannes o donde fuera. Los bomberos refrescaban los depósitos, pero éstos estaban ya tan calientes que explotaron, y los bomberos se encontraban demasiado cerca. Y luego, claro: adiós, y muy buenas.

Chapó a Lois el del remonte, que hay que ver cómo llevó las riendas de la operación. Ahora bien, tienes que saber que al capitán de los bomberos lo eligen en votación, es decir, no es un profesional, sino que el cuerpo de bomberos decide en asamblea quién será su capitán. Así lo estipulan los estatutos. Y Lois era el capitán desde hacía más de diez años, ahí no había vuelta de hoja, impensable que hubiera otro candidato. Pero ahora con lo de haber confundido las gasolineras, creyó que había llegado el final. Aquí se acabó tu carrera de capitán de bomberos, pensó.

Eso lo deprimió de tal manera que de golpe y porrazo su miedo se volatilizó. Cinco minutos van a borrar de un plumazo los casi once años que llevas en el cargo. Dejar de ser capitán de los bomberos le parece peor que la suerte que corrieron los colegas de Cannes.

Pero es curioso que el ser humano reaccione así. Porque fue por eso precisamente por lo que actuó con tanta calma y sin cometer el más mínimo error. Porque durante unos instantes casi hubiera preferido que todos saltaran por los aires. Menos mal que la gente no lo sabe.

Y hoy en día en toda Europa muestran el vídeo de Zell en los cursillos de instrucción para bomberos. Se ve claramente cómo Lois hace sonar el silbato

ordenando la retirada del equipo de extinción que trata de enfriar los depósitos. Porque ahí hay ocho hombres, sosteniendo cada dos una manguera, y esos hombres no hacen otra cosa que echar agua al asfalto debajo del cual están los depósitos. No hay alternativa, tienes que hacerlo de todas maneras, siempre confiando en que los depósitos aún no estén ardiendo.

Pero hay algo que no se ve en el vídeo de la instrucción, y es lo que Lois está viendo en ese momento. Porque cuando una cubierta de asfalto se está ablandando o se halla en proceso de licuefacción, tú eso en la noche no lo ves a simple vista. Por mucho que el destello de las llamas ilumine el lugar. El asfalto no fluye como un arroyo; te tienes que fijar muy bien para ver que de repente se está ablandando.

Y como Lois el del remonte eso lo ve, sabe naturalmente que allá abajo debe estar calentito. Y el resto se ve muy claro en el vídeo.

Cómo Lois ordena a sus hombres que se replieguen; cómo éstos sólo retroceden unos pasos; cómo entonces Lois los agarra con sus propias manos y los empuja hacia atrás; y cómo, a lo sumo dos segundos más tarde –tienes que imaginártelo como esos aviones de guerra de despegue vertical– la gasolinera, lentamente, se eleva por los aires.

Entonces, claro, Lois el del remonte sabe que esos ocho hombres a los que ha ordenado replegarse volverán a votarlo capitán.

El cementerio de Zell está a tan sólo doscientos metros de la Shell. Es decir, tardas más yendo de correos a El Ciervo Rojo. Quizás no sean más de 150 metros los que separan la gasolinera de la tapia del camposanto. Pero en esos pocos metros está la diferencia.

La gasolinera, como es lógico, está situada justo a la entrada del pueblo. O mejor dicho, estuvo. Y es allí donde, según el sentir de los zellerenses, empieza la villa. Aunque el letrero que señala el comienzo del término municipal se encuentra ya medio kilómetro antes. Pero, cómo te diría, eso es una cosa del sentimiento.

Ahora bien, el cementerio queda a cuatro pasos de allí, hacia afuera, aunque todavía lejos del letrero, o sea dentro de la circunscripción de la villa, donde la velocidad máxima es de cincuenta; pero lo creas o no, aunque el cementerio colinda prácticamente con la gasolinera, ésta se percibe como parte del pueblo, mientras que el cementerio queda, como quien dice, extramuros.

Ningún zellerense te dirá que el cementerio está dentro del pueblo porque todo el mundo tiene la sensación de que sale de Zell cuando va allí. Y aunque sólo se trata de unos cuantos metros, a nadie se le ocurriría ir a pie, todo dios coge el coche. Porque tienes la sensación de salir de Zell.

Cuando tienes que ir a comprar cualquier tontería a la gasolinera, un fusible o lo que sea, puede que vayas a pie, pero si vas al cementerio, porque tienes un aniversario o quieres encender una vela o acaso depositar unas flores, seguro que vas en coche.

Podrás imaginarte, pues, cómo estaba el aparcamiento cuando enterraron al orfebre. Ni un lugar vacío, todo lleno de coches aparcados en la orilla de la carretera hasta la gasolinera e incluso en la gasolinera misma, prácticamente en medio de los escombros. Porque el lugar ya no estaba caliente, aunque seguía apestando, pero la peste la tenías en todo Zell. Fue el miércoles, justo una semana después de la explosión.

Ahora escucha lo que te digo: la gasolinera voló por los aires el 14 de septiembre y ya estamos a 21. Y el calor sigue apretando que da gusto, nadie recuerda algo semejante por estas fechas. Veranillo de San Miguel, vale, pero no tanto tiempo seguido. Es el cambio climático, decían, y muchos no sabían qué ponerse para el entierro. Porque hacía demasiado calor para el abrigo negro y hoy en día, claro, no todo el mundo tiene un traje o vestido de ese color. Y, por supuesto, todo Zell estaba presente en el entierro del orfebre.

Al día siguiente, o sea el jueves, enterraron a Lorenz. Porque al cura se le antojó que no quedaba bien que la víctima y el asesino... vamos, qué diría la gente si se les enterraba al tiempo. Pero lo de «enterrar», claro, es un decir. Porque si hoy en día mueres calcinado en una gasolinera, tus restos no dan para mucho entierro, digo yo. O sea que era más bien un acto simbólico, por así decirlo, pero, eso sí, un sepelio como Dios manda.

Y como a Lorenz lo enterraban al día siguiente, uno pensaría que habría menos gente. Pero mira por dónde. El jueves acudieron de nuevo los mismos, y lo creas o no, todos otra vez con el coche, que hubieras dicho, partido de fútbol del mundial.

Sólo Brenner, naturalmente, en el coche de san Fernando... Pero en el cementerio le tocó estar tan apretujado como los demás.

–Las flores en la tumba del orfebre todavía parecen muy frescas –susurra una mujer a sus espaldas, en su oído izquierdo.

–Y eso que llevan 26 horas ahí –susurra otra, en su oído derecho.

A Brenner le hace gracia que calculen con tanta exactitud, porque al orfebre lo enterraron a la una y ahora son las tres del día siguiente, o sea que han pasado exactamente 26 horas.

–Es por el otoño –susurra de nuevo la mujer en su oído izquierdo. A pesar del susurro, a Brenner la voz le parece familiar, aunque no recuerda dónde la ha oído, porque no es tan fácil identificar una voz que no pasa del susurro.

–¿Otoño esto, con 29 grados? ¡Más calor que en verano! –susurra la otra.

–Calor hace, pero el aire es otoñal –susurra la de la izquierda. Pero Brenner sigue sin saber de qué la conoce. Y ahora la de la derecha balbucea:

–No, es el aire del lago. La brisa fresca que llega constantemente del lago. No veas qué bien les sienta a las flores.

–El aire del lago está siempre.

De quién es esta voz, se pregunta Brenner, y empieza a ponerse nervioso por no lograr identificarla. Empieza a volver la cabeza, pero ésta se le queda a medio camino. Su mirada ha topado con la alemana, que no está a sus espaldas. Porque apenas ha movido la cabeza unos centímetros y su mirada ha quedado enganchada en la susodicha, que se encuentra en el otro extremo.

Ahora olvida por completo a las dos mujeres que tiene detrás porque la manca, claro, no está sola. La acompaña Andi, casi colgado de su brazo. Porque ella brazos tiene, como todo el mundo, o sea, sanos, sólo que sin manos en los extremos. Y ahí está Andi, como pendiendo de la alemana, de tal manera que ella parece su sostén imprescindible para no caer tras Lorenz en el hoyo. Porque ambos están en primera fila, junto al cura, en el lado largo de la tumba.

La escena es calcada a la de ayer. Cuando Brenner ve a Andi colgado del brazo de la alemana, casi le parece que el chico tiene los días contados y que el

tercer entierro no se hará esperar. Aunque ha salido completamente ileso del accidente, y hay que decir que de milagro.

Porque se quedó sentado en la tienda de la gasolinera cuando el orfebre llegó a repostar. Como todos los días, Lorenz le hacía compañía. Y cuando el tío llegó con su todoterreno, él salió a su encuentro. El *Pinzgauer Post* lo contaba de pe a pa.

Y como es natural, desde entonces la gente no hablaba de otra cosa. La noticia fue trascendiendo poco a poco, y cada uno aportaba un detalle de su cosecha. Brenner tuvo que alargar los oídos aquí y allá, y ahora tenía la sensación de que estaban a punto de estallarle por la cantidad de tonterías que le había tocado escuchar.

Ayer, en el entierro del orfebre, la alemana le contó algo muy diferente. Aunque lo de «muy diferente» es poco porque la mujer, en realidad, se puso a contarle cosas que son impropias de un entierro. Tú riéte, pero ocurre, y con más frecuencia de lo que uno piensa, que en un entierro la gente se ponga a contar chistes.

Ahora que su mirada roza a la alemana, Brenner intenta recordar el chiste que ella le susurró ayer al oído en pleno entierro. Pero es un esfuerzo vano, el chiste se le ha esfumado. Y la alemana misma le parece hoy cambiada. Por un instante no sabe si es Andi el que se cuelga de ella o al revés, y casi hubiera dicho que ella está llorando, aunque claro, se encuentra demasiado lejos como para poder afirmarlo a ciencia cierta.

En ese momento se le ocurre otra cosa. No el chiste que la alemana le contó ayer en medio del entierro, porque Brenner no es de los que retienen con facilidad los chistes. Por eso le sorprende tanto más que justo ahora le venga a la mente el chiste que oyó hace años en el entierro del colega Schmeller, aquel que mataron de un disparo en un asalto a un banco; y cuando bajaron la caja al hoyo, Haslauer soltó ese chiste.

Ahí te das cuenta de que el entierro de Lorenz le ha afectado a Brenner más de lo que él creía. Porque es de psicología, digo yo. Si a día de hoy uno empieza a contar chistes en un entierro, es que está clarísimo. Brenner conocía a Lorenz y en cierta forma le había caído... no quiero decir simpático, pero por ahí. Él mismo se extraña de estar contándose un chiste.

Lorenz, ese chalado, se ha hecho volar por los aires; al puro estilo de un comando suicida. El orfebre entra en la gasolinera con su coche y Lorenz le dice a Andi: Deja, ya me encargo yo. Y a Andi no le parece nada extraño porque es normal que Lorenz le eche una mano de vez en cuando. Además, se alegra de no tener que atender al orfebre. Porque primero, nada de propina y segundo, la pelea de siempre por el cigarro, porque el orfebre se queda ahí parado con el pitillo encendido en la boca.

O sea que Lorenz sale, coge el surtidor y como un crío jugando a salpicar a otro con la manguera del jardín, apunta directamente a la cara de su tío, que está a dos metros de distancia. Y éste tiene el cigarrillo encendido entre los labios. Y claro. Al segundo ambos quedan envueltos en llamas, y no sólo ellos, sino la gasolinera entera.

Fue un milagro que Andi se hubiera salvado, salió corriendo como alma que lleva el diablo porque era imposible ayudar a los otros dos.

Ahora Brenner, de pie ante la tumba, se apercibe de la pena que siente por Lorenz. No es la pena normal, como la que sientes por cualquiera, sino una pena más grande, mayor que la que le inspira el orfebre, por ejemplo.

Y ahora quieren hacer creer que fue Lorenz quien mató a los suegros de su tío. El propio Brenner se sorprende de no poder asumirlo. Aunque así lo dice el *Pinzgauer Post*. Junto a una foto de Nemec. Caso cerrado, pone en el pie de foto. No obstante, Brenner, tozudo como él solo, empieza a sentir empatía hacia Lorenz.

Y al lado de la foto de Nemec hay una de Andi. Relato del testigo ocular. Mandl lo entrevistó en el hospital, y para mí que fue por eso por lo que Brenner ya no habló con él. Por no querer ser un buitre como Mandl. De momento se conforma con lo que cuenta la gente. Y con el artículo del *Pinzgauer Post*. Aunque esté firmado por Mandl.

Por precaución, la noche del incendio a Andi lo trasladaron inmediatamente al hospital, es decir, en cuanto lo encontraron en el paseo del lago. Porque el chico, claro, tuvo un shock y echó a correr sin parar hasta casi dar la vuelta al lago. Luego se resistía y gritaba que estaba ileso. Cosa que era cierta. Y en el hospital ya lo esperaba Mandl porque, como practica la vela con el jefe de servicio, recibió luz verde para su entrevista.

Por supuesto que Andi le dijo que toda la culpa fue del orfebre.

«El orfebre siempre abría el depósito de su coche con sus propias manos, a pesar de que no somos una gasolinera de autoservicio.»

Andi ya le había llamado mil veces la atención. Que hiciera el favor de no abrir el depósito con el cigarrillo encendido en la boca.

«Lorenz venía con frecuencia a la gasolinera. Por lo general, sólo estaba ahí sentado fumando. Porque en la tienda se puede fumar. A veces también me ayudaba. Pero esta vez me sorprendió que saliera precisamente cuando era su tío el que venía a repostar. Él no soportaba a su tío. Yo tampoco. El orfebre se bajó de su todoterreno y, claro, como siempre con el pitillo en la boca. Lorenz me dijo: Quédate, ya me encargo yo de él.»

Por muchas vueltas que le da al asunto, Brenner no encuentra ninguna incongruencia en el relato.

En el cementerio de repente nota que Nemec está a su lado. Porque claro, ahí

todos como sardinas en lata, y Nemec tan cerca de él como no lo tuvo nunca en todos sus años de policía, prácticamente pegado a su cuerpo.

Para no mirarlo ni de casualidad, Brenner fija la vista en el otro lado, donde Andi cuelga del brazo de la alemana manca. Pero por más que mira a Andi y por más que piensa en sus declaraciones para el *Pinzgauer Post*, no encuentra nada que le dé una pista:

«Me quedé sentado, sin entender por qué Lorenz salía al encuentro de su tío. Entonces sacó el surtidor, pero en lugar de introducirlo en el depósito del coche, le apuntó a su tío como con una pistola. Él tuvo la culpa porque estaba otra vez con el pitillo en la boca. Por supuesto pasto de las llamas. Y sólo recuerdo que Lorenz cogió fuego y después me veo corriendo por el paseo del lago. Está a varios cientos de metros, pero de eso no recuerdo nada. Y luego oigo la sirena, y luego la ambulancia».

—Antes todo el mundo tenía geranios en los balcones porque son fáciles de conservar en invierno —oye Brenner decir a la mujer de voz conocida detrás de su oído izquierdo.

—Ay, los geranios. Hoy en día ya no son tan bonitos. Para mí nada como las petunias.

—Sí, bonitas sí que son, las petunias. Pero difíciles de conservar en invierno.

—Quién se toma hoy en día la molestia de conservarlas en invierno. Nosotros, desde que tenemos la sauna, ya no tenemos sitio en el sótano para poner las macetas del balcón en invierno.

—Sí, se necesita un buen lugar. E incluso tenerlo no es ninguna garantía en el caso de las petunias.

Ahora Brenner tiene la certeza de conocer esa voz. Y de conocerla bien. Lo que no sabe es a quién pertenece. Eso lo pone tan nervioso que comete el error. Al volver la mirada, la vuelve hacia el lado que no debe. Y claro, topa con Nemec. Brenner lo mira directo a los ojos. Y el otro le hace una mueca disfrazada de sonrisa y le pregunta:

—¿Y qué me dices de éste?

A Brenner le parece que, mientras pregunta, Nemec señala con la cabeza en la dirección del cura, que justo en ese momento está asperjando a los presentes con agua bendita. Claro que conoce al cura, no hace mucho que observándolo tuvo la idea de ir a ver a la profesora Engljählinger. Pero aquel ágil hombrecillo de la misa del domingo es hoy otra persona. Con sus carnes pálidas que se han quedado en los huesos y la cabeza torcida de pelo ceniciento parece como hecho ex profeso para un entierro. Tan es así que uno se pregunta cómo se las compondrá para celebrar una boda o algo más alegre, o por ejemplo, qué hace si le toca officiar una resurrección.

Pero Brenner vuelve a malinterpretar la pregunta de su ex jefe. Porque Nemec

no señalaba con la cabeza al cura y, en realidad, Brenner tendría que saber a qué se refería Nemec con su: «¿Y qué me dices de éste?».

Porque ésa era la costumbre de Nemec: cuando se disponía a contar un chiste echaba la cabeza atrás haciendo un movimiento extraño, como si sacudiéndola hacia delante fuera a traer a la memoria un chiste olvidado en el subconsciente.

–Una mujer entra en un sexshop para comprarse un vibrador –dice Nemec.

Pero Brenner muestra ostensiblemente su desagrado mirando hacia el cura.

–Le pregunta al empleado cómo se utiliza, y éste le contesta: igual que un pene.

Nemec ni siquiera hace el esfuerzo de bajar la voz. En ese momento, una monaguilla, la hija del dueño de Ultramarinos Finos Fürstauer, le alcanza el incensario al cura. Y éste, con gesto grave, se pone a echar incienso a los cuatro vientos sahumando el cementerio entero, que dirías que en alguna parte se quema una gasolinera.

Tienes que imaginártelo así: el cura sostiene en alto el incensario plateado con la cadena plateada y lo va balanceando. Y cada vez que el incensario retorna, choca contra la cadena haciendo clac, clac, clac. Lo oías en todo el cementerio, aun si estabas atrás del todo y no veías nada.

Pero Brenner lo ve todo, por supuesto. Aunque lo de mirar ostensiblemente hacia el cura cuando Nemec va a largarle su chiste no surte el efecto deseado. Porque éste sigue con su relato como si nada, y ahora dice:

–Al día siguiente la mujer vuelve al sexshop para quejarse.

Ahora la otra monaguilla le pasa al cura una pequeña pala, con la cual éste esparce un poco de tierra sobre la tumba de Lorenz. Alrededor algunas personas empiezan a sonarse cuando el cura con su voz lacrimosa dice:

–No olvides, hombre, que polvo eres y en polvo te convertirás.

Brenner no puede reírle el chiste a Nemec. Pone cara de póquer y sólo dice:

–Así que fue Lorenz el que colocó a los americanos en el telesilla. De pronto todos estáis seguros de que fue él.

–Zí, cegurícimoz –contesta el madero cubriéndose los dientes con sus labios delgados para remedar la boca desdentada de la mujer que va al sexshop.

Brenner se queda pensando durante un instante si debe hacer lo que sin duda ha querido hacer cientos de veces en los últimos años. Pero al final desiste de derribar al otro a puñetazo limpio en mitad del entierro. En cambio, y sin mirarle a la cara a la hembra desdentada, dice:

–Claro, es la vía más cómoda.

Y no creas que en ese momento Brenner dudaba en serio de que Lorenz fuera el asesino. Fue más bien porque no tuvo ocurrencia mejor que lanzar contra Nemec. Lo había leído en el *Pinzgauer Post* y la gente no hablaba de otra cosa. Que Lorenz se había pasado todos estos años escribiendo esas cartas.

Lo de la Iglesia Pagana no podía ser idea más que de Lorenz. Además, esta vez por Navidad no había recibido de su tío la tradicional libreta de ahorros.

Y, obvio, los cheques. Lorenz tenía una habilidad para el dibujo que le hacía sombra al mismísimo orfebre. Le venía de familia. Así como los Moser están dotados para la música, o los charcuteros Mayr siempre han hecho la mejor morcilla del mundo. Lorenz imitó la firma de una forma tan perfecta que los expertos quedaron patitiesos. Ahora que su foto salió en el periódico, una empleada del banco se acordó de él.

–Lo de las cartas lo habéis descubierto rápido –sigue pinchando Brenner.

–En realidad tendríamos que haberlo sabido hace medio año, pero por desgracia uno tiene que fiarse de sus colaboradores –dice Nemec.

Se refería a que eso había sido tarea de Brenner. Pero Brenner ya no tenía ganas de demostrarle nada a Nemec. Porque fue éste el que no lo dejó seguir adelante.

Ahora lo único que desea es salir del cementerio. Pero cuando se da la vuelta, recuerda que el lugar está atestado de gente y que no tiene sentido querer ganar la salida.

Además, de qué le serviría. No sabría adónde ir. Antes de girarse tenía en mente el Goloser y la idea de olvidarse del mundo en brazos de la camarera Erni.

Pero resulta que Erni está a su lado. Seria y muda como un pasmarote, mira fijamente a Brenner cuando éste se da la vuelta. Y sus ojos tienen una expresión tan desesperada que hubieras dicho que no sabe cómo superar la muerte de Lorenz o cómo conservar durante el invierno sus macetas de flores de balcón.

Ahora, claro: a Brenner poco lo retiene ya en Zell. Después de haber vivido más de medio año en la habitación 214 de El Ciervo Rojo, lo único que le queda por hacer es redactar su informe para poder largarse.

Al fin entiende por qué esta vez ha tardado tanto en escribir el dichoso informe para la oficina de detectives Meierling. La cosa debe de haber estado en el aire, él tiene que haber intuido que éste será el último, o sea, apaga y vámonos.

Lo que no acaba de entender es por qué le ha dado la depre ahora, en la habitación. Desde las cuatro y media, cuando volvió del entierro, está sentado en el borde de la cama, que cualquiera diría que lo ha rozado un rayo justo en el momento en que se disponía a acostarse. Desde entonces se ha quedado ahí como petrificado estudiando el dibujo de la alfombra, que a decir verdad no es que fuera muy interesante.

Ahora bien, hay una cosa que no se te puede olvidar. Brenner era de esos hombres que... a ver si me entiendes. El encargo de Zell le ayudó a no comerse tanto el coco. Porque no has de olvidar que no hace mucho más de seis meses que ha dejado la policía, y eso es algo que primero hay que digerir.

De ahí que los meses en Zell le hayan venido como agua de mayo, es decir, la casualidad de haber podido empalmar con el encargo. Pero no podía durar eternamente, éste era el final de la función.

Y cómo te diría, a lo mejor su abatimiento también tiene que ver con Nemec, con que haya sido éste y no él quien resolviera el caso. En resumidas cuentas: medio año perdido.

Da igual. El dibujo de la alfombra consiste en unos motivos florales, pero más bien parecen ruedas dentadas engranadas unas en otras. Y cuando uno lleva tiempo mirándolas tiene la sensación de que realizan un movimiento giratorio.

O a lo mejor está tan deprimido porque, efectivamente, es una tragedia humana. Y, de golpe, toma conciencia... Lorenz. El orfebre. Qué raro que sea ahora cuando lo ve, ¿cómo no lo ha visto antes? Pero así es el ser humano, de un momento a otro se te cae la venda de los ojos e ignoras por qué.

Hace unos días estuvo conversando durante horas con los dos. Y ahora de ellos no queda ni un resto digno de poder ser enterrado como Dios manda.

La alfombra tenía un color indefinible, como de miel endurecida. Y las flores rotatorias tienen, en realidad, el mismo color que el fondo, con luz natural casi ni se distinguen, sólo destacan con luz artificial.

Pero éste no es el caso, porque Brenner no ha encendido ninguna luz, para eso tendría que haberse movido. Oscurecía y el detective no supo a ciencia cierta si veía aún las flores o si éstas ya sólo giraban en su imaginación.

Los americanos asesinados le rondaban la cabeza. Lo que de ellos leyó en la redacción que Clare había escrito para la escuela. Hasta le daban pena las pintoras de números fosforescentes, aunque de todas formas hoy no estarían vivas, y también los trabajadores forzados que murieron congelados o se despeñaron durante la construcción de la presa.

Así suele ocurrir cuando te da un bajón y todos los pensamientos, mejor dicho, sólo los peores, se te agolpan en la cabeza. Tal es el estado en que se encuentra Brenner con todas esas imágenes emergiendo una tras otra en su mente, a un ritmo infinitamente denso y parsimonioso, y ahí se quedan y persisten. Y todas ellas dan vueltas y más vueltas, como en una lavadora que en lugar de agua lleva miel.

También la camarera Erni y su balcón dan vueltas en la lavadora de la miel. Y desde su interior Andi Fux pone una cara tan triste que Brenner piensa: ahora me levanto y enciendo la luz. Porque ya está oscuro. Pero sigue viendo cómo las flores giran sobre el suelo. Y junto a Andi Fux, en la lavadora de la miel, está la alemana manca que mira a Brenner a través de los culos de botella de sus gafas bifocales.

Ahora escucha lo que te digo. Son las siete y media. Brenner saca fuerzas de flaqueza y baja al comedor de El Ciervo Rojo, pero no se sienta, sino que pide un paquete de cigarros, sale a la calle y fuma su primer pitillo después de ocho meses.

Ahora bien, cualquiera que haya dejado de fumar más de una vez sabe lo que es eso. El primero no te gusta para nada, te produce más asco que placer. Luego el segundo. Y el tercero, por lo general, ya te sabe como te sabían antes. Pero a Brenner el tercero sigue sin gustarle. Entonces lo deja, vuelve a su habitación de la segunda planta y se acuesta.

Mientras trata de conciliar el sueño, se extraña de que durante el tiempo en que ha estado fumando los tres cigarrillos no haya pasado ni un solo transeúnte, ni un solo coche, nada de nada. Pero vete tú a saber, igual la imagen de la calle desierta ya forma parte de sus sueños.

Cuando se despierta son las once. Ahora, tienes que saber que siempre que Brenner duerme más de ocho horas se despierta con dolor de cabeza. Esta vez ha dormido catorce horas. Y se despierta justo en el momento en que un médico se dispone a rebanarle el cráneo con una sierra de calar. Sale disparado al baño a vomitar, pero después el dolor de cabeza no hace más que empeorar. Piensas que te lo puedes sacar del cuerpo vomitando, pero nada.

Primero se sorprende de que el despertador lleve ya un rato sonando. Porque

no lo había puesto. Y sólo cuando deja de sonar se da cuenta de que ha sido el teléfono.

Cuando por fin está en la ducha, vuelve a sonar. ¿Qué hacer, pues, ir o no ir? Por un lado, no va a ser tan imbécil como para cerrar el grifo de la ducha sólo porque el teléfono esté sonando. Porque obviamente no hay nada mejor que el chorro de agua caliente cayéndote encima para no sentir tu nuca de hormigón armado. Pero por otro, el teléfono hace exactamente el mismo ruido que la sierra de calar del médico. Una sierra más sonante que cortante.

Ahora, claro, lo mejor sería una guillotina; porque eso es lo único que sirve cuando tienes una migraña de verdad. La ducha no es nada en comparación con la guillotina. Pero la guillotina es una cosa y el ruido de la sierra de calar, otra muy distinta. Y Brenner sale corriendo de la cabina de la ducha, sin secarse, y descuelga la sierra de calar.

–Mecagoen... ¡Qué voz tiene usted esta mañana! –resuena la voz del artefacto.

Pero qué curioso: antes de reconocer la voz del taxista Goggenberger, el detective ya tiene la pestilencia del virginia metida en la nariz, y le parece que enseguida va a tener que vomitar. En cambio dice:

–Mmm.

–¡Oiga!

–¿Mmm? –dice Brenner, que sigue teniendo dificultades para hacer vibrar sus cuerdas vocales.

–Ayer me cayeron seis viajes al cementerio. ¿Usted sabe lo que es eso, seis veces al cementerio en un día? Mecagoen. Era el entierro de Lorenz, ¿verdad?

–Mmm –hace Brenner.

–Sólo pregunto porque no estuve. Quise ir, pero mecagoen, no se puede repicar y andar en la procesión. Cojo una carrera para ir al entierro y me digo, perfecto, así puedes quedarte de una vez en el cementerio y asistes tú también. Pero ya a la ida suena el aparato de radio, otra carrera, y otra, y otra, y otra, y otra, y otra.

–Mmm –intercala Brenner como queriendo decir que ya van siete carreras.

–Por eso no estuve. Hoy me he tomado libre porque soy mi propio jefe. Me he ido a Kaprun, a La Fonda del Lago. A comer *gulasch*.

–¡Mmm!

A comer *gulasch*. A Brenner, obvio, le vuelven a dar ganas de vomitar.

–La dueña de la fonda es amiga mía. Porque ahí voy yo a comer *gulasch* por lo menos una vez a la semana.

Brenner ya quería colgar porque el cable del teléfono no era lo suficientemente largo como para hacer ambas cosas al tiempo: estar al teléfono y vomitar en el lavabo. Pero entonces oye que el taxista dice:

–Pues voy y le pregunto a la fondera, ¿qué te pasa a ti hoy que estás más pálida que un vómito de papillas?

–Mmm.

–Y la fondera me contesta: «Porque tengo a un muerto tirado en la habitación». «¿Un muerto? ¿Qué muerto?», le pregunto, pero ella no lo conoce. Que pase y lo vea, me dice. Mecagoen, ¿quién crees que era el muerto?

–¿Mmm?

–Sí, lo creas o no, era Lorenz.

–Mecagoen...

Era la primera palabra que salía de la boca de Brenner ese día. Ahora tienes que saber que para la migraña Brenner tiene unas pastillas tan fuertes que son una auténtica bomba. Con una que se tome ya se le revuelve el estómago. Pero ahora saca de una vez tres de la caja y se las traga sin agua.

Luego se viste y se dirige al ascensor. Cuando ve la palabra *ascensor* piensa en los muertos del remonte. Un remonte no es lo mismo que un ascensor, claro, pero cómo te diría, por si las moscas, Brenner prefiere coger las escaleras, y baja con cuidado los escalones de uno en uno que dirías: paciente de clínica de rehabilitación.

El chevrolet rosa estaba aparcado a la misma entrada de El Ciervo Rojo. Y cuando Brenner abre la puerta del vehículo, lógico, recibe una bocanada de pestilencia a virginia. Pero no pasa nada, una vez más el detective consigue reprimir el vómito en el chevrolet rosa de Johnny.

Se deja caer en el asiento del copiloto y el taxista arranca al instante. Tan lento como siempre, por supuesto. Pero esta vez Brenner francamente se lo agradece y dice:

–¿Estás seguro de que es Lorenz?

Johnny sólo esboza una sonrisa de triunfo. En menos de media hora salva los quince kilómetros de carretera, y ya está aparcando delante de La Fonda del Lago, que así se llama el establecimiento, que más parece un bar de mala muerte.

A todo esto ya son las once y media. Brenner se alegra de poder bajarse por fin del hediondo chevrolet. El aire del aparcamiento le parece magnífico, es aire de montaña, porque La Fonda del Lago está en un sitio bastante alto, a unos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y justo detrás comienza el bosque. Y lo primero que hace Brenner es respirar hondo un par de veces.

Peor que peor, naturalmente, porque cuando abre la puerta de la cantina... En la cocina han vuelto a recalentar la grasa. Huele a rancio que tumba, piensa Brenner paseando la mirada por la estancia. A estas horas no hay ni un alma. Pero aún antes de que Brenner y el taxista se sienten, se oyen los primeros pasos acercándose deprisa por el pasillo. Pasos como los de una mujer en chanclas arrastrando los pies sobre un suelo de piedra. Y en efecto, además de chanclas la

fondera lleva un delantal blanco que seguramente sólo se cambia los sábados. Y, como ya he dicho, era viernes.

La mujer ni siquiera pregunta si quieren tomar algo, sino que enseguida va al grano. Porque claro, tiene miedo de que le vayan a endosar el muerto. Mientras va contando, permanece de pie delante de la mesa y sus ojos asustadizos no dejan de mirar a Brenner.

—Normalmente cerramos a media noche. Pero cuando no hay nadie cerramos a las diez o a las once, después de que se haya ido el último cliente. El negocio no va bien por estos lares. Desde que mi marido murió, cada año ha ido a peor. Sólo en invierno, con los esquidores, suele mejorar un poco. En verano esto está de capa caída y ahora, fatal. Cuatro gatos que vienen a jugar a las cartas.

Ahora bien, no has de olvidar que Brenner todavía no ha desayunado, ni siquiera se ha tomado un café. Pero no quiere interrumpir a la mujer, de modo que pilla la cesta del pan que está sobre el aparador, justo al lado de su mesa. La rebanada de pan seco de ayer es exactamente lo que necesita en este momento.

—Pero ayer los jugadores de cartas se quedaron más tiempo. Eran Fulterer, el ayudante del guarda forestal; Brokal, el de la central eléctrica; el director del banco, y Fandel, el de la tienda de abajo. Todos los miércoles vienen a jugar al tarot. Normalmente de las ocho a las diez, pero este miércoles hubo partido de fútbol, y lo vieron aquí. Había unos cuantos clientes más, porque hoy en día todo el mundo tiene televisor, pero algunos siguen prefiriendo verlo en la taberna. Cuando acabó el partido, los otros se fueron y el ingeniero Brokal y Fulterer también estaban por marcharse. Pero el director del banco quería echar una partidita porque ya está jubilado y no tiene que madrugar. Así que se quedaron. A las once viene Leitinger, borracho, y pide una cerveza. Hacia las once y media oigo que llega un coche. Acto seguido entra un hombre al que nunca he visto. Está tan pálido que casi le pregunto si le pasa algo. Los jugadores de cartas también se le quedan mirando. Pero antes de que diga yo nada ya me ha pedido un aguardiente doble y se lo bebe de un trago. Luego otro y después un tercero. Leitinger, borracho como estaba, le dice: Menuda sed tienes tú. Pero el forastero ni lo oye. Dirías que ni oía ni veía lo que pasaba a su alrededor. Luego se pide otro doble y se lo echa al colete. Poco después de las doce los jugadores acaban la partida y se disponen a marcharse. Les cobro, también a Leitinger, luego me acerco al forastero y le digo que cerramos. Me dice que se va enseguida, pero que antes quiere una botella de ron. Creí que la quería para llevársela, porque no hubiera sido la primera vez que alguien para aquí porque se le ha olvidado hacer la compra y se lleva una botella de vino o unas cervezas. Después también los demás dijeron que no se imaginaban que fuera a llevarse la botella a la boca y vaciarla de un tirón. Que ni que fuera agua. Pero era ron ron, y de ochenta por ciento. Todos nos quedamos pasmados sin

poder pronunciar palabra. Pero todos pensamos lo mismo, pienso yo ahora, a toro pasado. Aunque sólo Leitinger lo dijo en voz alta, quizás porque él también estaba borracho. No salíamos de nuestro asombro. El forastero se había bebido toda la botella. Tres cuartos de litro de ochenta por ciento. Lo mirábamos esperando a que cayera ahí redondo. Pero no cayó. Y fue entonces cuando Leitinger dijo: Para mí que éste es un fantasma. Ahora, a plena luz, suena a tontería, pero en ese momento de veras que sentí miedo de tener delante a un fantasma porque el tipo seguía de pie. A los hombres también les pareció cada vez más angustiante verlo plantado ahí junto a su botella de ron vacía sin desfallecer. Luego el forastero me pregunta si tenemos habitaciones. Con voz absolutamente normal, ¿me entiende?, sin tartamudear, sin que se le trabara la lengua. Como si nada va y me pregunta si tenemos habitaciones. Y claro que tenemos habitaciones. Le contesto que sí, aunque con miedo, pero contenta de que al menos haya dicho algo. Los hombres se marchan, pero se ve que van con la mosca detrás de la oreja. Y yo le enseño al forastero su habitación en la primera planta. Él me sigue los pasos, quizás un poco tambaleante, pero sólo se lo notabas si sabías lo que llevaba entre pecho y espalda. Le tiemblan un poco las piernas, pero nada alarmante. Le digo, buenas noches, y él también dice buenas noches, y me voy a acostar, pero antes echo doble llave a mi puerta. Al principio, ni modo de dormir, pero después, al no oírlo, me quedo roque. Que durante la mañana no se le sintiera no me extrañó. Estará durmiendo la mona, pensé. Y si tiene que dormirla como cualquier cristiano no puede ser un fantasma. Pero al final subo a echar un vistazo y me lo encuentro tirado en el suelo, muerto. Ni siquiera llegó hasta la cama.

Brenner todavía no ha terminado de comerse el pan, pero enseguida quiere que la fondera le enseñe el muerto. La sigue escaleras arriba; mientras suben, los peldaños crujen con cada pisada. Al llegar a la primera planta, la mujer abre la puerta de una habitación, y a Brenner ya no le sorprende que el muerto sea Lorenz.

–Creí que la botella de ron era para llevar –dice la fondera.

–Sí, claro –dice Brenner. La mujer tenía miedo de la policía, y eso lo favorecía a él porque necesitaba unas horas de margen.

–Vuelva a cerrar la habitación con llave –le dice Brenner, y bajan juntos, esta vez él por delante y ella detrás. Y es curioso, porque al bajar la escalera cruje mucho menos que al subir. Abajo los espera el taxista porque claro, no iba él a arrastrar otra vez sus 120 kilos por todos y cada uno de los peldaños de aquella escalera. Pone cara de satisfacción, porque antes Brenner no le creía que el muerto fuera Lorenz.

–No hable con nadie de esto. Y menos con la policía. Vuelvo por la noche –le dice Brenner a la fondera, ya en el aparcamiento.

Cuando vuelve a estar sentado en el taxi, le pregunta a Johnny:

–¿Sabes dónde vive Andi Fux?

Johnny no dice ni sí ni no, pero Brenner ya lo conoce lo suficiente para saber que su respuesta es afirmativa.

–¿Puede saberse por qué conduces tan despacio?

–Conduzco a una velocidad absolutamente normal.

Ahora bien, a Brenner le sigue doliendo la cabeza. Y con cada metro que Johnny avanza a paso de tortuga, tiene la sensación de que el dolor se le redobla. Nervioso, tamborilea con los dedos sobre la guantera que en el viejo chevrolet de Johnny es de madera, pero el tamborileo no sirve de nada, de manera que Brenner le dice:

–Por el amor de Dios, ¿no podrías conducir un poco más deprisa?

–Yo no soy bombero –dice el taxista, saca un virginia a medio fumar del bolsillo de su americana y lo enciende.

Brenner sabe que le quedan pocas horas porque si no vuelve para el anoecer, la fondera, dominada por el miedo, acabará acudiendo a la policía.

–Te lo digo por última vez y por las buenas, ¡haz el favor de ir más rápido!
–grita Brenner.

Pero el taxista Johnny Goggenberger disminuye a posta la velocidad.

–Y yo digo por última vez y por las buenas que en 23 años mi chevi nunca ha ido a más de 70 y hoy tampoco lo hará.

La frase resultaría ser una verdad a medias. Porque al poco tiempo varios testigos vieron el chevrolet rosa circulando a más de cien por hora en dirección a Zell.

Se extrañaron porque la manera de conducir de Johnny es conocida en toda la comarca. Pero lo que no podían saber era que Brenner iba de copiloto apuntándole al taxista con su flamante Glock. Y el detective, claro, se alegraba de haberse asomado anteayer por enésima vez a la armería de Perterer júnior.

–Mecagoen... De esto te vas a arrepentir –le dice el conductor bonachón.

–Como vuelvas a decir «mecagoen», aprieto el gatillo.

En la otra mano, Brenner ya tiene el radioteléfono para pedir en Información el número de Andi. Pero es la madre la que contesta y dice no tener idea de dónde se encuentra su hijo.

–Nuevo destino: «corral de los prusianos» –le dice Brenner a Johnny sin dejar de apuntarle con la pistola. Al cabo de unos minutos el chevrolet llega adonde le ha mandado.

–¿Lo ves, Johnny? Así también se puede –dice Brenner y se baja del coche.

–Eres un chiflado, mecagoen... –dice Johnny, y se aleja a una velocidad tal que se diría que no se ha dado cuenta de que nadie le apunta ya con una pistola.

El «corral de los prusianos» parecía una cabaña alpina, aunque no vayas a pensar que primitiva. Tenía cuatro plantas y 52 viviendas, o sea por dentro supermoderno, con dos ascensores y toda la pesca. De modo que nunca tenías que esperar mucho, porque cuando uno de los dos estaba arriba, en la cuarta planta, y tú le dabas al botón de llamada, el otro ya bajaba.

Pero Brenner no toma el ascensor. Aunque la vivienda de la alemana manca está en la tercera planta, el detective tiene hoy cierta aversión a los ascensores porque no olvides que le duele la cabeza y, además, menuda agitación. De manera que más vale curarse en salud y subir andando que meterse en un ascensor.

La alemana tiene un estudio orientado al este, situado en la tercera planta. Le ha abierto a Brenner con el portero automático, prácticamente en el mismo momento en que él pulsa el timbre. El detective se sorprende de que ni siquiera haya preguntado quién es, sino que simplemente haya presionado el botón. Pero claro, lo que Brenner no sabe es que la entrada del «corral de los prusianos» tiene una cámara de videovigilancia. Cualquiera diría que un detective debe notar la existencia de un artilugio tal, pero Brenner no sospecha para nada que detrás de la cornamenta del venado haya una cámara, y por eso no la ve.

Ahora, cuando llega a la tercera planta, se da cuenta de que una de las puertas está entornada como diciendo: pase usted. Primero da un golpecito a la puerta, para guardar las formas, luego entra. No se extraña de que la alemana esté acompañada. Porque precisamente ha venido por Andi, de modo que no le sorprende que el chico esté ahí. Lo que no esperaba era la presencia de otra persona. Y Andi pone cara de asustado, mientras que Clare Corrigan está tan blanca que blanca no es palabra.

Pero no puede ser por la luz porque la alemana, por ejemplo, tiene un aspecto absolutamente normal, y si piensas que es una mujer mayor, incluso dirías que todavía está fresca como una rosa.

Ahora bien, la alemana tiene en el salón una mesita baja de cristal delante del sofá, y los tres están sentados en torno a ésta mirando hacia la puerta de la vivienda cuando Brenner hace su aparición. Porque la puerta entre el recibidor y el salón está abierta de par en par. El recibidor tiene un suelo de plástico gris y el salón, una mullida alfombra blanca. En eso sí se fija Brenner; en la cámara no, pero en la alfombra sí.

–No se quite los zapatos –dice la alemana.

Porque claro, ha notado que Brenner vacila. Por un lado, le da apuro pisar la alfombra blanca con los zapatos de calle; por otro, entrar en calcetines le habría parecido como ingresar en la Iglesia Pagana.

–Tome asiento –dice la alemana con amabilidad al verlo avanzar tímidamente sobre la alfombra blanca; y ésta era tan mullida que uno francamente se hundía en ella.

Lo que tiene enfrente en torno a la mesita baja de cristal es un enorme sofá esquinero, es decir, sitio de sobra para sentarse. En uno de los módulos está la alemana y, junto a ella, Andi, ambos mirando hacia la puerta por la que ha entrado Brenner. Clare está sentada de espaldas al ventanal porque enfrente de éste se encuentra el televisor encendido, pero sin volumen. Brenner piensa por un momento cómo reaccionaría Clare si él se sentase delante de ella, de tal manera que ya no pudiese ver la tele. Pero luego dice:

–Prefiero estar de pie.

–¿Le apetece tomar algo?

Las pastillas para la migraña siempre le han producido mucha sed, por lo que a menudo ha llegado a beber hasta cinco o seis litros de agua en un día. Y hoy con tres pastillas ingeridas a la vez y prácticamente ni una gota de agua, ya te puedes imaginar la sed que tiene.

–No, gracias. No tengo sed.

Ahora la alemana empieza a ponerse un poco impaciente, de esa manera que a Brenner nunca le ha gustado.

–¡Pero siéntese, por favor!

Sencillamente no soporta ese tono airado. Y menos si viene de una mujer mayor. A eso siempre le ha tenido alergia, quizás por una cuestión psicológica.

Antes los adultos usaban ese tono infatuado cuando se metían con el pelo de uno, en la época en que Brenner todavía lo llevaba largo, o sea en los sesenta. Esa irascibilidad contenida le hacía recordar ahora aquello de «no es normal que no vayas al peluquero».

De eso hace mucho tiempo. Hace más de veinte años que finalmente se lo hizo cortar. Al principio la gente no lo reconocía. Incluso los mejores amigos tuvieron que superar un segundo de sobresalto hasta identificarlo.

–Prefiero estar de pie.

–Como quiera. ¿Por qué ha...? ¿A qué debo el honor? ¿Puedo ayudarlo en algo?

–En realidad no es con usted.

Entonces mira a Andi, sentado al lado de la alemana, y le dice:

–Lo siento, pero Lorenz ha muerto.

Pero es la alemana la que ahora reacciona con un exabrupto de ira santa.

–¿Qué se propone usted, torturarnos? ¡No hace ni dos días que lo enterramos y usted gastando bromas de mal gusto!

Porque ella no puede saberlo. Pero Andi, es obvio que sí. Se ha encogido en el sofá hasta casi desaparecer. Y es que el tresillo es de color crema, y así de blando y pálido también se está poniendo él en ese instante. Sólo sus ojos azul acuoso que miran de hito en hito desde donde está sentado parecen más asustados que otro poco. Ojos de checo, piensa Brenner para sus adentros y dice:

–Anoche Lorenz apareció en una fonda de Kaprun y se intoxicó con una botella de ron. Esta mañana la dueña lo ha encontrado muerto.

La alemana se niega a creerlo:

–¿Quién lo ha identificado?

–Yo –dice Brenner.

–¿En qué fonda sucedió? –dice la alemana. Pero su voz ya no tiene la firmeza de antes.

–En realidad, soy yo el que quiere hacer las preguntas –dice Brenner.

Andi sólo asiente con la cabeza sin decir ni pío. Porque es evidente que sabe lo que se avecina.

–¿Prefieres hablar conmigo a solas? –dice Brenner.

Andi hace un gesto denegatorio.

–Le dijiste a todo el mundo que Lorenz murió calcinado junto con el orfebre. Aunque viste claramente que se salvó.

Brenner le mira a los ojos. O sea, a ese par de botones azul claro que parecen estar remachados en el respaldo del sofá a pocos centímetros el uno del otro. En ellos no se distingue indicio alguno de que Andi vaya a decidirse a abrir la boca. Pero de repente dice:

–Lorenz se vino corriendo conmigo al lago. Le propuse que dijéramos que fue un accidente. Además es verdad. La culpa fue del orfebre, le digo a Lorenz. Si repostas con un cigarrillo en la boca... Todo el mundo lo verá así, digo. La policía, el seguro, todos. Lo único que tenemos que hacer es declarar los dos lo mismo, le digo a Lorenz. Que el orfebre...

Cuando llegado a este punto de su relato se queda mudo, Brenner no cree que vaya a volver a abrir la boca. Porque piensa que en cualquier momento se esfumará en medio de ese tresillo y no quedará nada más que los botones vidriosos en el respaldo crema del sofá. Pero luego dice:

–Lorenz de eso no quiso ni oír hablar. Me dijo a gritos que no se me ocurriera decir que fue un accidente. Que todo el mundo tenía que enterarse de que fue él quien se cargó al orfebre. Con toda la intención del mundo. Gritaba como grita mi jefe cuando un cliente le cabrea: «A éste me lo voy a cargar».

Pues así gritaba Lorenz, que debía decirlo a los cuatro vientos que él se cargo al orfebre con toda la intención del mundo.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–Pero si lo dije desde un principio. A todos les dije que Lorenz lo hizo aposta.

Y se incorpora de una manera que dirías que está haciendo un alegato de justificación, pero no ante Brenner por declaración falsa, sino ante Lorenz.

–Y que Lorenz murió calcinado, eso te lo sacaste de la manga.

–El orfebre no me da pena. El que me da pena es Lorenz.

Esto lo dijo la alemana, volviendo a meter cuchara. Se ha quitado sus gruesas gafas y se restriega los ojos con los muñones. Porque, naturalmente, quiere frotárselos como lo hace cualquiera que esté cansado. Y siendo el ser humano a veces extraño en eso, a Brenner ahora le resulta desagradable mirarla.

Repite el movimiento cinco o seis veces, restregando con fuerza el muñón derecho sobre la frente y luego sobre el ojo, siempre del extremo al centro, de la sien a la nariz, que dirías que quiere hundirse el ojo en el cerebro. Después vuelve a pasárselo por encima de la frente para frotarse el otro.

Como digo, a Brenner le resulta desagradable, pero tampoco puede apartar la vista. Ahora escucha lo que te digo: no es por los movimientos de los brazos, o sea los muñones, sino por los ojos de la alemana. Por primera vez el detective le ve los ojos tal y como son, porque lo normal es vérselos agrandados y desfigurados por los culos de botella de las gafas bifocales, que dirías ojos de besugo o de uno de esos animales extintos del museo de la naturaleza.

En realidad la alemana tiene ojos mucho más pequeños. Pero no es eso. Hay algo en ellos que descoloca a Brenner. Igual es por lo vivos que parecen, piensa, comparados con los ojos vidriosos de muñeca de Andi.

Luego la mujer vuelve a ponerse las gafas y dice en voz baja:

–Ya os gustaría poder culpar a Lorenz del asesinato de los americanos.

–Así lo ve la policía.

–¿Y cómo lo ve usted?

–Y usted ¿cómo lo ve? –replica Brenner. Pero está pensando en algo muy diferente. O mejor dicho, no piensa. Has de imaginártelo como cuando tienes una palabra en la punta de la lengua y no te sale, aunque sientes que está ahí. Sólo que en este caso no es una palabra lo que Brenner busca.

No pienses, ya te vendrá, suele entonces decir la gente, pero se dice pronto. Cómo no vas a pensar en lo que no te viene si estás deseando saberlo como sea. Y a Brenner le ocurre exactamente eso, no puede dejar de mirar fijamente los ojos de la alemana, a través de sus gruesas gafas bifocales.

Y no creas que es algo extraño lo que ocupa sus pensamientos; al contrario, es algo familiar. Una cosa que, cómo te diría que le inquieta. O quizás he de decir

que le asusta. Aunque no es una palabra lo que está buscando en la punta de la lengua, más bien es una imagen que tiene metida entre ceja y ceja y que todo el tiempo intenta visualizar. ¿Qué imagen es? No pienses, no pienses.

–El orfebre –dice la alemana, respondiendo a su pregunta de quién ha matado a los americanos. Es la manida y sobada respuesta que a Brenner en ese instante no le interesa.

Pero ahora escucha lo que te digo. Es como cuando en una carrera de descenso alpino un corredor gana por milésimas de segundo. Pues así, durante una milésima de segundo el detective piensa en otra cosa.

Piensa en lo que sintió cuando viajó por primera vez en metro. Tenía dieciocho años y había viajado a Londres recién acabado el bachillerato. Allí en el metro, cuando uno esperaba en una estación, sabía que el tren estaba a punto de llegar sin haberlo visto ni oído. Porque ya cuando arrancaba en la estación anterior sentías el tapón de aire que el morro de la máquina iba empujando.

–Repítalo –dice Brenner.

–El orfebre –repite la alemana.

–¿Puedo pedirle un favor? –dice el detective.

–Si le puedo ayudar... –dice la alemana, acompañando incluso sus palabras con una sonrisa.

–¿Le importaría volver a quitarse las gafas?

En sí no era nada extraño que una mujer mayor tuviera tantas arrugas alrededor de los ojos. Pero lo suyo era una auténtica corona de rayos. Y eso a Brenner le recuerda ahora las miríadas de patas de gallo que le salieron con la edad a su tía Clara en el labio superior.

Su tía Clara se obstinaba en decirle a todo el mundo que se debía al tabaco, porque era una fumadora empedernida y creía que lo que le fruncía el labio superior tenía que ver con el gesto que hacía al aspirar el tabaco. Pero también a su hermanastra, cuando fue mayor, le salieron los mismos pliegucillos en el labio superior, y esa señora era la madre de Brenner, que en su vida había fumado.

Y ahora éste le dice a la manca:

–Siempre creí que se debía a la operación de los ojos. Que por eso los ojos de su hermano siempre estaban entornados como si mirara al sol. Y que las miríadas de patas de gallo le salieron por la operación.

–No, la operación no tuvo nada que ver –dice entonces la hermana del orfebre con absoluta tranquilidad–. Nos viene de familia. También nuestra madre tenía los ojos rodeados de patas de gallo, y no de mayor, sino ya a los cuarenta. Una piel coriácea, arrugada, como de manzana inverniza seca. ¿Conoce ese tipo de manzanas?

–Hace cincuenta años que usted desapareció de Zell y ahora ha vuelto. Y sólo

lo ha hecho para vengarse de su hermano.

El propio Brenner se sorprende de lo temblorosa que le ha salido la voz. Como si tuviera miedo de que el parecido innegable de la manca con su hermano pudiera eclipsarse de un momento a otro.

Las manzanas invernizas tienen la piel coriácea y gruesa. A menudo la gente las llama manzanas para compota porque ése es el uso que se les da. O para hacer *strudel*. También saben bien crudas, pero hay que pelarlas.

—¿No tuvo miedo de que la reconocieran?

Ahora la manca se levanta y se acerca al televisor. Encima del aparato hay una repisa para libros con un pequeño portafotos.

A lo mejor has estado alguna vez en uno de esos pisos de personas mayores llenos de fotos en blanco y negro en las que se ve al abuelo del abuelo, en la Primera Guerra Mundial o antes, o esos retratos retocados, que dirías que tienen varios siglos de existencia.

—Ésta era yo cuando me echaron de aquí. ¿Reconoce algún parecido con la que tiene delante?

Brenner no supo qué decir. Pero la manca no había terminado:

—Aquí nadie me hubiera reconocido ni siquiera sin los cincuenta años y los cincuenta kilos más que ahora tengo encima. Tampoco me habrían reconocido si mi aspecto no hubiera cambiado. Olvidar es un don concedido por la misericordia divina, y a los zellerenses Dios se lo ha dado a raudales.

—¿Y su propio hermano? Porque usted se ha encontrado con él.

—Lo dicho: un don concedido por la misericordia divina.

—Pero usted no ha tenido misericordia. Su Teatro Patrio no lo montó usted en el teatro.

—No, lo monté en la patria —dice la hermana del orfebre como si fuera lo más normal del mundo.

—Y valiéndose de personas de carne y hueso. Lorenz y Clare y Andi fueron sus títeres. No se daban cuenta de que usted representaba con ellos su Teatro Patrio. Que sólo necesitaba unos cuantos idiotas útiles que se dejasen azuzar contra el orfebre.

—Al principio sólo quería fastidiarle un poco. Le di a Elfi el libro sobre los números fosforescentes. Muy interesante. Llegó a identificarse plenamente con la pintora muerta, Clare Corrigan. Y luego me vino la idea del Teatro Patrio. Lorenz y Andi rabiaban por desquitarse del orfebre.

—En el teatro. Sólo que usted lo llevó al plano de la realidad buscando el trato con el suegro del orfebre.

—No, fue el americano quien buscó trato conmigo.

Brenner no entendía el porqué del relámpago de flashes en su interior; tienes que imaginártelo como cuando una tragaperras escupe de golpe todas las

monedas, así el cerebro de Brenner arrojaba de repente una tras otra todas las explicaciones que en vano había estado rastreando durante nueve meses. Claro, esto sólo puede pasarme a mí, piensa. Ahora que es tarde y los ojos de la manca ya lo han dicho todo, ahora veo todas las cosas que cualquiera hubiera visto mucho antes.

Pero es injusto consigo mismo. Porque vete tú a saber si habría detectado lo de los ojos de no haber tenido en la trastienda del cerebro los cabos que faltaba por atar. Y ahora le dice a la manca:

–Ya en su momento pensé que los prismáticos que el americano le compró a Perterer júnior no podían ser la única sorpresa para las bodas de diamante. Y también pensé: no puede ser, tienen que haber subido voluntariamente al telesilla.

Pero nueve meses dan para pensar muchas cosas. Y ahora no está seguro de si ya ha pensado alguna vez en eso de la farsa. Le parece que la cosa viene rondándole desde hace tiempo. Sabía que los americanos se conocieron esquiando. De manera que no le resulta difícil hacer encajar las piezas.

–El americano compra los prismáticos porque quiere regalarle a su mujer una farsa nocturna en el telesilla para conmemorar su aniversario de bodas. Le encarga a usted presentar el espectáculo con su frustrado grupo de teatro. Y para que los dos puedan estar sentados uno al lado del otro en el telesilla monoplaza, ella sube en la estación superior, y él en la de abajo, para que se encuentren a mitad de trayecto. Sólo que usted no aparece por allí con su elenco de farsantes, sino que sencillamente deja plantados a los octogenarios, solos en sus palcos, y a veinte metros de altura.

Pero la manca dice en tono categórico:

–Lorenz, Clare y Andi no hicieron absolutamente nada. Fui yo quien convenció al americano de que sería el mejor de los espectáculos que su mujer bajara en el telesilla y, a través de los prismáticos, lo viera a él subiendo a su encuentro. Y en el momento en que estuvieran a la misma altura el remonte se parase como por arte de magia.

–Y, en efecto, se paró. Y usted, en realidad, no hizo nada.

–Absolutamente nada –dice sonriendo la manca.

Ahora, a finales de septiembre y con casi 30 grados de temperatura, Brenner siente por un instante una ráfaga de frío. Por un momento la pregunta de por qué tuvieron que ser precisamente los americanos los que pagaran el pato se le queda atascada. ¿Por qué no el odiado hermano? Pero hay momentos en que se te ocurren cosas que no te hubieran venido a la cabeza en semanas ni meses. Y entonces dice:

–A los americanos les encantó la idea de la farsa porque la habían disfrutado tanto en aquella época, después de la guerra, cuando su hija se casó con el

orfebre... Usted me contó que el orfebre se había ofendido por la historia de la hermana del hospital. Pero la hermana a la que hicieron alusión los farsantes de Zell...

–Exacto. No era una hermana de hospital sino una hermana carnal –añadió la hermana del orfebre con absoluta tranquilidad. Y luego dijo–: El americano me insistió en que tenía que ser tan divertido como aquella historia de la hermana. ¿Y qué otra cosa iba a hacer yo para que fuera igual de divertido?

Ahora Brenner se alegra de no tener que contestar a la pregunta. La hermana manca del orfebre vuelve a tomar asiento en su sitio de antes. Deja la foto sobre la mesa de cristal, frente a ella, y la mira tan absorta que creerías que la estaba mirando por primera vez.

–¿Le ha llamado a usted alguna vez la atención la cantidad de personas melancólicas que hay en Zell? En casi todas las familias hay un maniático o un melancólico. Y a veces ambos.

La gente suele decir «sentí una punzada». Pero lo dicen así, sin fundamento, y en realidad lo que quieren decir es simplemente que se asustaron. De punzada, nada. Pero cuando el médico te pega un buen jeringazo en el estómago, la sensación es la misma que tiene Brenner en este momento, cuando la mujer manca, hermana del orfebre, abandona de repente su alemán estándar y se suelta a hablar en su dialecto extinto plagado de palabras anticuadas.

–Muchos melancólicos.

A Brenner la mera palabra ya le pone muy melancólico.

–Y muchos maniáticos. Demasiadas montañas, valles demasiado estrechos, pueblos demasiado pequeños. Cuando vi que estaba embarazada fui a ver al párroco. Un tipo amable, el párroco Reiter. Me dijo: Zell siempre ha sido un albañal del incesto.

–Y el hijo que tuvo era Lorenz. Y su hermano, el orfebre, era el padre.

–Yo nunca lo habría bautizado con el nombre de Lorenz. Pero para el bautizo hacía ya tiempo que se habían deshecho de mí.

–Pero antes a las criaturas se las bautizaba inmediatamente, no dejaban pasar más de dos o tres días después del nacimiento.

–Para entonces ya se habían deshecho de mí.

–¿Y ya no vio a su hijo nunca más?

–No. Hasta hace año y medio, cuando volví a Zell. Entonces me hice amiga suya.

–Y luego le contó su historia y él no pudo soportarla y se llevó a tres personas a la tumba.

–Yo no le conté nada. Sólo me hice amiga suya. De contarle, nada. Lorenz no sabía nada. Y tampoco mató a nadie.

–Salvo a su padre.

–Antes eso era muy normal.

–¿Que alguien prendiera fuego a su propio padre?

–Lo único que no era normal era mi amor por mi hermano. El que me dejara embarazada a lo mejor tampoco es que fuera precisamente normal, pero ocurrió más de una vez. Y yo, claro, enseguida tuve que amarle. Él tenía 24 años y yo 17. Era joven, claro. Enseguida tuve que amarle. Cuando estaba embarazada, conoció a esa americana. Y cuando nació la criatura, me la quitaron. Otro hermano, que ya estaba casado, la acogió. Entonces me largué. Volví del hospital a casa, y esa misma noche me fui. Porque me obligaron a parir en el hospital. La vergüenza fuera de casa. La gente creyó que me había marchado por haber tenido un hijo siendo soltera. Pensaron que me había suicidado en el lago. Pero no. Me fui a trabajar de camarera a Alemania. Que no es que fuera mucho mejor. Me puse delante de un tren. Pero en el último momento... Sólo que tardé en retirar las manos.

–Y cincuenta años después vuelve y se encarga de que su hijo mate a su padre.

–Él no sabía que era su padre. Ni que yo fuera su madre.

–Pero bastó con el odio que usted le infundió.

–El odio ya lo tenía él. Cada año una libreta de ahorros. Por lo demás sólo desprecio. Yo a Lorenz no tuve que infundirle nada. Siempre nos entendimos a la primera. Madre e hijo. Todo vino rodado.

–¿También los cheques los falsificó a la primera?

–Ésa fue una estupidez de su parte. Va y firma los cheques, en lugar de pedirme dinero a mí.

–Y Elfi los robó en el castillo del orfebre, donde también le consiguió a usted las llaves del remonte.

–Clare –dice Clare.

Eso es todo. Ya nadie dice nada más. Los cuatro se han quedado en silencio y la televisión sigue sin volumen. Y cuando Brenner lentamente vuelve en sí y se dispone a formular una pregunta ya es tarde. Porque les sobresalta un feroz chirrido sacándolos de su letargo. La persona que lo produce no retira el dedo del timbre hasta que la manca pulsa el portero automático.

Un momento después los dos gendarmes entran en tromba. Kollarik, el primero; Hochreiter, tras él. Y no acaban de franquear el umbral cuando Kollarik ya está otra vez echando el alma por la boca a grito pelado. Si es que una sola alma se puede echar varias veces por la boca. Porque a Kollarik medio Zell le dice siempre «el colérico».

Ahora bien, ¿por qué le grita a Brenner de esta manera? Brenner sólo entiende que el taxista Goggenberger ha puesto una denuncia contra él. Si bien el uniforme del inspector Hochreiter luce una estrella menos que el de Kollarik,

es al primero al que Brenner le susurra algo al oído, mientras el otro sigue vociferando.

Hochreiter tenía esa tez colorada que, nada más verlo, piensas que o hace vela o practica el esquí en glaciares. Pero su rostro se pone aun más rojo con cada palabra que Brenner le dice al oído, de modo que menudo contraste con el azul del uniforme. Que hasta Kollarik deja de gritar al ver cómo a su colega se le congestiona la cara por momentos.

Luego todo sucede en un tris tras. Porque estas cosas primero se alargan meses y años y luego, llegado el momento, cuando te quieres dar cuenta, ya todo ha pasado.

Porque la manca ni siquiera hace ademán de negar nada. Y Hochreiter habla, pero vaya respeto que transmite su voz:

–Se hará usted cargo de que tiene que acompañarnos a comisaría, señora Antretter.

Y ése es el momento en que Kollarik entra en acción. Ya está que echa humo por el ridículo que ha hecho con sus alaridos. Y en tales circunstancias su recurso siempre ha sido «arrestar sin contemplaciones». En un abrir y cerrar de ojos se planta frente a la hermana del orfebre con las esposas en la mano.

Pero la manca sólo hace un gesto desvalido y le dice compasiva:

–Ahora no sabe cómo ponerme las esposas, ¿verdad?

En cuanto Brenner abre la puerta de su V.E.P. le parece como si de veras hubiera estado ausente nueve meses. Aunque claro, más de una vez se ha dejado caer por allí para mirar si todo estaba... pues eso.

Anda un poco triste porque la misión de Zell ha concluido y qué va a ser ahora de él. No has de olvidar que fue pura carambola que le encargaran el caso justo en el momento en que abandonaba la Brigada Criminal.

Aún tenía pendiente una cosa. El informe para la agencia de detectives Meierling. Y como sabía que o lo hacía ahora o nunca, ni siquiera se preparó un café. Se tomó rápidamente otra pastilla porque la que se había tomado en el tren no le había hecho efecto alguno. Pero luego inmediatamente manos a la obra, sacar la máquina de escribir y ponerse.

Pero en cuanto se dispone a escribir la fecha, suena el teléfono. Y entonces, claro, la disyuntiva de siempre, lo cojo o no lo cojo, y el bendito que no para de sonar, de modo que contesta:

–Diga.

–Hola, Brenner, ¡qué honor!

–Lo siento, se ha equivocado. Éste es el contestador automático...

–¡Qué oportuno! ¡Aquí le habla su humildísimo servidor, el interrogador automático, monsieur Mandl!

–Oye, Mandl, la línea de teléfono no es sólo mía y los vecinos también quieren hablar.

–Con línea compartida no se puede tener contestador. ¿No serás tú, Brenner, el que está al habla?

–¿Qué quieres, Mandl?

–Una entrevista con el genial agente secreto.

–Pídesela a Nemec, a él le gustan esas cosas.

–Eso se llama entorpecimiento del trabajo ajeno, Brenner. Y si tú ahora te vas al paro, ¿quién te va a pagar el subsidio si yo no trabajo?

–Yo no me voy al paro.

–¡Oh, o sea que el próximo caso ya está esperando al genial agente secreto! A nuestro último lector le pica la curiosidad.

–Nada de próximo caso.

–Ah, claro, altamente confidencial, no puede revelarnos nada. Nuestro último lector sabrá comprenderlo, cómo no.

–Escucha Mandl, o hablas como las personas o...

–O tú me cuentas cómo lo descubriste.

–¿Cómo descubrí qué, Mandl?

–Que la alemana sin manos era la hermana del orfebre.

–Eso es mérito tuyo.

–Pues sabes qué te digo, que no me sorprende para nada.

–Fue cuando aparecieron los cheques falsos que Lorenz firmó con los nombres de los dos Parson.

–Un genio del dibujo, ese Lorenz, nadie como él. Una firma, pan comido.

–Y seguro que recordarás el título que le pusiste a tu artículo.

–Un genio de la escritura, ese Mandl, nadie como él. Pero ahora tienes que echarme un cable.

–«La resurrección de los muertos.»

–Jo, jo, jo. Y eso que aún no estábamos en Pascua.

–¿Se puede saber a quién te referías con esa frase?

–Pues a los Parson. Si podían girar cheques, es que tenían que haber resucitado. Que con Jesucristo pasó lo mismo.

–¿O sea que pensabas en los americanos?

–A ver, Brenner, ¿en quién si no?

–Pero en el caso de Jesucristo habría que decir la resurrección de entre los muertos, ¿verdad?

–Córtala ya, Brenner. ¿Pa qué me preguntas esas tonterías?

–«Para qué», Mandl, se dice «para qué». ¿Porque cómo hay que decir si la resucitada es, por ejemplo, la hermana del orfebre?

–Pues igual... Ahora caigo... La resurrección de entre de los muertos...

–Eso mismo, porque pa qué tenemos la gramática.

–El detective gramático. Nuestro último lector estará orgulloso de ti, Brenner. Y la muerta resucitando después de cincuenta años ha venido a matar a otros dos. O lo que es lo mismo: una resurrección nada cristiana.

–A lo mejor sólo quería darle un susto al hermano.

–«El truco del fantasma.» Pero no funcionó. Ella reaparece después de cincuenta años, pero los zellerenses no se asustan. Del fantasma no queda ni el recuerdo. De modo que tiene que remover un poco la olla. Esparcir historias por aquí y por allá. Azuzar al personal de la Iglesia Pagana.

–Pero seguís sin asustaros.

–Exacto, no se nos asusta tan fácilmente. Así que el fantasma tiene que remover un poco más.

–Pero no se os asusta tan fácilmente, tú lo dices, Mandl.

–Claro que nos asustamos yo y mi lector de que entre nosotros haya muertos que cojan el remonte.

–Pero lo hicieron sólo porque no tenían billete de día.

–Venga, Brenner, ¿de qué te sirve un billete de día en la noche? Además, estaría bien que me explicaras por qué este fantasma se complica tanto la vida. Quiero decir, normalmente los fantasmas son más de andar por casa. Por lo general, un fantasma lo que hace es coger un revólver. Pero no el remonte.

–A no ser que el fantasma ya no tenga manos.

–Obvio, a no ser que el fantasma ya no tenga manos... O sea que se las apaña mejor con interruptores bastos, como los del remonte...

–Eso es, mi querido Mandl.

–¿Pero cómo hace un fantasma para que tú te subas de noche en un remonte? ¿Qué carnada usa?

–Muy fácil.

Brenner ni se da cuenta. Sigue sosteniendo con la mano izquierda el auricular, pero como si su índice derecho tuviera voluntad propia, éste va y presiona la tecla y adiós Mandl.

Porque, a decir verdad, Mandl sencillamente no tenía talento para periodista. Le interesaban todos y cada uno de los detalles. Porque con el zafarrancho que armaron con Lorenz sus padres, el orfebre y su hermana, superándose en crueldad unos a otros, con eso Mandl hubiera podido escribir una tragedia, y de las griegas, como quien dice, pero no.

Ahora bien, igual existe la telepatía o algo por el estilo, porque a la que Brenner piensa «lástima de la Kati Engljähringer, igual la vuelvo a llamar porque tiempo tengo», suena el teléfono de nuevo y es, claro, otra vez Mandl.

–La hermana de Antretter le dijo a la policía que fue Lorenz el que se encargó de birlar la llave del remonte y los cheques de casa de su tío.

–Así debió de ser –dice Brenner.

Porque Elfi tiene ahora un padre muerto que oficialmente nunca fue su padre. No ha terminado la escuela y, lógico, se ha quedado sin trabajo. Lorenz está muerto. Y la única que se ocupó de ella, en la cárcel. Y Brenner piensa: Elfi ahora está sola en Zell, y eso es suficiente castigo. Pero Mandl dice:

–Tengo delante de mí un artículo recién tecleado que va a llevar a Mandl a la fama. Porque revela que tiene que haber sido Elfi la que agenció las llaves del remonte. Además ayudó a la americana a subirse al telesilla, mientras la manca esperaba con el hombre en la estación superior.

–¿Cómo te las arreglas para afeitarte si no paras de vomitar al espejo?

–Con la máquina de afeitar, Brenner. Con la Philishave soy un hacha del afeitado. Pero como soy una buena persona te propongo un trueque. Un negocio, Brenner.

–¿Un negocio para quién?

–Para la pequeña Elfi Lohninger alias Clare Corrigan. Porque el artículo lo deposito por lo pronto aquí en el cajón de mi escritorio. Y ahí se queda hasta el

momento en que se te ocurra llamar a la profesora Kati Engljählinger o intentes entrar en contacto con ella de la manera que sea.

–Corre sangre por tus venas, ¿verdad, Mandl? Entonces transmitirás mis respetos a la profesora Engljählinger, a no ser que tal cosa equivalga ya a una toma de contacto.

Ahora el informe. A bote pronto no me saldrá, piensa Brenner, además apenas son las seis y media. Y tal vez debería tomar antes un migraleve. Porque claro, con la conversación telefónica su migraña se ha recrudecido.

Ahora lo primero que hace es recoger su correo del buzón, por si le ha llegado alguna buena noticia. Pero lo único que tiene es una carta de la Administración de Viviendas para empleados públicos que presenta un aspecto tan oficial que prefiere no abrirla.

Ahora el informe. Hubiera preferido acostarse, aunque apenas eran las seis y media pasadas. Pero tres migraleves y ni el más mínimo efecto. Por otra parte, no es de extrañar porque de ese año la gente se acordará en mucho tiempo.

Ahora no has de olvidar una cosa: era el 25 de septiembre y el termómetro seguía marcando 27 grados. Y lo creas o no. Trece horas después Brenner se despertó con el ruido del conserje apaleando nieve.

Título original: *Auferstehung der Toten*

Edición en formato digital: febrero de 2012

© 1996 Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg

© De la traducción, María Esperanza Romero, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-886-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
La resurrección de los muertos	6
Créditos	106